

EL
NOVENO
PODER

una novela de
JOHN CANON

Lectulandia

A los tres poderes clásicos, el ejecutivo, el legislativo y el judicial, se han ido añadiendo nuevos poderes. El cuarto poder, es la prensa y los medios de comunicación de masas; el quinto poder, es la economía y el complejo militar industrial; el sexto poder; es el de internet y las redes sociales; el séptimo poder, es la influencia del cine en la cultura planetaria y el octavo poder, es la delincuencia organizada. ¿Cuál es el noveno poder? Averígualo, leyendo El noveno poder, una novela de John Canon.

Lectulandia

John Canon

El noveno poder

ePub r1.0

Titivillus 19.12.15

Título original: *El noveno poder*

John Canon, 2015

Diseño de cubierta: Ar Lor

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a K. H., un talento,
al que la humanidad tiene en el banquillo.

1

El investigador privado Nicolas Holme bajó las escalinatas de la Biblioteca Pública de Nueva York, cruzó la calle con paso rápido y se plantó en el bordillo de la calzada. Luego, extrajo del bolsillo de la gabardina una masa de billetes de un dólar, que le parecieron suficientes para una carrera corta. Entre los billetes había una tarjeta de visita arrugada, que alisó y leyó:

Banner & Holme
Investigadores privados
Servicios
NYC, Long Island & Westchester
Especialidad
Infidelidad matrimonial. Investigaciones criminales.
Personas desaparecidas. Vigilancia.

La devolvió junto con los billetes al bolsillo, e hizo señales con la mano a los taxistas. «Uno, dos, tres, *cuatrocincoseis*... ¡Hay que joderse!», pensó, mientras veía pasar los taxis.

—¡Taxi!... ¡Taxi! —gritó.

El cielo se oscureció de repente por encima de su cabeza y la tormenta anunciada de manera machacona por todos los canales de televisión de la ciudad, se desató. El detective, soportó estoicamente la torrencial lluvia, igual, que una res en medio del descampado. Cuando cesó el aguacero, un taxi se detuvo a su lado. Aunque, sin darle tiempo a montar y con la puerta todavía medio abierta, el coche arrancó de golpe y sus ruedas traseras proyectaron un chorro de agua sucia y lodo sobre el detective.

—¡Hey...! —gritó.

Los peatones que pasaban cerca, se pararon a contemplar la escena. El detective se dio la vuelta y miró a los curiosos. Estaba hecho una pena. De una ceja le caían goterones de barro y la gabardina..., mejor, ni mirarla. Se la desabrochó y la zarandeó, sacudiéndose el agua como un perro una mojadura.

—¡Taxi! ¡Taxi! —gritó de nuevo.

Veinte minutos más tarde, y aprovechando una parada de la circulación, sorteó varios automóviles a través de la calzada y se coló en un taxi.

—Al Museo de Historia Natural oeste del Parque Central —dijo de corrido al taxista.

Este ladeó la cabeza mirándole por encima del hombro derecho:

—Pero..., ¡qué cojones! —dijo—. Rona, espera, no cuelgues —habló por el teléfono. Entonces observó más detenidamente al pasajero por el espejo retrovisor, demudándose su gesto al ver el estado inmundos en el que se encontraba.

—¡Pero de dónde ha salido! ¡Me está poniendo el asiento hecho una mierda! —dijo golpeando varias veces el volante con ambas manos—. Voy de retiro. ¡Joder!

Se escuchó entonces una voz por el teléfono:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

El detective no dijo nada. Se limitó a limpiarse la cara por partes con un pañuelo y usando para ello la mitad del espejo retrovisor mientras, desde la otra mitad, el taxista seguía sin quitarle el ojo de encima. Un goterón de lodo se escurrió del hombro del detective y fue a parar a la banqueta del asiento.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó de inmediato el taxista al verlo—. ¿Me oye, tío? Se va a bajar del coche. ¡Ya! Me está ensuciando el asiento, ¡joder! Luego se llevó la mano a la nuca y se quitó la goma de la coleta, quedando suelto el cabello, que cayó sobre sus musculosos hombros y cubrió el cabezal del asiento.

De nuevo el detective ignoró sus palabras:

—¡Al Museo de Historia Natural! —dijo.

—Toro, ¿qué pasa con el asiento? —preguntó al mismo tiempo una voz desde el teléfono.

—¡Cállate, Rona! Luego hablamos —dijo el taxista, apagando el teléfono.

De seguido, cambió de carril, metiéndose más hacia el centro de la calzada.

—¡Me cago en dios lo que hay que aguantar! ¿Dónde coño ha dicho que le lleve? —preguntó cuando terminó de maniobrar.

—Al Museo de Historia Natural, Toro... *sentado* —dijo el detective.

Toro frenó tan en seco el coche que Holme chocó contra la mampara de seguridad que les separaba. A continuación, el taxista se bajó del vehículo desplegando su corpachón de ciento treinta kilogramos de peso.

—¡Me cago en la gran puta que te parió! —soltó, y seguidamente, con los brazos en alto, se dirigió a los coches retenidos tras el suyo que tocaban la bocina gritándoles —: ¡Iros a tomar por culo! —Luego abrió la puerta trasera del taxi—. Te voy a partir el pescuezo, cabrón —dijo mientras alargaba el brazo para buscar el cuello de su pasajero con la misma confianza con la que se mete la mano en una conejera. Sin embargo, de seguido sintió un objeto metálico barrenándole la mano que le hizo lanzar un alarido y desistir de sus intenciones: en el interior del vehículo, el detective, con su antebrazo izquierdo, le sujetaba aprisionándola contra el techo su muñeca, y empuñando una pistola con la mano derecha, le hincaba el morro de la misma en la palma de la mano.

La mandíbula de Toro quedó apretada sobre el techo del coche y su cuerpo inmovilizado por un dolor tan intenso que las lágrimas fluyeron de sus ojos. Sabía que no podría aguantar mucho más así, pero aunque le apremiaba salir de aquella situación, no tenía ni idea de cómo rendirse o mostrarse sumiso. Al final, fue el detective el que quitó hierro al asunto.

—¿Qué tal si lo dejamos? Esto... por el porrazo —dijo aflojando la presión de golpe.

Viéndose liberado, el taxista sacó la mano del coche y se frotó la palma con cuidado con el pulgar de la otra mano. Rápidamente recobró el ánimo y hasta hizo un

gesto con el dedo a los coches que seguían dando la tabarra.

—Que se te pudra la polla, hijo de puta —susurró ya acomodado de nuevo en su asiento mientras miraba al detective por el retrovisor. Justo entonces, respingó de golpe cuando dos toques del cañón de la pistola en la mampara de separación le dieron a entender que se diera prisa. Y así, siguiendo las órdenes del detective, el taxi empezó a circular de nuevo.

—Ahí es —avisó Toro al poco rato y reduciendo la velocidad hasta detener el coche. Lo aparcó en el peor sitio que pudo. «Jódete, cacho cabrón», pensó dibujando una media sonrisa. El detective ni siquiera le preguntó cuánto le debía; leyó en el taxímetro el importe a pagar, abonó la carrera y se bajó sin decir palabra.

Ya en la calle, se encaminó directo al Museo, y al llegar, ascendió aprisa las escaleras y frente a la taquilla sacó su entrada. Con la gabardina arrugada como una pasa y desprendiendo vaharadas de vapor, se hallaba de lleno por fin en el vestíbulo del Museo de Historia Natural y viendo erguirse ante él una imponente mole de huesos, lo que suponía era la barosauros. Miró el reloj. Había llegado con un minuto de adelanto sobre la hora establecida. Entonces, mientras ansiosamente esperaba, unas colegialas pasaron por delante de él ensimismadas con sus móviles.

—Mira, tengo un mensaje, Briella se acaba de despertar —le decía una de ellas a la otra. Ambas desaparecieron rápidamente por el pasillo, pero sus palabras le recordaron al detective Holme las circunstancias que le habían traído hasta allí.

Todo comenzó a última hora de la tarde del día anterior, el lunes, cuando Masha, su ayudante, le pasó un fax con el siguiente mensaje:

Detective P. Holmes:

Martes, 12:30 PM, Barosauros.

Lleve el The New York Times bajo el brazo.

Asunto: 100 000 \$.

Sea puntual.

Ambos miraron y remiraron el escrito, dudando de que su destinatario fuera realmente Nicolas Holme. En primer lugar porque el fax no llevaba remitente. Luego, porque el apellido del destinatario llevaba una s de más al final y porque la inicial del nombre que precedía a ese apellido no se correspondía con la de Nicolas. Buscaron en el listín de teléfonos y..., ¡bingo!: el siguiente a él en la lista era un tal P. Holmes, quien además —lo que son las cosas— no tenía número de fax. Nicolas Holme ya tecleaba su número cuando Masha lo interrumpió.

—¡Nic! ¡Puedes ir tú! ¡No se conocen!

El pulgar del detective se detuvo y de inmediato el hombre alzó su mirada cruzándose con la de ella:

—¿No se conocen? —repitió él.

—Exacto —constató Masha—. Por eso le hace llevar el periódico.

Nic sonrió. En efecto y si quería, el caso era suyo, y así lo decidió, aunque grabó el número de teléfono de P. Holmes en el móvil pensando que, en última instancia, siempre podía devolvérselo. Ahora solamente hacía falta saber qué era o dónde estaba Barosauros. Por el margen de tiempo entre la cita y la recepción del fax, suponían que se encontraba cerca, en la ciudad misma, pero... ¿dónde exactamente? ¿Era un circo? ¿Era el nombre de algún local de moda? Preguntaron en Correos sin resultado, y en Internet tampoco tuvieron éxito hasta que se les ocurrió consultar en callejeros de la ciudad, suministrándoles la Red, entonces, el título de un libro y remetiéndoles a la Biblioteca Pública. A las once del día siguiente, con hora y media para acudir a la cita, Holme subía de dos en dos los peldaños de la escalinata y se acercaba luego al mostrador de la Biblioteca para tenderle al funcionario un papel.

—*Topó... nimos curiosos y raros de Nueva York* —leyó este en voz alta—. ¿Se pue saber pa qué lo quiere?

—¿Es usted el que atiende aquí? —le preguntó el detective.

—No. La que suele estar aquí ha ido a... —movió la cabeza dando con ella un par de golpes al aire como si espantase alguna mosca y luego acercó su cara al detective bajando la voz—, ha ido a jiñar... Está malita, ¿sabe? Le ha *sentao* mal algo que ha *comío*.

—Necesito urgentemente este volumen —dijo el detective señalando al conserje el papelito que le había entregado.

—¿Qué?

—Este libro. Que lo necesito.

—Pues tendrá que esperar.

—No puedo esperar.

—Si lo necesita, tendrá que esperar.

—¿Y quién más puede atenderme?

—¿Aparte de la que ha ido a...? Nadie más, señor.

—¿Y cuánto cree que va a tardar?

El conserje se encogió de hombros y miró de nuevo el papel en el que estaba anotado el título.

—¿De qué es el libro? —preguntó.

Holme se estiró los labios hacia fuera con los dedos.

—Se le nota *preocupao* —siguió el conserje—. ¿Ha *mirao* en *Interné*? Igual gana tiempo... Están *toos* los libros *fotocopiaos* allí —sugirió enarcando las cejas.

—Mire... Lo que pasa es que estoy citado a las doce y media en un sitio llamado Barosauros, y no tengo ni idea de dónde está.

—¡Ah...! —Se quedó pensativo durante un instante, y finalmente dijo—: ¡Es un juego de rol!, ¡¿verdá?! ¡Haber *empezao* por ahí, hombre!

Las pupilas de Holme se dilataron.

—¡No! No es un juego de rol. Es un asunto de trabajo y muy importante.

—Un juego de rol es importante —replicó el conserje.

—Y no lo dudo, pero le he dicho ya que no se trata de eso. Ahora hágame el favor de decirme dónde puedo encontrar al más sabelotodo de aquí.

—Por allí —indicó el conserje señalando hacia uno de los pasillos—, pero ya le anticipo que no va a saber responderle.

—¿Acaso usted sí sabría hacerlo? Si es así, dígamelo enseguida: ¿dónde carajos está ese Barosauros?

Ambos sostuvieron fijas sus miradas durante unos instantes.

—¿Va a decir algo, o hay alguna cámara oculta por aquí? —se quejó Holme mientras hacía como que buscaba alguna.

—¡Vamos, hombre! Tampoco es *pa* ponerse así, que *pa* una partidita de rol hay que tener más aguante —lo increpó el conserje—. *Pos* claro que conozco dónde está ese sitio —aclaró luego—. De hecho, curré allí hasta que decidí venirme *pacá*.

—¿Dónde?

—Lo que usted busca está en el Museo, en el de los indios. Lo encontrará en la misma entrada: un bicharraco grande que en realidad es... —El hombre cortó su discurso—. Por cierto —dijo luego—, esto me recuerda una anécdota, si me permite explicársela. Verá, recuerdo que cuando trabajaba allí, y señalando hacia arriba, un hombre me dijo: «Oiga, este es el barosaurus, ¿verdad?», a lo que le respondí: «Hombre, si fuese él, los tendría como los avestruces, y no se los ve *usté* colgar, ¿*verdá*?». Porque, como le decía, el bicharraco es una hembra: la barosaurus.

—Gracias —dijo Holme.

Y bajó algo mareado las escalinatas. Al alcanzar la calle, miró al cielo: «Iba a llover con ganas». «Ahora, a tomar un taxi».

La memoria del detective terminó de repasar los hechos desde su cabecera hasta el presente. ¡Por fin tenía la Barosaurio ante sus ojos! Aturdido, sacó del bolsillo de la gabardina el periódico y lo desdobló. Las páginas estaban retorcidas y empapadas, las alisó con el brazo y se le quedó pegado a la manga de la gabardina un trozo de periódico, con parte de la cabecera. Había llegado a la hora, y bajo el brazo tenía el *The New York T...*, sin el *imes*. Se aproximó al gigantesco esqueleto y se puso a mirarlo; era una enorme hembra de barosaurus, herbívora, y en el panel explicativo se indicaba, que protegía a su cría del ataque de un allosaurus, un peligroso predador. Holme, contempló a las tres figuras expuestas, el esqueleto de la barosaurus era tan alto como una escala de bomberos. Luego, saliendo de su ensimismamiento, se separó de un grupo de visitantes con los que se había apetonado junto a los fósiles, y justo en ese momento alguien riéndose, lo tomó del brazo.

—¿Buen caldo saldría de estos *güesos*?, ¿*verdá*?

—¡Eh! —exclamó Holme.

—¡Venga, apartémonos! ¡No vaya a tener reuma este bicho y se nos caiga encima! —dijo el sujeto tirándole del brazo con familiaridad.

Lo llevó hasta una de las grandes columnas que sostenían el dintel de la puerta de entrada y allí lo examinó sin disimulo.

—¿Ha *veníó* por alguna cloaca? —le lanzó a bocajarro.

—¡¿Cómo dice?! —exclamó Holme.

—¿Ha *recibío* el fax? —cambió de tema entonces el individuo mientras mostraba entre la comisura de los labios un palillo roto oculto hasta entonces.

—Claro que lo he recibido —afirmó Holme, y luego devolviéndole el puyazo, añadió—: No soy telépata.

—Ya... Al grano —prosiguió el hombre—. Recibirá cincuenta mil ahora y los otros cincuenta al final.

—Me parece bien. ¿Qué hay que hacer?

—Encontrar a un cabrocete y chivarlo por teléfono —explicó el hombre mientras la punta afilada del palillo sobresalía de entre sus labios moviéndose en todas las direcciones—. Eso es *too*.

—¿Y pagan cien mil? —preguntó Holme, sorprendido.

—Por eso se le van a pagar cien mil, y quinientos más al día *pa* gastos —especificó el hombrecillo, guiñando un ojo, y agregó—: ¿Acaso le parece poco? Las instrucciones se las doy en cuanto diga que está de acuerdo.

Holme, no indagó más. Tampoco tenía sentido llegar hasta allí para después rajarse.

—De acuerdo —dijo.

—¡Vale! Aquí tiene el sobre —dijo el hombre, tendiéndole un sobre abultado, y la punta del palillo empezó a moverse de nuevo—. Dentro —el palillo desapareció en su boca—, hay un billete de avión *pa* Casablanca, se sabe que el sujeto está ahí. Y una foto del fulano, con su nombre escrito atrás. Va la viruta también. Y no hay *ná* más. Cuando lo pille, llame a este número y avise adónde está. Eso es *too*. ¡Ah! Muy importante —su voz se hizo grave y el palillo apareció entre los labios—: en cuanto avise se viene cagando leches *pacá*. Si se queda, pierde el resto de la pasta. Yo mismo, se la entregaré al día siguiente que su avión haya *llegao*, a esta misma hora. Aquí mismo. Si esto está *cerrao*, le espero afuera. ¡Lo ha *comprendío*!

Holme, sopesó el sobre.

—*Comprendío* —dijo.

El hombrecillo pareció por un momento que iba a sonreír, pero permaneció con el gesto adusto y dijo:

—Eso es *too*, amigo —finalizó—. Ahora dese prisa y a coger el pajarito.

Al acabar de hablar el hombrecillo dio media vuelta y desapareció tal como había llegado. Holme sacó del sobre el billete de avión y miró la hora de salida, las 17:45 h. Distribuyó mentalmente el tiempo que disponía: Una hora hasta el aeropuerto; media para el embarque. Le quedaban aún tres horas y media. Suficiente —se dijo— para llegar a la oficina, ducharse, cambiarse y poner al tanto de todo a Masha y el tiempo restante para los taxis.

Masha Banner era su ayudante en la oficina desde hacía un año. Era hija de su difunto socio, Larry Banner, un ex policía de Moscú y de Nueva York, que había creado su agencia de detectives. En realidad, su verdadero nombre era Iván Petrov, y el de su hija, Masha Ivánovna Petrova. Petrov, pero ambos se habían cambiado tanto nombre como apellido. Masha se incorporó a la oficina un mes antes de la muerte de su padre. El año anterior se había graduado en la Escuela Superior de Traducción en la Universidad Lomónosov de Moscú, y entró en la agencia como ayudante a comisión, sin sueldo fijo. Al principio Holme, se mostró reacio a cogerla de forma permanente, pues al haberse quedado él solo, dudaba de poder tener algún caso. Sin embargo, Masha insistió tanto que al detective no le quedó otra que aceptarla oficialmente como ayudante. Para ello le dio una única instrucción, la misma que él había recibido de Larry: «En nuestra profesión solo cuentan las tres “es”: excelencia, eficacia y eficiencia. Ya sabes: ser la mejor, resolverlo todo y con el mínimo coste». Y Holme nunca se arrepintió de haberla aceptado como ayudante, porque si en las dos primeras la muchacha era, sin duda alguna, muy buena, en la tercera era sencillamente insuperable.

La oficina donde desarrollaba su labor tenía el tamaño de un cuadrilátero de boxeo, con un tabique translúcido que separaba el despacho de Holme del resto de la oficina. Una mesa con un ala mecanográfica y una máquina de escribir, un ordenador; un router, una impresora multifunción, archivadores y unos cuantos objetos más de oficina, formaban todo el mobiliario. Al fondo había un lavabo. En las paredes colgaban diplomas de Holme y de ella: «Da seguridad al cliente», decía el detective. Sobre la pared de la mesa de este descansaba un *collage*, en el que mostraba la imagen de la Justicia, una Justicia transformada en riente diablo, sin venda en los ojos y que con el dedo índice de su mano empujaba hacia abajo uno de los platillos de la balanza que sostenía con la otra mano. En él se hallaba una joven asustada y algo descocada que miraba hacia el otro platillo, del borde del cual colgaba, aferrada con mano de hierro, la figura de Sherlock Holmes.

Cuando Holme entró a la oficina luego de volver del museo, Masha estaba ya impaciente.

—Masha —le dijo al tiempo que depositaba en la mesa el sobre que acababa de recibir— me voy a Casablanca a buscar a un fulano. Tengo el vuelo a las seis menos cuarto.

Sin decir nada, la joven cogió el sobre y lo abrió, reflejándose en su cara la sorpresa al ver la enorme cantidad de dinero.

—Nic —dijo—. ¡Aquí hay mucha pasta!

—Cincuenta mil, más tres mil quinientos para los gastos de una semana —aclaró él.

—Es casi el doble de lo que hemos ganado en el último año.

—Si todo sale bien serán cien mil.

—Sinceramente —dijo Masha—, si no estuviéramos viendo este dinero con nuestros propios ojos y se tratara de un cheque, creería que ha habido un error y que hay un cero de más en la cifra.

—Ya. A mí me pasa lo mismo —sonrió Holme—. Manos a la obra —añadió después—. Abre un expediente al caso, saca copias de la foto y averigua lo que puedas del fulano y del detective al que suplanto.

Mientras hablaba se despojó de la gabardina y a continuación entró al lavabo para asearse un poco. Luego, ya en su despacho cogió algunos efectos para el viaje. De uno de los cajones del escritorio extrajo un paquete que estaba envuelto en papel de periódico de hacía seis meses y que tenía escrito: «Viaje. Mudanzas», Cogió del perchero otra chaqueta, metiendo su agenda en ella.

—Masha —dijo mientras separaba unos billetes dejando el resto—, aquí hay cuarenta mil. Paga el alquiler de la oficina y cóbrate tus sueldos atrasados.

Nic, se quedó mirando durante unos segundos a Masha, fijándose en que llevaba una blusa de color rosa palo, un pañuelo anudado al cuello y una faldita cruzada gris. Se fijó también que en el perchero colgaba, junto con un bolso, una chaqueta del mismo tono que la falda. Sin embargo, por ninguna parte vio que hubiese un abrigo.

—Masha —añadió entonces—, quiero también que te compres un abrigo y que lo cargues como gastos de oficina. Si sobra algo, lo ingresas en la cuenta. Eso sí: si son más de mil dólares —dijo con una sonrisa de complicidad provocando también la risa en la chica—, no los metas de golpe, no sea que a Robert le asciendan en el banco. Yo me llevaré el resto para gastos, creo que serán más que suficientes.

Masha trabajaba ya en el expediente del caso, abrió una carpeta, a la que puso como referencia «Casablanca» y anotó el nombre de la persona que Nic había de encontrar: John Monroe. Rápidamente lo escaneó todo, incluido el billete de avión y luego, adelantándose al ruego de Nic, llamó a un taxi. Quedaba exactamente una hora y cuarto para su vuelo, y aunque era el tiempo suficiente para llegar al aeropuerto Kennedy, dado el tráfico de aquella hora era igualmente conveniente salir cuanto antes. Cinco minutos más tarde salió de la oficina.

El vuelo salía de la terminal 1 y la compañía era la Royal Air Maroc. La duración del vuelo era de siete horas y cuarenta minutos. Viajaba en clase económica, junto a la ventana. Salía de Nueva York a las 17:45 horas y llegaba a Casablanca de madrugada a las 6:25 de la hora local. El vuelo se efectuaba en un Boeing 767.

No tuvo ningún problema porque en el billete no figurase correctamente escrito su nombre, en el check-in del mostrador no le pusieron ningún problema. Embarcó y una vez dentro de la aeronave ubicó su asiento y se dejó caer en él, algo cansado. Se quitó la chaqueta y la dejó en el asiento de al lado. La mañana había sido ajetreada y muy productiva. El caso era ciertamente rocambolesco y en ello se incluía la exorbitante cantidad de dinero por un servicio de localización de una persona. Él estaba suplantando a otro detective y debía andarse con cuidado. Pues algo no

encajaba en el encargo, pero la mitad del dinero ya estaba cobrado. Recordó la advertencia de Larry: «El lobo tiene colmillos, ¿pero y si el cordero tiene escopeta?». Decidió posponer sus dudas y disfrutar del vuelo, se lo merecía. En ese momento se dio por megafonía el speech de bienvenida a bordo, la voz era dulce como el canto de una sirena, y cosa que nunca hacía lo escuchó con atención:

«Buenas tardes señores pasajeros. El comandante y todos nosotros les damos las gracias por elegir este vuelo de la compañía Royal Air Maroc con destino a Casablanca. La duración estimada del vuelo será de siete horas y cuarenta minutos. Por motivos de seguridad y para evitar interferencias con los instrumentos de vuelo, les recordamos que los teléfonos móviles deberán permanecer desconectados desde el cierre de puertas y hasta su apertura en el aeropuerto de destino. Los dispositivos electrónicos portátiles podrán utilizarse cuando se apague la señal luminosa de cinturones, previa consulta a la tripulación. Les rogamos guarden todo su equipaje de mano en los compartimentos superiores o debajo del asiento delantero, dejando despejados el pasillo y las salidas de emergencia. Ahora por favor, abróchense el cinturón de seguridad, mantengan el respaldo de su asiento en posición vertical y su mesita plegada. Les recordamos que no está permitido fumar en el avión. Gracias por su atención y feliz vuelo».

A las seis de la tarde el detective Nic Holme contemplaba desde el aire el dentado perfil de la ciudad, sin los dos grandes caninos rotos brutalmente unos años antes. La rabia le colmó hasta dejar atrás la gran urbe mientras recordaba una frase de Larry sobre la ciudad de los sueños: «Dicen que en Nueva York se vive peor que en cualquier lugar del resto del mundo, ¿pero a qué neoyorkino le interesa vivir en el resto del mundo?».

Volvió a prestar la máxima atención a la azafata que daba la demo de seguridad, su voz melodiosa, le relajó del todo:

«Señores pasajeros, siguiendo normas internacionales de aviación civil, vamos a efectuar una demostración sobre el uso del cinturón de seguridad, chaleco salvavidas, máscaras de oxígeno y localización de las salidas de emergencia. Es muy importante que presten atención.

El cinturón de seguridad debe permanecer abrochado siempre que la señal luminosa de cinturones esté encendida. Se abrocha y se desabrocha como les estamos mostrando.

En caso de tener que realizar una evacuación de emergencia, los senderos luminosos del suelo les guiarán hasta las salidas de emergencia. Observen que en este avión hay ocho salidas de emergencia. Dos puertas situadas en la parte delantera de la cabina, cuatro ventanas sobre las alas, y dos puertas en la parte posterior del avión. Todas estas salidas son fácilmente localizables por el letrero Exit/Salida. Los chalecos salvavidas están situados debajo de cada uno de sus asientos. Pero no deben extraerse a menos que se lo indique un miembro de la tripulación. En caso de amerizaje, y siendo advertidos por la tripulación, se sacan de su alojamiento, se introducen por la cabeza, se pasan las tiras alrededor de la cintura y se enganchan las anillas al cierre delantero. Para ajustarlo tire de los dos extremos. Para inflarlos, se tira con fuerza de las dos placas rojas delanteras, pero nunca dentro del avión. En caso necesario, el chaleco también puede inflarse soplando por los tubos laterales. Cada chaleco está provisto de una pequeña luz que se activa en el agua extrayendo el seguro de su batería. En caso de una pérdida de presión de la cabina, se abrirán automáticamente los compartimentos situados encima de sus asientos. Si esto ocurriese, tire fuertemente de la máscara, colóquela sobre la nariz y la boca, y respire normalmente. Asegúrese de tener su máscara ajustada antes de ayudar a otros pasajeros. Los pasajeros que viajan con niños deben colocarse su máscara y luego colocársela a los niños. En el bolsillo de delante de sus asientos encontrarán las instrucciones de seguridad. Por favor consúltenos si tienen alguna duda. Muchas gracias por su atención y feliz vuelo».

Se acomodó en el asiento. Las luces que se habían atenuado durante el despegue,

tenían ya la intensidad normal. El viaje iba a ser largo y se puso a mirar lo que tenía a mano para distraerse. Enfrente tenía una pantalla de 8,9 pulgadas, incrustada en el respaldo del asiento de delante. Disponía de audio y vídeo a la carta. Leyó el folleto informativo:

«Disfrute de su pantalla individual de 8,9 pulgadas para ver una amplia selección de contenidos totalmente gratuitos, entre los que se incluyen:

El vídeo a la carta: una selección de más de 45 programas que incluyen películas de Hollywood clásicas y recientes, películas árabes, documentales y series de televisión.

El audio a la carta, que incluye:

Una selección de 150 álbumes.

Música variada, que incluye: música andaluza, música árabe clásica, temas marroquíes, música clásica, música ligera, clásicos de oro, éxitos internacionales, jazz y relajación.

Lectura del Corán.

20 videojuegos.

Y un sistema de geovisión».

Una azafata pasó a su lado por el pasillo:

—¿Señorita, puede traerme un whisky? —le dijo.

—Desde luego, señor.

Holme se reclinó en el asiento y recordó el nombre: John Monroe. Ese era el tipo a quién tenía que encontrar. Tomó algunas notas mentales y dio un nombre al contacto: «Tío feo». Juntó las dos palabras en su mente: «Tiofeo». Le sonó cómo a griego. En ese momento le trajeron el whisky.

—Su whisky, señor —dijo la azafata desplegando la bandeja para dejar en ella la bebida.

—Gracias. Muy amable —agradeció Holme incorporándose mejor.

Mientras tomaba el primer sorbo, echó una mirada al avión. Iba bastante vacío y la fila de asientos en la que se encontraba estaba desocupada de ventanilla a ventanilla. De los pasajeros se fijó en alguna familia árabe y en dos o tres individuos que parecían ser hombres de negocio. Pegó otro trago del vaso de whisky y se puso a dar una cabezadita mientras sobrevolaban el Atlántico. En el exterior la temperatura era de 40 grados bajo cero, lo habían dicho por la megafonía del avión. Se durmió mientras oía *Thunder Road*. Una hora más tarde se despertó, el avión había entrado en una zona de turbulencias y estaba haciendo rolados sucesivos, parecía tener el baile de San Vito. Miró por la ventanilla, abajo se distinguía el inmenso océano, vio lo que parecía la formación de nubes de tormenta y un arco iris circular, que surgía y se hundía en el propio mar. Volvió a echar otro trago de whisky.

Cogió la revista de la compañía aérea *RAM Magazine*, que alguien había dejado en el asiento de al lado. Después sirvieron la cena y se volvió a dormir profundamente.

Cuando se despertó estaban a punto de aterrizar, por megafonía escuchó el mensaje de advertencia:

«Señores pasajeros, bienvenidos al Aeropuerto Internacional Mohámmed V de Casablanca. Por favor, permanezcan sentados, y con el cinturón de seguridad abrochado hasta que el avión haya parado completamente los motores y la señal luminosa de cinturones se apague. Los teléfonos móviles deberán permanecer totalmente desconectados hasta la apertura de las puertas. Les rogamos tengan cuidado al abrir los compartimentos superiores ya que el equipaje puede haberse desplazado. Por favor, comprueben que llevan consigo todo su equipaje de mano y objetos personales. Les recordamos que no está permitido fumar hasta su llegada a las zonas autorizadas de la terminal. Si desean cualquier información, por favor diríjanse al personal de tierra en el aeropuerto; muy gustosamente les atenderán. Muchas gracias y buenos días».

Las luces de cabina se atenuaron. El avión aterrizó con total normalidad. El pasaje comenzó a salir de la aeronave. Holme se levantó de su asiento y enfiló la puerta delantera. Justo cuando estaba a punto de entrar en la manga de salida se percató de haber olvidado su agenda en el asiento. Volvió sobre sus pasos importunando a los pocos pasajeros que aún no habían salido de la aeronave. En el pasillo, se cruzó con un individuo que giró la cara al pasar por su lado, ese gesto atrajo su atención. Pero fue todo tan rápido que solo pudo fijarse que llevaba bigote y que tenía aproximadamente su misma estatura. El individuo prosiguió rápidamente su marcha en dirección hacia la salida. Holme recogió su agenda, siendo el último de los pasajeros en abandonar el avión. No dejaba de darle vueltas al asunto que le traía a Casablanca y pensó que quizás por eso le llamaba la atención cualquier hecho intrascendente.

3

A las doce de la mañana de ese mismo día, a la doctora en Neurociencia cognitiva, Catherine Monroe, le pasaron una llamada de teléfono de su padre, el doctor John Monroe.

—Doctora Monroe —le comunicó la operadora— tiene una llamada por la línea uno.

—La cojo —dijo amablemente Catherine—. Gracias Edna.

—¿Hablo con la doctora Monroe? —le preguntó una voz masculina al otro extremo del hilo telefónico.

—Con la misma —contestó Catherine Monroe.

—Cat... ¡Soy papá!

Durante unos instantes, Catherine Monroe se quedó sin habla. Su rostro se tornó blanco, casi lívido y la cabeza y el corazón le dieron tumbos. Pensó en una broma macabra. Pero la voz, a pesar de un ligero acento extranjero, era la de su padre.

—¡Papá! ¿¡Eres tú!?! —exclamó con voz quebrada por la emoción.

—¡Si, Cat! —contestó el doctor Monroe—. ¡Soy yo! ¡Tu padre!

Catherine se estremeció y no pudo contener el llanto y las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. Hacía siete años que daba por muerto a su padre. Una noche su padre no llegó a casa, y nada más se supo de él. Aunque se barajaron todas las hipótesis plausibles sobre su desaparición y aunque intervinieron debido a su cargo y a las investigaciones que realizaba para el Departamento de Defensa, desde el FBI, la CIA, la NSA y una agencia ultra secreta de seguridad sin siquiera siglas, todo fue inútil, porque no se obtuvo ningún resultado ni ninguna pista de qué pudo haber sucedido. Y ahora, siete años después, allí estaba el doctor Monroe, hablando con su hija por teléfono como si nada hubiera pasado.

—Catherine, ¡escúchame! —dijo el doctor Monroe y prosiguió—. Escúchame atentamente y sin interrumpirme, por favor, porque es de capital importancia lo que te tengo que decir. Verás, estoy en peligro de muerte, pero no es mi vida la que me importa, pues vale menos que la del mayor de los canallas...

—¡Papá...! —empezó a decir Catherine.

—¡Cat! ¡Por dios! ¡No me interrumpas! —protestó su padre—. No puedo explicarte todos los detalles ahora, pero necesito que seas fuerte y que te sepas dominar. Sé que me vas a perdonar. Y ahora te necesito, pequeña mía.

La voz del doctor Monroe enmudeció por la emoción. Al cabo de un instante de silencio, prosiguió.

—Préstame la máxima atención —reclamó el doctor Monroe—. Debes venir a Casablanca, en Marruecos. Necesito verte, porque quiero entregarte algo. Te alojarás en el Hotel La Media Luna y allí me reuniré contigo. Si coges un vuelo que sale hoy a la tarde de Nueva York, mañana puedes estar aquí. Si para el sábado no nos hemos visto, has de marcharte sin dilación. Tu vida puede correr un serio peligro, si no lo

haces.

—¡Papá! —exclamó Catherine—. ¿Alguien quiere matarte? ¿Estás huyendo?

—¡Pequeña Cat! .Te prometo que te contaré todo cuando estés a mi lado — intentó tranquilizarla el doctor Monroe—, ¡pero ten cuidado porque pueden seguirte...! Mi pequeña chiquilla... Cómo deseo verte... Oh dios... No tengo perdón... Nos veremos pronto. Adiós, Cat... —dijo colgando y sin esperar la respuesta de su hija.

—Papá, te quiero —susurró ella aun sabiendo que ya no podía oírla.

¡Hubiese querido hablar horas enteras con él! ¡Había tantas cosas que quería preguntarle! Confusa, empezó a sollozar, entregándose a la felicidad del reencuentro con la misma intensidad que los interrogantes que la acosaban. Desde la muerte de su madre en un estúpido accidente cuando Cat solamente tenía quince años, su padre lo había sido todo para ella. Él la consoló y la ayudó a entender que su madre siempre seguiría formando parte de su vida y de sus corazones y que, desde donde fuese, siempre seguiría amándoles y cuidándoles. Catherine se casó el mes anterior a la desaparición de su padre con el ayudante de este, el doctor Weis. El matrimonio no duró mucho, y al cabo de un año la pareja se divorció recuperando ella su apellido paterno. Ahora era la jefa de su ex marido y ocupaba el puesto que tuvo su padre. Catherine acababa de cumplir los treinta y dos y era tan inteligente como hermosa. A su rostro de ojos aguamarinas, pómulos sonrosados y mentón firme lo enmarcaba un sedoso y brillante cabello castaño con algunas vetas rubias.

La doctora Monroe pulsó el botón para hablar con su secretaria.

—Edna, por favor —le dijo— reserva un billete de avión para el primer vuelo a Casablanca. Sé que hay uno hoy. Y coge también una habitación con pensión completa en el Hotel la Media Luna, también en Casablanca. Por favor, confírmame en seguida una vez lo tengas todo hecho.

—Catherine... ¿pasa algo?

—¡No! Es un asunto personal —explicó la doctora—. Te lo contaré a la vuelta.

—¿Qué hago con tus reuniones? —preguntó entonces Edna—. ¿Las pospongo?

—Atrásalas todas hasta la semana que viene —contestó Catherine—. Y la charla del programa Gamma, que la dé Weis. Llama a Mundo Canino y que pasen por el apartamento a recoger a mi perrita Y al doctor Johnson le dices que he tenido que ausentarme debido a un problema familiar y que estaré de vuelta el lunes. No comentes a nadie dónde voy. Invéntate cualquier cosa si te preguntan. Qué está muriéndose una tía mía, o lo que se te ocurra.

—Entendido —contestó Edna.

Un par de minutos más tarde, Edna, comunicó a Catherine, la hora de salida: «Las diecisiete cuarenta y cinco horas».

Una hora después, la doctora estaba en el garaje de los laboratorios Calvin. A pocos metros del coche, pulsó el mando de apertura de las puertas y volvió a pulsarlo para cerrarlas. Luego lo pulsó de nuevo y abrió únicamente la puerta del conductor.

Al atravesar con el vehículo la planta hacia la salida y pasar por delante de un sedán azul, se este se puso en marcha. Llegó 15 minutos más tarde a su apartamento de Central Park y rápidamente le dio al portero el recado de que avisase a un taxi y de que abriese la puerta de su vivienda a los de Mundo Canino porque vendrían a recoger a su perrita. Momentos más tarde abrió la puerta de su casa. En cuanto franqueó el umbral, el cachorro samoyedo la recibió dando saltos de loca alegría y moviendo el rabo de un lado para otro como si fuera un plumero. Catherine ni necesitó agacharse para besar a su perrita, pues esta con los saltos le alcanzaba la cara. Acompañada por el satélite alegre y juguetón, al que había puesto de nombre Laika, entró en el baño y allí empezó a desvestirse. Cada vez que se quitaba una prenda, la perrita se la llevaba, volviendo rauda, luego, a por otra. Catherine se rio. Después se relajó en la ducha dejando que el agua la acariciase enteramente. Cuando salió, elegir la ropa que llevaría puesta para el viaje se convirtió en un martirio. Consultó el tiempo que hacía en Casablanca, la temperatura prevista para mañana era de veintidós grados durante el día y de trece grados por la noche. Al final se decidió por un traje de entretiempo y metió algo de ropa de primavera-verano en la samsonite de mano. También preparó un neceser con todo lo que supuso iba a necesitar, incluido un secador de viaje. Por último, cogió la manta de la perrita envolviendo en ella sus juguetes y dejándola sobre el aparador de la entrada junto a una nota: «Estaré unos días fuera». En este momento, la avisaron de que el taxi la esperaba ya abajo.

«Volveré pronto, bonita», le dijo a la perrita, mientras le daba un beso de despedida. En el taxi indicó al taxista que se dirigiera a salidas internacionales del aeropuerto John F. Kennedy. Cuando se pusieron en marcha le pareció ver, de refilón, el mismo sedán azul que había visto en el garaje. Entonces recordó las palabras de advertencia de su padre y se sobresaltó. Sin embargo, y aunque pasó todo el trayecto muy atenta y mirando insistentemente, no volvió a ver al sedán azul. Esto la tranquilizó y empezó a pensar que la emoción le jugaba malas pasadas.

Tomó finalmente el vuelo que salió con unos minutos de retraso y que iba semivacío.

Nic Holme inspiró el aire del amanecer africano. Se hallaba en esos momentos en la terminal del aeropuerto. Tomó de los mostradores de información una guía de hoteles y una buena cantidad de folletos y callejeros, todos en lengua francesa, en la que creía que se defendía pasablemente, al menos eso era lo que le decía una antigua novia que tuvo y que era del Pays de la Loire, en el oeste de Francia. A continuación, se puso a la cola para coger un taxi y aprovechó el tiempo de espera para escoger uno de los hoteles. Eligió el Sheraton a ciento noventa y cinco dólares la noche. Ya en el taxi, comenzó a desengrasar su francés.

—*Bon jour...* —saludó—. *Je veux aller...*

—*English spoken?* —lo interrumpió el taxista.

—*Yes* —respondió Holme.

A partir de ahí se entendieron en inglés.

—Al hotel Sheraton —dijo Holme.

—Muy bien, señor —dijo el taxista.

Poco después el taxi le dejó delante de la entrada del hotel. Holme pagó la carrera con dólares. Ni siquiera se iba a molestar en cambiarlos por dirhams marroquíes. Un conserje con charreteras le abrió la puerta del taxi, a la vez que un solícito y decidido botones detuvo el taxi en marcha para indagar si había alguna maleta o bolsa olvidada. Se registró en la recepción y el botones le acompañó hasta su habitación. Dio una propina al mozo y, en cuanto cerró la puerta y se quedó solo, se tiró de bruces sobre la cama. Media hora más tarde, se levantó y echó una ojeada a la habitación: «No está mal», pensó. Del la pared del fondo colgaba una gran fotografía en blanco y negro de la cordillera del Atlas y, sobre el cabecero de la cama había otra fotografía, también en blanco y negro, del puerto de Casablanca. A su izquierda tenía un pequeño escritorio y una mesa con una fuente con varias frutas que no pudo identificar. Miró hacia las mesillas que flanqueaban la cama, dónde había varios periódicos en francés, inglés y español. Se desnudó y se introdujo en el cuarto de baño. En el lavabo había maquinillas desechables y jabón de espuma. Se rasuró cuidadosamente y se dio una ducha. Al salir de ella se contempló en el espejo y consideró que seguía estando en forma. Su torso armonioso y las tetillas y el vello no exagerado del pecho emanaban una estampa atractiva para algunas mujeres. Era alto y bien proporcionado, con abundante cabello castaño y ojos del mismo color, con nariz recta y una fuerte barbilla mellada por algunos golpes que no pudo esquivar. Vamos, que a fin de cuentas, Nic Holme, «estaba para untar pan». Así se lo dijo la viuda de Davis, una antigua cliente, a Masha su ayudante. Se enfundó el albornoz del hotel y se dirigió al escritorio, donde puso a cargar su agenda. Vio que había conexión a Internet. En Casablanca eran las nueve de la mañana, según marcaba el reloj que había en la habitación. Aún era demasiado temprano para llamar a Masha pues la diferencia horaria con Nueva York era de cinco horas, se acordó de pronto

que no había cambiado la hora del reloj y, efectivamente marcaba las cinco de la madrugada. Se vistió, bajó a desayunar y en las *boutiques* del hotel compró un traje, un par de camisas y un panamá para la cabeza, junto con unos cómodos mocasines. Subió a la habitación y supuso que Masha estaría ya esperando su llamada. Cogió su agenda y la llamó. Oyó sonar al teléfono varias veces, a la cuarta lo descolgaron.

—¿Diga? —sonó la voz de Masha.

—Hola Masha —saludó el detective.

—¡Nic! ¿Qué tal el viaje?

—Bien. Estoy alojado en el Sheraton y me he dado una ducha y he desayunado. ¿Has averiguado algo?

—Sí. He recogido bastante información sobre él y también sobre el detective y la verdad el caso tiene un tufo raro. Ándate con cuidado. Te he mandado toda la información por mail, así que la verás en cuanto abras el correo.

—Bien, Masha. Toma nota ahora del hotel y el número de la habitación. Estoy alojado con mi nombre.

—Vale. Déjame coger un boli.

Después que Holme dio los datos a Masha, ambos se despidieron y luego el detective se conectó a Internet utilizando la contraseña 1234, de la red wifi del hotel. No tardó nada en tener en la pantalla de su agenda la información que Masha había conseguido: «El que buscas —le decía ella en el mail— es o era un científico de sesenta y tres tacos, que desapareció hace siete años y del cual no ha habido noticias desde entonces. Estaba considerado el mayor especialista en: Ciberneurología. ¿? Te traduzco cómo me lo ha traducido el gracioso de George: “Se trata del estudio de monos, plátanos y descargas eléctricas y, de averiguar *científicamente* por qué el mono escoge el plátano y no la descarga eléctrica”, o algo así. Pues bueno, sigo. Trabajaba también para el Departamento de Defensa y era el jefazo de todos los cabezas de huevo de los Laboratorios Calvin en Nueva York, y ahora lo es su hija. Mañana te doy más *info* sobre ella. Raymond de homicidios, me ha chivado que su desaparición se relaciona con las de otras semejantes. Han desaparecido varios científicos y nadie sabe nada. Todo es alto secreto (del peligroso, Nic). Y sobre el detective, tengo que decirte que es un bicho de mucho cuidado, está en busca y captura por pederasta. De momento eso es todo. Saludos. Masha».

Holme, recapituló brevemente lo que sabía sobre el caso y decidió que lo mejor era darse un paseo, así que, salió a dar una vuelta por la ciudad, esperando que la «chispa» aclaratoria se produjese. Larry llamaba «chispa» a la inspiración súbita que era capaz de resolver o encarrilar un caso. Sus pasos le llevaron hasta el Mercado de Derb Omar, en el centro de la ciudad. Allí probó un pincho moruno, que le gustó y volvió a repetir. Después volvió al hotel, el desfase horario le estaba pasando factura así que decidió echarse a dormir. Llamó a recepción, e indicó, que le despertasen a las nueve y le llevasen *le petite dejeuner* a la habitación. Le respondieron en correcto inglés que así lo harían. Retiró la sobrecama y se tumbó desnudo sobre las sábanas.

Durmió cómo un bendito. A la mañana siguiente, a las nueve, sonó el teléfono.

—¿Si? —contestó somnoliento.

—Las nueve en punto, señor —le respondieron.

Se incorporó de la cama y mientras estaba en la ducha le trajeron el carrito con el desayuno. Salió, y todavía con el pelo humedecido, se sentó en el borde de la cama con el carrito enfrente. Le habían puesto zumo de naranja, dátiles y unas tostadas con mantequilla y mermelada, además de unos huevos escalfados. También café, leche y té. Dio buena cuenta de todo. Una hora más tarde, vestido ya, comenzó a pensar en organizar la búsqueda del científico Monroe. Se asomó por la ventana, hacía bastante calor. Abrió la pitillera en la que había un solo cigarrillo y la volvió a cerrar. Estaba dejando de fumar. Comenzó de nuevo a reflexionar en cómo localizar a Monroe. Cogió los planos de la ciudad y la guía de hoteles. Leyó una descripción de Casablanca:

«Casablanca. Ciudad de Marruecos, la primera por su población, llamada Dar el Beida. Situada en las costas del Atlántico, 88 km al SO de Rabat, es el mayor puerto africano en ese océano, con actividad tanto comercial como pesquera y fabril. El puerto, que admite los barcos del mayor tonelaje, es la puerta de entrada en Marruecos de casi todos los productos del extranjero, y da, en cambio, salida a los fosfatos, minerales de hierro, manganeso y tejidos. Tiene industrias de tejidos, vidrio, cemento, conservas alimenticias, ladrillos, harinas, muebles, jabón y fertilizantes. Fundada por los portugueses en el siglo XVI sobre las ruinas de la antigua Anfa, que ellos mismos habían destruido (1468), pasó a poder de Francia en 1907. Durante la II Guerra Mundial fue gran base militar y en 1942 escenario de una importante conferencia política».

Después de ese paseo mental momentáneo, sus pensamientos volvieron de nuevo al tema que le importaba: las labores de búsqueda de Monroe. Y comenzó a valorar diversas hipótesis. Supuso que si Monroe se encontraba en Casablanca estaría alojado en algún hotel o pensión. Se habría registrado o no, con su nombre, dependiendo de si sabía o no que le buscaban, pero de inmediato desechó tal suposición, pues después de siete años desaparecido, lo extraño, cómo diría Larry, sería «encontrarle preguntando al cartero». «¿Y si está alojado en este mismo hotel?», pensó entonces Holme. «He de sacar copias de su foto y distribuirla por todos los hoteles y pensiones de Casablanca». De repente su cara se iluminó como lo hacía cada vez que creía haber tenido una idea feliz. Recordó el trozo de párrafo que acababa de leer y que decía: «el puerto es la entrada de casi todos los productos extranjeros...». ¡Ahí estaba la idea clave! Monroe debía forzosamente haber llegado a Casablanca en barco, en avión, en ferrocarril, en autobús o en coche. Descartando este último medio de transporte, en el resto forzosamente acabaría en una terminal y allí es muy probable que cogiese un taxi. Partiendo de esa idea, perfiló un plan sencillo: repartir fotos de Monroe a todos los taxistas de las terminales. Pero para ello iba a necesitar un intérprete. Llamó a recepción.

—*S'il vous plait* —dijo llamando a la recepción del hotel y, continuó hablando en inglés—, necesito un taxista que hable perfectamente inglés.

—*Au moment, Monsieur* —le contestaron de la recepción.

Quince minutos más tarde la misma voz le avisó que el taxista le esperaba en recepción. Cuando bajó Holme, se halló frente a un individuo moreno, alto, con gruesos bigotes y unos ojos negros y vivos.

—Monsieur, Mister —dijo el taxista—, yo hablo perfectamente su idioma.

—¡De acuerdo! ¡*Trés bien!* —Dijo Holme, y continuó con la mezcla de lenguas—. *Nous allons á* la terminal del aeropuerto.

El tráfico corriente de Casablanca era cómo el del peor día en Nueva York. El único impedimento para ir de un sitio a otro, por donde a uno le diese la gana, solo lo impedía el tener un accidente. Las reglas de circulación no las respetaba nadie. Holme le fue explicando al taxista, que dijo llamarse Omar, cuáles eran los propósitos de su viaje a las terminales de viajeros de la ciudad. El detective sacó todas las copias que había hecho de la foto y le indicó a Omar que las irían entregando a los taxistas para que estos, a su vez, las fuesen enseñando a sus compañeros. Luego le preguntó a Omar cuánto creía que se debería de pagar al que le diese noticias del paradero del doctor, al cual había identificado como un pariente suyo al que no veía desde hacía mucho tiempo y con el que deseaba encontrarse a toda costa. Por supuesto, el taxista no se tragó dicha historia.

—Yo creo que unos quinientos dólares, señor Holme —aventuró el taxista.

—¿Cómo? ¡Sí, hombre! —exclamó Holme con el asombro pintado en su rostro—. ¿Estás chiflado?

—Algo menos entonces, señor; digamos que unos trescientos —reconsideró Omar que no había perdido detalle del cambio producido en el rostro del pasajero.

—¡Bastará con cien!

—Harán falta más, míster —aseguró Omar—. Tenga en cuenta que puede haber varios taxistas de por medio, y no saben si se trata de «algo malo». Harán falta por lo menos doscientos.

—Ni hablar, ciento cincuenta o lo dejamos aquí mismo —dijo Holme.

—Bueno, está bien; no se enfade... Con ciento cincuenta dólares bastará —dijo conciliador.

Durante toda la mañana y gran parte de la tarde, estuvieron recorriendo las terminales de transporte. Holme tuvo que sacar más copias de la foto pues se agotaron todas. Comieron cualquier cosa al mediodía, para no perder tiempo. Omar le dejó a las cuatro de la tarde frente al hotel y quedaron en volverse a ver a las nueve del día siguiente para seguir con el reparto de fotos. Holme estaba impaciente por saber si Masha había averiguado algo nuevo sobre Monroe. Penetró en el hotel y se dirigió a conserjería por su llave. El vestíbulo estaba decorado al gusto europeo, con algunos toques orientales. Colgaban grandes y bellos tapices que decoraban la entrada y había también enormes columnas salomónicas que le recordaban a una bayeta de cocina escurrida por las manos de un gigante. Preguntó en recepción si había algún recado para él y le dijeron que sí, que: «Una llamada, pero que volverían a llamar». Holme tomó la nota que le tendían y cómo suponía, se trataba de Masha.

Subió a su habitación para conocer las novedades. Antes de hacer la llamada, decidió darse una tonificadora ducha de agua fría. Quince minutos después Masha, comenzó a explicarle las averiguaciones que había hecho. Según se había informado, la hija de Monroe, la doctora Catherine Monroe, se había ausentado de su trabajo el mismo día que él había viajado a Marruecos.

—¿Y adivina a dónde ha ido? —preguntó en tono picarón y como si hubiera descubierto algo interesante—. A Casablanca, Nic, a Casablanca —se respondió ella misma Masha, sin siquiera darle tiempo a decir nada—. Y hay más —continuó—. Agárrate, porque habéis ido en el mismo vuelo. De hecho, es probable que incluso te hayas fijado en ella, pues es una mujer guapísima.

—¡Vaya, por dios! Y yo durmiendo... —se lamentó en broma Holme—. ¿Cómo sabes que es tan guapa?

—Te envió una foto de ella por *whatsapp* y juzgas tú mismo —dijo Masha—. La tomé de una revista; *Progress in Theoretical Biology*. Te mando la foto, el artículo no creo te interese.

Segundos después, Holme tenía la imagen de Catherine Monroe en la pantalla de su agenda. «Efectivamente es guapa», pensó.

Se despidieron y luego él pidió que le subieran la cena a la habitación. Su cabeza no paraba de darle vueltas al asunto en que se había metido, un asunto aparentemente rutinario a excepción del dinero que estaba en juego si todo salía como esperaba. Sin embargo, y según iba avanzando en la investigación, se iba dando cuenta de que en la búsqueda del doctor Monroe aparecían elementos inusitados. La hija, evidentemente, venía a reunirse con él. Y por otra parte alguien estaba interesado en localizarle a cualquier precio. Pero... ¿a qué podía deberse ese interés? ¿Cuál era el motivo por el que el doctor Monroe no quería dar señales de vida a la policía?, sea cual sea, era un misterio que no presagiaba nada bueno. ¿Estaba al tanto la hija de lo que su padre había hecho durante los siete años en que había permanecido desaparecido? Comenzó a pensar si el caso no resultaría peligroso y él estaba desarmado y en un país que no conocía. Se encontraba bastante cansado por el calor así que se echó en la cama y se quedó dormido viendo los Simpson en árabe.

A las nueve en punto de la mañana el taxista Omar pasó a recogerle de nuevo. Omar era un adulator extraordinario. Su familia procedía de Marrakech, y su padre había sido aguador, un oficio ya perdido. Todavía lo recordaba con su chilaba, el turbante y aquel sombrero de fieltro de anchas alas del que pendían numerosas borlas. Recordaba también cómo llevaba colgados los útiles para el trabajo: un gran pellejo para transportar el agua y unos cuencos metálicos de distintas medidas para servirla. Y recordaba la bolsa de piel claveteada en la que guardaba el dinero y de la que a veces sacaba alguna moneda con la que obsequiaba a su hijo. Hacía ya muchos años que no había vuelto a ver a un aguador. Ahora Omar vivía con su mujer y sus tres hijos en Hay Mohamedi, un barrio humilde y famoso por sus músicos. Cada vez más a menudo, muchos de sus conocidos se marchaban al extranjero y la mayoría de amigos y familiares regresaban contando maravillas de lo bien que se vivía en Francia o en España. A nadie parecía irle mal, o al menos eso decían. Por ello, Omar pensaba sacarle un buen pellizco a Holme. Ya se las ingeniaría para aumentar el precio pactado. Con un poco más, quizás podría viajar a Francia o a España y, mientras, su mujer y sus tres hijos vivirían de lo que sacase por vender el taxi.

Holme subió al taxi.

—Buenos días, *monsieur* —lo saludó Omar.

—*Bon jour*, Omar —respondió Holme.

—Si le parece bien, hoy iremos al puerto y a la terminal de autobuses de Tahala —propuso Omar—. Después ya no nos quedará más que la parada de taxis que está al lado de la Oficina de Turismo de Marruecos, y con eso habremos completado todo, *monsieur*.

—¿Hay alguna novedad? —preguntó el detective—. ¿Alguien recuerda haber llevado a mi pariente a algún sitio?

—No, *Monsieur*. Es pronto aún. Piense que hay muchos taxistas en Casablanca que todavía no han visto la foto.

En ese preciso instante, Holme miró distraídamente hacia atrás y le pareció ver, sentado en un coche aparcado como a unos quince metros detrás del taxi de Omar, al mismo individuo con el que se cruzó en el pasillo del avión el día que llegó a Casablanca y que se giró cuando él pasaba por su lado.

—¡Arranca, Omar! —gritó entonces—. ¿Creo que alguien nos está vigilando?

Omar puso cara de asombro, pero ante tan enérgica orden acató lo encomendado sin siquiera preguntar nada. Estaba claro que, si lo hacía recibiría un desagradable exabrupto como respuesta. Ala doblar una esquina, y cuando el taxi llevaba unos doscientos metros circulando, Holme mandó desacelerar el vehículo para que pudiera bajarse del mismo en marcha. De nuevo, Omar cumplió la orden sin decir nada, y Holme, abriendo la puerta trasera del desvencijado mercedes, pisó entonces la calle y se dirigió hacia el ángulo que formaba la esquina. No tuvo que esperar apenas nada.

El coche del individuo con bigote apareció de inmediato, y aprovechando que había reducido grandemente la velocidad para tomar la curva, el detective se abalanzó sobre la puerta derecha y la abrió violentamente confirmando de inmediato la identidad de su conductor.

—¡Sorpresa! —exclamó Holme.

El individuo se le quedó mirando un brevísimo instante y, mientras el detective se disponía a sentarse en el asiento, echó mano luego a la sobaquera y extrajo una nueve milímetros Parabellum, con la que lo terminó apuntando, cogiéndolo totalmente desprevenido. Holme se halló indefenso. Sujeto por una mano al marco de la puerta pero con un pie todavía suspendido en el aire, y viendo la determinación de disparar en los ojos de aquel individuo, no tuvo más opción que dejarse caer del vehículo y acabó rodando por los suelos. El coche aceleró bruscamente girando hacia el centro de la calzada, pero su puerta abierta chocó contra una furgoneta Carabelle que, aparcada en doble fila, efectuaba un reparto. El dueño salió apresuradamente al oír el fuerte golpe en su camioneta y empezó a insultar al conductor, que huía apresuradamente.

—*Becque cornu, marmaz-ach-chaitan* —gritó.

Holme se levantó con magulladuras en todas las partes del cuerpo y enseguida se percató de que, unos cincuenta metros más adelante, Omar estaba esperándole con las luces de advertencia destellando, así que, medio cojeando, se aproximó a él y subió al coche.

—*Monsieur*, ¿qué es lo que ha pasado? —le preguntó Omar—. ¿Ese era el hombre que nos seguía?

—Así es. Y debemos estar atentos, pues puede volver a intentarlo —respondió Holme.

—Mister, ese hombre llevaba una pistola, habrá entonces que aumentar el precio acordado —argumentó Omar, que no había perdido detalle de lo que había pasado y veía una oportunidad perfecta para aumentar el precio de sus gestiones.

—¿A cuánto te parece que hay que aumentar? —preguntó Holme.

—Por lo menos... al triple.

—De acuerdo —aceptó el detective—, y no se hable más del asunto. No digas a nadie lo que has visto. Continuemos hacia la terminal del puerto.

Holme contempló, sin intervenir en nada, las gestiones de Omar con los taxistas. Lo observó repartiendo fotos y explicando y gesticulando en todo momento y cómo, los árabes miraban de soslayo en ocasiones y algunas veces abiertamente hacia él. Se maravilló de la elocuencia de Omar y de la algarabía que se formaba en todos los corros, todos hablaban en voz alta y a la vez. Omar persistía en su tarea, entregado en cuerpo y alma a conseguir su *rebi*, que es como llaman los beduinos a la abundancia producida cuando cae la lluvia y surge la hierba en el desierto después de épocas de sequía y hambre.

Horas más tarde regresaron al hotel. Omar quedó en avisarle de forma inmediata

y sea cual sea la hora que fuera en cuanto tuviese noticias del doctor Monroe, y Holme le adelantó ya trescientos dólares. Como hizo el día anterior, el detective subió a la habitación después de preguntar en recepción si tenía algún recado. Sin embargo, ese día Masha no había llamado y cuando él la llamó luego, tampoco tenía ninguna novedad que contarle. Después, se duchó y pidió que le subieran la cena y se tumbó en la cama. Encendió la TV y comenzó a rastrear canales hasta que encontró a Los Simpson. De pronto, se le ocurrió una idea. Llamó a recepción pidiendo que subiese el encargado, escribió «Catherine Monroe» en un papel y, cuando entró el encargado, le explicó que tenía que verse con ella, que era una persona que acudía a un congreso y que él no tenía las señas del hotel. Le pidió que diesen con ella, que les estaría muy agradecido y que tratasen de que la doctora no supiese que alguien preguntaba por ella, pues deseaba darle una sorpresa. Luego le alargó un billete de cien dólares y le prometió otro si tenía éxito. Estaba seguro de que aunque el hombre no se había tragado la historia, sí, en cambio, el billete.

Tumbado en la cama Holme comenzó a poner en orden sus ideas. El sujeto que buscaba, el doctor Monroe, estaba en Casablanca. De eso no cabía duda alguna. Su hija, obviamente, iba a reunirse con él. Por tanto, hallando a la hija hallaría al padre. ¿Por qué no se le había ocurrido antes? Además alguien más aplicaba su idea, buscando al doctor siguiéndole a él. No le gustaba ser un perseguidor perseguido. Sentirse como un lobo siguiendo las huellas de un cordero, pero ajeno a que un halcón tiene su mirada fija en su cuello. Desconocía el por qué del interés que suscitaba el doctor Monroe en tanta gente, aunque estaba satisfecho de sus indagaciones, pues disponía de varios canales de investigación en el caso: Masha, Omar y los taxistas y el encargado del hotel y los recepcionistas. Pensó que Sherlock Holmes estaría orgulloso de contar con un colega como él.

Una hora más tarde recibió una llamada telefónica de Omar. Tenía buenas noticias. Un taxista recordaba haber recogido en el puerto a un hombre que coincidía con la descripción del doctor Monroe. Dijo que, le había llevado a varios hoteles y en todos ellos el hombre había entrado, le había pedido que esperase y al de varios minutos había vuelto a salir. El último hotel al que le había llevado era al Hotel La Media Luna y allí le había despedido. Eso había ocurrido la semana pasada.

—Excelente, Omar —dijo Holme—. Pásame a recoger a las siete para llevarme a ese hotel.

Luego colgó e hizo una breve memoria por escrito de la situación del caso y se la envió a Masha. Miró el reloj. Eran ya las cinco y media de la tarde y decidió darse una ducha y dormir un poco. Al cabo de una hora se despertó, se afeitó, se volvió a duchar y se vistió. Bajó a recepción a esperar a Omar y se acordó de que había encargado la cena en la habitación y la anuló. En recepción el encargado le confirmó lo descubierto por Omar, que la señorita Monroe se alojaba en el Hotel La Media Luna. No le pareció ético ahorrarse los cien dólares y los pagó. A las siete en punto apareció Omar.

Se dirigieron al hotel y llegaron a él en una media hora, abriéndose paso en el tráfico nocturno a base de amagar continuamente con el taxi. Holme, indicó a Omar que le esperase por los alrededores y que estuviese alerta por si le necesitaba ya que él cenaría en el hotel.

El Hotel La Media Luna era el típico hotel del turista de clase media alta y el típico lugar donde se alojaría cualquiera que quisiera pasar desapercibido. Nada más entrar, Nic se cruzó con turistas de todas las nacionalidades y que formaban una variopinta mezcla de vestimentas y lenguas: alemanes, franceses, españoles, americanos...

Se encaminó al restaurante, calculó que aquel sitio era tan bueno como cualquier otro para tener la oportunidad de ver por primera vez al doctor Monroe o a su hija. Sin esperar al *maître*, tomó asiento en uno de los ángulos del local, que empezaba ya a llenarse y desde el cual disponía de una excelente visibilidad. Un camarero se le acercó.

—*Monsieur, la carte* —le dijo al tiempo que le extendía el menú de la cena.

—*Merci* —contestó Holme. Y se puso a hojear la carta, yendo directamente al apartado de comida europea.

Tenía apetito. Pidió jabugo de los montes de Huelva y, como segundo, un solomillo preparado según «una antiquísima receta descubierta en París». Así figuraba en la carta. Para acompañar toda esta fuente de colesterol del bueno, eligió un Imperial de la Rioja.

Fue justo en el momento en que se acercaba por primera vez a la boca el tenedor y el solomillo que entró en el restaurante la hija del doctor Monroe. Holme, que esperaba ver al padre, pero no a la hija, quedó gratamente sorprendido por aquella aparición. Contempló cómo el *maître* llevaba a la mujer hacia una de las mesas que quedaban libres, cómo ella se acomodaba y cómo los camareros ponían en la mesa dos servicios, uno de los cuales, tal como, echando un trago, supuso Holme, sería para el doctor Monroe. Esperaba no verlo doble, pues el Imperial ya iba por la mitad. Esa misma noche telefonaría a Nueva York y regresaría en el primer vuelo. Y hale, otros cincuenta mil dólares.

Acabó de saborear el vino, y entonces entró en el restaurante un individuo alto con la piel tostada por el sol. «!Es Monroe!», pensó entusiasmado y reconociéndolo de inmediato. El doctor Monroe oteó la sala durante algunos instantes y señaló luego al *maître* que se le aproximaba la mesa de su hija. Ella le había visto y su rostro reflejó su alegría y en cuanto ambos estuvieron sentados frente a frente, y procurando no llamar demasiado la atención, se cogieron las manos por encima de la mesa transmitiéndose así, por tales hilos conductores, todos sus sentimientos tanto pasados como presentes.

El doctor Monroe era un individuo de facciones agradables, con los ojos claros y el cabello dorado y, en general, su aspecto denotaba salud y vitalidad. Miraba a la hija mientras sostenía sus manos.

—Catherine —susurró con la voz entrecortada por la emoción—, quiero que sepas que te he echado de menos y que he pensado en ti cada día de cada uno de estos siete años.

—Pero papá, ¿por qué no me llamaste diciéndome que vivías? —le reprochó su hija, interrumpiéndolo—. Todos estos años dándote por muerto, o por desaparecido, que aún es peor, y ahora apareces de repente... ¿Qué es lo que ocurre, papá?

—Es difícil de explicar. Y es peligroso para ti. No puedo contarte algunos detalles porque lo cierto es que, si alguien imaginara que sabes algo, podrían matarte —advirtió el doctor Monroe—, pero, y disculpa hija por alarmarte, el caso es que en estos años he colaborado en un crimen contra la humanidad. Ahora, so pena de morir, todos los que estamos implicados hemos de guardar secreto, nosotros y nuestras familias.

—¡Papá!

—Solo puedo pedirte perdón —dijo el doctor Monroe—. Y tampoco espero que me perdones. Además, te he puesto en peligro de manera irremediable porque egoístamente quería verte, estar contigo, antes de morir. Mi pequeña Cat, me persiguen y más pronto que tarde me darán alcance. Lo siento por alarmarte, pero en estos años he colaborado en un crimen contra la humanidad.

—¡Dios mío, papá! —exclamó Catherine—. Me asustas.

—Lo siento, Catherine —dijo el padre, haciendo un gesto de impotencia—, pero es de todo punto necesario que comprendas la gravedad de la situación. Solo hay dos personas en el mundo en las que confío plenamente, una de ellas eres tú y la otra es el doctor Henry Ford. El no puede venir, pues su mujer agoniza en un hospital de Florida. Te daré un disco que deberás de entregarle personalmente. Estará esperándolo. Y Cat, por el amor de dios —hizo una pausa, mudándosele la faz—, no veas su contenido y entrégaselo inmediatamente. ¿Sabrás localizarle?

—Sí, papá. Lo conozco —respondió Catherine. Luego, sin ocultar su preocupación, añadió—. ¿Qué hay en el disco que yo no pueda saber?

—Cosas increíbles, cosas que no te las creerías Catherine, aunque las vieras con tus propios ojos. Son crímenes horribles en los que participé junto con otros ilusos como yo. Ilusos que hemos comido hasta saciarnos del Árbol del Conocimiento y que hemos creado la mayor fuente de mal de la humanidad. El doctor Ford sabe lo que tiene que hacer para acabar con este mal. Es el único en quien confío para evitar...

—¡Papá! ¡No entiendo nada!

—¡Cronos! Los secretos de Cronos, nos hemos apoderado de ellos.

—¡Papá!

—¡Hija! Hay cosas que he hecho estos años que es mejor que no conozcas sobre mí. Tengo poco tiempo para poder darte explicaciones sin que pienses que me he vuelto loco o sin poner en peligro tu vida. Tienes que creer lo que te diga aunque creas que estoy delirando. ¡Escúchame! Hay un ojo que todo lo ve y no es el de dios, es un ojo inventado por el hombre. Su poder es inmenso. Me estremezco de solo

pensarlo. Me he registrado en varios hoteles para tratar de burlar a mis perseguidores, por si usan ese ojo para seguirme. Mañana sale un vuelo hacia Nueva York, has de irte sin falta en él.

—No soy una niña, papá.

—No sé cómo aún sigo vivo. Quizás los niños no están colaborando en mi búsqueda y borran mis huellas.

—¡No te entiendo, papá! ¡Ahora me hablas de niños!

—Te lo he dicho, Cat. Es todo tan increíble que si te lo cuento, pensarás que tu padre se ha vuelto loco. Y lo que es peor, pequeña mía, me despreciarías por haberme convertido en un ser abyecto y vil en extremo.

—¡Papá! ¿Cómo pudiste dejarme?

—Estabas recién casada y pensé que ya no me necesitabas. Como un idealista o como una polilla, perseguí el fuego fatuo del conocimiento y dejé de lado el calor de lo humano. ¡Un error! Un error imperdonable, que además, me ha convertido en un criminal. ¡Soy un criminal! Cat. ¡Soy un criminal!

En ese momento los camareros retiraron el aperitivo y colocaron el servicio de la cena. El doctor Monroe y su hija eligieron los platos. Antes de proseguir, el padre no pudo evitar comentar primero a su hija, los errores en que esta había incurrido en su último artículo sobre la cognición humana. Luego, hablaron y hablaron de todas las cosas que les dio tiempo a hablar.

Desde su mesa, Nic Holme no perdía detalle del reencuentro y su mente no paraba de darle vueltas al asunto. Empezaba a plantearse qué es lo que hacía él allí y comenzaba a no gustarle el caso, había gato encerrado. ¿Qué manejos se traían entre Monroe y los que le habían contratado a él? Era tanta la curiosidad que comenzaba a sentir que hubiese renunciado al resto del dinero por conocer los hilos de la trama, pero tenía que ser consecuente; Larry se lo había recalcado muchas veces: «El escrúpulo mea en el plato donde comes». Siempre había sido así, y probablemente siempre seguiría siéndolo. Dio el caso por terminado. Saboreó un último sorbo de vino y fijó su atención ya más en la hija que en el doctor Monroe. Ambos cenaban y hablaban sin parar. Llamó al *maître* y le preguntó educadamente: «¿El caballero aquel —dijo, señalando a Monroe— se aloja en el hotel?». El *maître* asintió. Pagó la cuenta y salió del restaurante con la duda de si Monroe era un insensato o un audaz por alojarse en el mismo hotel que la hija. A la salida le esperaba Omar. Subió al taxi y le indicó que le llevase al hotel. Antes de bajarse del taxi liquidó sus cuentas con él, dándole las gracias por su colaboración y una succulenta propina.

Ya en recepción se informó que el primer vuelo para Nueva York, salía a las catorce horas del Aeropuerto de Casablanca y llegaba a Nueva York a las diecisiete quince, debido al desfase horario. Pidió que le reservaran un pasaje con el asiento en ventana, en clase económica. Subió a su habitación, buscó el número de teléfono que le habían dado para llamar a Nueva York y sin molestarse en calcular la hora que sería al otro lado del Atlántico, marcó el número, y comunicó el nombre del hotel

donde se hallaba Monroe. Acto seguido envió un mensaje a Masha: «Caso terminado. Regreso en el vuelo de las catorce horas y llego a las diecisiete quince al Kennedy». Luego se desvistió, se dio una ducha rápida y se acostó. No se sentía a gusto, probablemente por la tensión de la búsqueda o porque su conciencia no dejaba de orinar. Se durmió de inmediato.

Durante el vuelo de regreso a Nueva York, Holme, se hallaba más relajado. Una de las azafatas que pasó a su lado, le recordó vivamente a Linda Halley, una pecosa de la American Airlines, con la que tuvo un encuentro vehemente en el galley del avión. Recordó que al cogerla por la cintura y subirla al mostrador, volcaron una caja de leche que se derramó a la par que ellos buscaban la postura más cómoda para hacerlo en aquella posición. La azafata al ver que él le sonreía le devolvió la sonrisa.

Durmió un rato y luego se levantó para ir a los lavabos y se topó varias filas más atrás con la doctora Catherine Monroe: «¡Vaya! ¡Qué casualidad!» —pensó—. Siguió hacia el baño mientras urdía al mismo tiempo un plan para abordarla. Poco después al volver a pasar a su lado le dijo:

—Discúlpeme. Es usted Catherine Monroe, ¿verdad?

Catherine se sorprendió y asustó al mismo tiempo. Respondió, aunque con bastante desgana:

—En efecto. Sin embargo, no tengo el gusto de conocerle, señor...

—Holme, Nic Holme —subrayó el detective y prosiguió embalado—. Conocí a su padre en los Laboratorios Calvin —mintió.

—Ah, sí, señor Holmes... —respondió ambiguamente Catherine.

—Holme, sin ese, Nic Holme —corrigió el detective.

La doctora Monroe dudó entre mostrarse amable o distante. La reaparición de su padre la había revivido. Para Holme no pasaron desapercibidos tales titubeos y, sin pedir permiso, se sentó a su lado.

—¿Usted trabaja también en Laboratorios Calvin? —dijo.

—Sí. Así es —respondió la mujer.

—Una pérdida la de su padre. Debió ser un golpe terrible para usted, y discúlpeme, porque no quisiera remover sentimientos pero nunca he podido explicarme su desaparición.

—Lo lamento —respondió Catherine—, pero de eso han pasado ya muchos años y si no le importa preferiría no hablar de ello. No sé en calidad de qué conoció a mi padre, pero, por favor no insista. Me disculpa un momento. He de enviar un mensaje importante. —Rebuscó en su bolso y sacó el móvil y envió un mensaje a Mundo Canino, avisándoles de su hora de llegada y que antes llevaran a su perrita al apartamento. Después, algo más relajada y receptiva, volvió a dirigirse al detective desviando la conversación—: ¿Está usted de viaje de negocios?

—Pues sí, de negocios y de placer. Ambos a la vez ¿Y usted?

—También... Asistí a una reunión de colegas en... París y de vuelta he visitado a una amiga en Casablanca.

—Y qué le parece la ciudad —preguntó Holme.

—La verdad no he tenido tiempo para ver gran cosa. He estado unos pocos días, volveré en otra ocasión con más tiempo.

—Cierto —dijo Holme—. Conocer de verdad una ciudad, lleva mucho tiempo. En Casablanca aún hay lugares con el encanto de las Mil y una noches. —Intentó llevar la conversación hacia el padre. Larry le había dado clases de cómo hacerlo: «Si quieres sonsacar, lo mejor es empezar con una cita fuera de contexto. ¿Qué no se te ocurre ninguna? Invéntate una». «Pero Larry, eso no funcionará». «Tú pruébalo»—. Además —prosiguió el detective— según dicen África es el lugar del que procedemos los humanos. Eva nació aquí hace unos ciento cincuenta mil años, según dicen. Yo supongo que Adán no andaría lejos.

Catherine sonrió, un tanto aturdida. «¿Acaso aquel hombre intentaba ligar con ella? ¿Qué tenía que ver Casablanca con el origen de la Humanidad?».

—Ha sido la biología molecular —dijo— la que ha demostrado la existencia de esa antiquísima madre de todos nosotros. Mi padre... Bueno, él también investigaba, entre tantas cosas el origen del intelecto, que es uno de los grandes misterios que quedan por resolver.

—Debió ser un gran científico y un gran padre —añadió Holme.

—Sí, desde luego.

—Supongo que trabajaría en asuntos importantes, para el Gobierno y cosas así.

Catherine se envolvió en un mutismo sonriente y Holme recapituló telegráficamente el caso Monroe. A primera vista parecía el típico encargo habitual y tan simple como *busque a ese hombre y caso resuelto*. Sin embargo, si se miraba más de cerca el caso, la trama crecía como un tumor maligno. De hecho, Nic tenía la sensación de que estaba siendo utilizado, pero no lograba adivinar cómo.

En esos momentos se anunció que el aparato se disponía a tomar tierra en el aeropuerto Kennedy y que se abrochasen los cinturones y colocasen recto el respaldo de su asiento. Minutos más tarde el Boeing 767 aterrizaba en la pista del aeropuerto. Holme y Catherine fueron de los primeros en salir. No tenían maletas, así que se dirigieron directamente a la salida de pasajeros sin equipaje. Holme para no separarse de ella, le llevaba galantemente la samsonite.

Al final del pasillo de salida, dos individuos se fijaban en todos los pasajeros que iban desfilando ante ellos, parecían estar buscando a alguien. Cuando el detective pasó frente a ellos, ambos le detuvieron el paso.

—¿Es usted el señor Holmes? —le preguntó uno de ellos.

—Holme —respondió escuetamente Nic mientras intentaba hacerse cargo de la situación.

—Señor Holmes —siguió entonces el hombre—, le comunico que queda detenido por el asesinato del doctor Monroe. Soy el teniente Jack Klein y este es el sargento McMurray. Tiene el derecho a guardar silencio. Cualquier cosa que diga puede y será usada en su contra en un tribunal de justicia. Tiene el derecho de hablar con un abogado. Si no puede pagar un abogado, se le asignará uno de oficio...

—Ahórrese la retahíla, teniente; conozco mis derechos —declaró el detective.

Mientras se desarrollaba la conversación, el sargento McMurray se situaba

estratégicamente detrás de Holme con las esposas prestas para prenderlo. A la vez, el teniente Klein le cerraba el paso y con la mano en el bolsillo de la gabardina le dejaba entrever que tenía un arma empuñada. La situación se hallaba bajo el dominio absoluto de los dos policías, excepto por un detalle: Catherine Monroe. Al terminar Holme su última frase, el bolso de Catherine se estrelló con furia detrás de su oreja izquierda. Como la metralla de una granada, su contenido se desparramó en el aire. Una crema de noche alcanzó al sargento en la nariz, y al teniente se le vino encima el último libro que iba a leer Catherine Monroe, *Cincuenta sombras de Grey*, aún envuelto en celofán, que, dándole con el canto del lomo en el ojo derecho, fue el objeto que más daño le hizo de todos los que le alcanzaron, como unas barras de labios o un frasquito de Chanel n°5.

—¡Canalla! ¡Es un canalla! —gritaba la mujer fuera de sí.

Holme, que se tambaleó unos instantes por el golpe, necesitó apenas segundos para hacerse cargo de la ridícula situación. Los dos policías habían quedado momentáneamente aturcidos, y el detective pensó que lo mejor era salir huyendo. Ya habría tiempo de dar explicaciones.

—¡Fuego! ¡Fuego! —empezó a gritar con todas sus fuerzas mientras echaba a correr.

Unos niños, al oírle, empezaron a gritar también, y al poco rato el caos y la confusión se habían apoderado del lugar, lo que, como el detective esperaba, facilitó su huida.

Mientras, el sargento McMurray sujetaba a Catherine, que estaba en plena histeria. Su bolso iba y venía flácido, azotando la espalda del sargento. El teniente Kline, con las piernas abiertas, atontado todavía y con la pistola en la mano, miraba, con el ojo ya amoratado, en la dirección en que había desaparecido Holme. Estaba como ido pensando en el informe, tanto que incluso sentía ganas de llorar. Se volvió furibundo hacia el sargento McMurray y Catherine y, dirigiéndose a la mujer, preguntó:

—¿Quién coño es usted?

Rápidamente el sargento le reprobó con gestos a su jefe ese tono, señalándole con mímica el penoso estado de Catherine, que estaba llorando e hipando sobre su hombro.

—Señora, señora —le decía él—, cálmese, por favor.

Distintos cuerpos de seguridad habían acudido al altercado y entonces el teniente, identificándose ante ellos, les dijo que todo estaba bajo control. También los espectadores fueron disueltos amablemente. Luego, Klein volvió a acercarse a Catherine.

—¿Quién es usted, señora? —repitió el teniente, esta vez con mejores modales.

Entre sollozos, la mujer trataba de responder, pero un nudo en la garganta le impedía hablar.

—Soy la hija del doctor Monroe —pudo decir al fin.

La cara de los dos policías mostró igual perplejidad que si les hubieran dado una pistola de juguete como arma reglamentaria.

—¿Cómo dice? —alcanzó a barbotear el teniente.

—Soy la hija del doctor Monroe —repitió Catherine—. Ese canalla ha venido conmigo en el vuelo, haciéndose pasar por un amigo de él. ¡Oh! ¡Dios mío!

Catherine, volvió a ponerse a sollozar. El teniente y el sargento, cogiéndola del brazo la llevaron hacia la salida de la sala. El sargento recogió previamente del suelo los objetos caídos y los fue metiendo en el bolso. El frasco de Chanel se había descascarillado un poco y lo sopló, para quitarle los posibles fragmentos de cristal que hubiesen quedado adheridos. Los lápices de labios de forma instintiva los limpió contra la pernera del pantalón y lo mismo hizo con un CD de música y después lo metió en su estuche. El libro no lo encontró, el teniente Klein le había dado una patada con tanta fuerza que en el piso pulido y con el celofán que envolvía el libro, podía estar a cien metros de distancia, por lo menos.

Una vez dentro del coche policial, el teniente llamó a su superior el capitán Richardson para darle el parte de lo sucedido, haciendo hincapié en la captura de la hija del doctor Monroe.

—¡Ponga el altavoz del teléfono, teniente, para que lo oiga también el sargento! ¡Es usted un perfecto imbécil, Kline! *I, eme, be, e, ce, i, ele* —deletreó el corpulento capitán jefe Jon Richardson—. Y usted sargento, sepa que es una vergüenza que con veinte años en el cuerpo y tres heridas de bala le deje fuera de combate un tarro de cosméticos. Es increíble. Y ahora díganme: ¿qué saben de la mujer?

—Todo lo que ha dicho es cierto —farfulló el teniente Kline—. Se reunió con su padre en Casablanca y en el vuelo de vuelta coincidió con el sospechoso. A lo que parece fue este quien entabló conversación con la hija. El sospechoso como ya sabemos, ha sido reconocido sin lugar a dudas por el personal del hotel, que nos ha confirmado que, efectivamente, la noche del crimen estuvo allí. La hija ignoraba que su padre fue asesinado de madrugada, horas antes de que tomase el vuelo de vuelta. La policía marroquí recibió un chivatazo, avisando del crimen y de que el criminal venía en ese vuelo, como ya sabemos. El sospechoso se alojaba en otro hotel y por lo que parece llevaba varios días tras el muerto, como ya sabemos.

—Vamos a ver, Kline —la voz del capitán despedía chispas—. Entonces, como ya sabemos, ¿el caso está resuelto?

—Pues... no diría yo eso señor, primero hay que coger al sospechoso y luego...

—¡No diría yo eso, señooooor! —lo imitó el capitán aflautando la voz—. ¡Primero hay que coger al sospechooso! Es usted imbécil, Kline, y usted, sargento, me lo voy a callar. Sepan que este caso va a estar en todas las noticias, desde el desayuno hasta la cena. Y acaban de dejar escapar al asesino. Traigan a la mujer para interrogarla. ¡Ya!

El capitán Richardson colgó. El teniente miró al sargento que estaba en la parte trasera del coche junto a Catherine Monroe y tenía el aspecto de un bulldog pidiendo

perdón.

—Maldito cabrón, sino fuese por la puta discriminación positiva —masculló Klein hacia su compañero.

—No diga eso teniente, el capitán es un buen oficial —respondió el sargento—. Llevemos a la hija y veamos si han llegado más informes.

Para entonces, Holme, había salido ya del aeropuerto a bordo de un taxi y se hallaba en las proximidades de Central Park. Sus pensamientos no paraban de dar vueltas. Pensaba que debía haber hecho caso a su instinto. Estaba claro que aquello era una encerrona desde el primer momento y que él había picado como un chiquillo al que le ofrecen un caramelo. Necesitaba contactar urgentemente con Masha, pero la policía lo estaría buscando y seguramente su oficina estaría ya siendo vigilada. Se dirigió por ello hacia la peluquería de Fred pensando que a través de él se podría poner en contacto con Masha para luego comenzar a resolver el rompecabezas en el que se había convertido el caso del doctor Monroe.

Fred, el amigo del detective Holme, tenía una peluquería masculina en la intersección de la Séptima y Octava avenidas. Cuando vio entrar a Nic, lo saludó efusivamente.

—¡Mirad quién está aquí! ¡El guapo de Nic! —dijo para toda la peluquería.

—Fred —dijo el detective—, necesito hablar con Masha. La pasma me busca, y la tendrán vigilada.

—Nic, cariño —respondió Fred—, no te preocupes yo me encargo de eso. Te alojas en mi apartamento y, mientras, localizo a Masha y le doy tu recado. Quizás —y Fred puso una cara alegre y pícara— te convendría un nuevo look. Sabes que soy un psicoesteta de primera o chévere, como dice Luis mi nuevo ayudante y, podría hacer milagros para que no te reconociese la poli.

—Gracias, Fred. Ya me cortaré el pelo en otra ocasión. Déjame las llaves del apartamento y dile a Masha que la espero allí y que esté alerta para que no la sigan. ¡Pero ni se te ocurra decírselo por teléfono!

—Por dios, Nic —protestó Fred—. Soy mariquita, pero no tonto. Anda, vete sin cuidado, date un remojón y descansa. Masha en seguida se reunirá contigo.

Al cabo de una hora Masha se reunía con Nic en el apartamento de Fred. El medio utilizado por Fred para comunicarse con Masha fue enviarle una pizza con una nota en su interior en la que escuetamente decía: «Nic está en mi apartamento, quiere verte. Firmado: Fred».

El apartamento de Fred era el diseño llevado a su máxima locura. Todo él era un espacio diáfano, y daba la impresión de ser mucho mayor de lo que era. El recibidor hacía las veces de distribuidor. La cocina-office se hallaba en uno de los laterales del salón, que era la pieza más grande del apartamento. Desde el salón se accedía directamente a la única habitación, en la que imperaba una enorme cama dual diseñada por Oscar Tusquets. El salón completo estaba dedicado a dar realce a una chimenea enorme a lo Franco Bombelli, situada en pleno centro, desde el suelo hasta el techo. Unos pocos objetos de adorno daban al apartamento un aire a limpio y moderno. Cuando llegó Masha, Holme ya se había dado un baño de hidromasaje y tomado un capuchino.

—Y bien, Nic... ¿En qué lío estamos metidos? —le preguntó—. La policía ha estado en la oficina y se ha llevado el expediente del doctor Monroe. Me han dicho que no puedo salir de la ciudad y me han explicado que te acusan del asesinato del doctor Monroe.

—Cierto. Me tendieron una trampa y caí como un pardillo. En cualquier caso, lo tengo merecido.

—Quizás le has hecho un favor al otro detective. Y recuerda que yo te animé a quedarnos con el caso.

—Gracias, Masha. ¿Te apetece un café?

Masha asintió. El detective preparó los capuchinos y se sentaron en los sofás en torno de la mesa baja.

—Aquí hay algo que no encaja, Masha. Un científico desaparecido que reaparece y es asesinado. ¿Cuál es el por qué? ¿Para que no hable? Tenemos que averiguar dónde y qué ha estado haciendo el doctor Monroe. Su hija quizás lo sepa y quiera ayudarnos, siempre y cuándo logre convencerla de que no he tenido nada o casi nada que ver en el asesinato de su padre. ¿Sabes? Me han seguido desde que salí de Nueva York.

—Nic, estoy asustada, hay más cosas —dijo Masha—. Después que me interrogó la policía, he hablado con antiguos compañeros de mi padre y les he notado muy nerviosos. —Dejó de hablar, y sacó del bolso un sobre abultado y un papel, y añadió—. Te he traído la herramienta y las direcciones de la hija, las del apartamento y las del laboratorio. Y cinco mil pavos. También la llave bumping.

—Eres un encanto, Masha —respondió Nic, mientras guardaba el arma, el dinero y la llave para forzar cerraduras—. No sé qué haría sin ti. Fíjate, he tardado quince minutos en averiguar que esto es la cafetera —señaló una pieza de metal en forma de cono sobre la mesa—. No habrá tirado la otra, ¿verdad? Hacía un café muy bueno.

Luego, pidió a Masha que averiguase cuándo llegarían los restos mortales del doctor Monroe. Se escucharon varios truenos, el aguacero que caía sobre la ciudad no tenía pinta de remitir. Masha se fue y él se dirigió al apartamento de Catherine Monroe, esperaba llegar a él, antes que ella. Calculó que la policía le retendría al menos un mínimo de tres horas. Compraría algo de comer por el camino.

No muy lejos de allí, en la comisaría de la 16 Ericsson Place, el teniente Klein y el sargento, se preparaban para interrogar a Catherine Monroe. Klein planificó el interrogatorio para evitar una nueva bronca del capitán Richardson. Sin doblez ninguna ambos adoptaron los papeles de bueno y de malo para el interrogatorio.

—Vamos a ver, señora Monroe... —dijo el sargento McMurray consultando sus notas—. Así que usted se encontró con su padre el jueves a las veinte horas en el hotel La Media Luna, en Casablanca. Cenaron y después se fueron cada uno a sus habitaciones, y sobre las catorce horas, hora local, cogió usted el vuelo que le trajo a Nueva York y que salía de Casablanca a esas mismas, catorce horas, ignorando que a esas horas su padre el doctor Monroe, yacía muerto en su habitación. Disculpe la

crudeza —dijo en un aparte el sargento—, pero es necesario. Lo comprende, ¿verdad? —prosiguió luego—. En el avión habló con el asesino de su padre. Hasta ahora así es como nos lo ha contado ¿Verdad?

—Así es —afirmó Catherine.

—Después —continuó el sargento—, debido a que usted perdió los nervios y se la tuvo que calmar, el acusado aprovechó para escaparse. Por otro lado, el muerto, o, perdón, el interfecto doctor Monroe, llevaba años desaparecido. ¿Quiere repetir de nuevo el motivo por el cual la llamó para reunirse con él y contar qué es lo que le dijo exactamente su padre antes de... finar?

—Se lo he dicho antes al teniente..., —incapaz de recordar el nombre del teniente, su voz quedó interrumpida.

—Klein, teniente Klein —aclaró el mismo teniente entonces.

—Al teniente Klein —terminó la frase Catherine—. Mi padre habló conmigo hace unos días. Fue una sorpresa enorme para mí. Me pidió que no dijera a nadie que estaba vivo; pues su vida e incluso la mía corrían peligro. Yo no entendí su preocupación, pero ahora veo que tenía toda la razón del mundo. —Se echó a llorar sin poderlo evitar. Estuvo un rato medio escondida detrás de un pañuelo y, en cuanto se calmó, siguió con su explicación—. Durante la cena —dijo— hablamos de muchas cosas, pero casi todas eran referentes a nosotros. Llevábamos separados años. Lo comprenden, ¿verdad?

Los dos policías asintieron con sus cabezas.

—Me dijo que acababa de llegar de Sudamérica —prosiguió la mujer—, aunque no me dijo de qué país exactamente. Habló de una ciudad, de la ciudad de Fawcett.

—¿Y no le preguntó dónde estaba esa ciudad? —la interrumpió el teniente.

—Sí, lo hice, y me dijo que no aparecía en los mapas y que cuanto menos supiese más segura estaría, así que no insistí más. Por otro lado, mi padre deseaba que preparase una reunión con destacados científicos porque según él debía comunicarles algo de suma gravedad y trascendencia, pero ignoro de qué se trataba...

—¿Y cree —interrumpió el teniente— que, avisándolos para una reunión de la cual no podía ni siquiera precisar el tema, hubieran aceptado venir y se hubieran reunido? Por favor señorita... ¿Y de qué les iba a hablar su padre? Imagino que no les hablaría del agujero de azufre en el aire y que por eso llueve tanto.

—Ozono —corrigió el sargento, aunque con cierto tono de duda.

—¡Qué más da! Es un ácido también. ¿O no?

El sargento ya no se atrevió a opinar.

—No sé, teniente —continuó Catherine—, de qué iba a hablarles mi padre. Solo le digo que estoy convencida de que a esa reunión hubiesen acudido todos los científicos convocados, pues mi padre gozaba de una gran reputación y seguro que le hubiesen escuchado atentamente. Pero no sé qué es lo que quería decirles.

—Tampoco podemos saber si el móvil del asesinato fue precisamente callar la boca a su padre, dicho sea con el mayor de los respetos, ya que ignoramos de qué

quería hablar el doctor Monroe —argumentó el sargento—. Sería muy importante que recordase lo máximo posible de la conversación con su él. Eso nos ayudaría enormemente, señorita.

—Me dijo que por parte de un grupo criminal, se estaba cometiendo un crimen contra la humanidad y que él quería evitarlo. También me dijo que el fin de ese grupo criminal, es chantajear a las personas y a los gobiernos. Y me repitió, pues, yo no me lo creía, que pueden hacerlo con cualquier persona y con cualquier gobierno, pues, el poder que tienen es absoluto e increíble. Pueden averiguar cualquier cosa del pasado de una persona.

—Nos vendría bien algo así a la policía —dijo el teniente Klein—. ¿Cómo obtienen esa información?

—Mi padre no me lo explicó con detalle. Me habló de una lente, de un visor, de algo parecido a... una bola de cristal.

—¿Brujería? —dijo el sargento.

—No. Mi padre era un científico. No quiso darme más detalles por mi propia seguridad.

—Algo más, algún nombre, alguna dirección que recuerde —dijo el sargento.

—No. Sí recuerdo algo más, se lo diré —respondió Catherine—. Ahora, ¿puedo irme ya?

El teniente y el sargento se miraron y asintieron con la cabeza. Hasta ahora lo máximo que habían averiguado era que la hija, sabía bien poco, o que callaba muy bien lo que sabía, que en principio no era sospechosa y que el único sospechoso andaba suelto y que por tanto su obligación como policías era atraparle cuánto antes. Sobre todo ese «antes» había de ser antes del próximo despacho con el capitán Richardson. Luego, al salir los tres de la sala del interrogatorio se dieron de bruces precisamente con él, que venía acompañado por una mujer.

—Les presento a la agente Snell de la NSA —dijo así, directamente sin más presentaciones—. Va a interrogar a la testigo.

—Le... La... Le hemos dicho que se puede ir —balbuceó el teniente, temiendo haber metido la pata.

—Será solo un momento —dijo la agente que acompañaba al capitán Richardson—. Después podrá irse.

Los cinco entraron a la sala de interrogatorios. Después de las presentaciones, la agente Snell, le hizo varias preguntas a Catherine Monroe.

—Le habló su padre sobre niños o *meninos*, que significa niños en portugués.

—Sí.

—¿Qué le contó sobre ellos, exactamente?

—Nada en concreto. Solo los mencionó. ¿Qué tienen que ver los niños con mi padre?

—Es muy importante para nosotros. Si recuerda algo más, comuníquenoslo inmediatamente.

En ese momento un agente entró en la sala y entregó una nota al capitán Richardson, que la leyó rápidamente.

—El sospechoso está muerto —informó después levantando la cabeza y mirando a todos los allí presentes—. Lo han encontrado hace media hora cosido a balazos, y no hay duda: se trata de Patrick Holmes. El «angelito» estaba en busca y captura por asesinato y otras cosas peores que, como hay damas delante, me voy a callar. Háganse con los datos y termine el informe, teniente. La prensa está reclamando mi presencia continuamente.

—Pero él me dijo que se llamaba Nic, y no Patrick —musitó Catherine Monroe llena de dudas.

—Es lógico que no le dé su nombre real, ¿no le parece? —El capitán sonrió y las dudas de Catherine Monroe se disiparon.

—Tiene razón. Sí es de lo más lógico. ¿Puedo irme ya? Tengo a mi perrita sola en casa.

—Sí. Puede irse, pero la volveremos a llamar. No salga de la ciudad —dijo el capitán Richardson. ¿Quiere que la acerquemos a su domicilio?

—No, gracias. Tomaré un taxi.

Al abrir la puerta del apartamento, la doctora Catherine Monroe se encontró a su perrita Laika engullendo un trozo de hamburguesa sobre la alfombra. «Vaya con estos de Mundo Canino...», pensó. Todavía en el umbral de la entrada, estaba separando los labios para regañar al cachorro cuando, desde atrás, una mano le tapó con fuerza la boca y le empujó con el brazo hacia adelante, al tiempo que se cerraba la puerta detrás de ella. Aunque intentó zafarse de aquel poderoso brazo, sus esfuerzos fueron inútiles y enseguida oyó una voz que le resultó vagamente familiar:

—No grite. Voy a soltarla.

Entonces sintió que la giraban cómo una peonza y finalmente pudo ver a la persona que la sujetaba.

—¿Usted?!

—Sí... —respondió Holme desconcertado al ver aquella expresión de entre asombro y horror en la cara de la doctora.

La palma derecha de Catherine golpeó de sopetón la cara del detective, como un mango de rastrillo al que le pisan las púas. Su mano izquierda, sin embargo, fue placada por la muñeca al vuelo.

—¡Canalla! ¿Cómo es posible? ¡Si han dicho que está muerto! —gritó la mujer mientras entraba en crisis. Holme tuvo que zarandearla para calmarla. Acto seguido, la sentó en el sofá y le sirvió un vaso de agua.

—¿Se encuentra mejor? ¿Se ha tranquilizado un poco? —le preguntó Holme—. Lamento haberla zarandeado. Dígame: ¿qué ha querido decir con eso de que estoy muerto?

Catherine, miraba al individuo que tenía enfrente, evaluando su situación. ¿Qué quería aquel hombre de ella? De refilón se fijó en la perrita, se había zampado el trozo de hamburguesa y mordisqueaba ahora una de sus bragas. ¿De dónde la habría sacado? Se levantó del sofá y, sin el menor titubeo, se la arrebató, ocultándola en el puño y esperando que Holme no se hubiera dado cuenta. Luego se volvió a sentar.

—¿Va a hablar o empiezo yo primero? —dijo el detective.

—Empiece usted.

—Está bien. Comenzaré por el final. Verá, yo no he matado a su padre. De hecho, ni siquiera le conocía. Mi nombre es Nicolas Holme, y soy detective privado. El martes me contrataron, por error, para localizar a su padre, por lo que me pagaron cien mil dólares, la mitad de ellos por adelantado. Después de dar el aviso del paradero del señor Monroe, debía regresar inmediatamente para cobrar el resto del dinero. Sin embargo, y como ya le he dicho, hubo un error, y ese encargo no era para mí, sino para otro detective con nombre parecido al mío.

—Entonces, ¿vio usted a mi padre? —preguntó Catherine.

—Y a usted. Les vi cenando juntos en el hotel, e informé del paradero de su padre. No imaginaba este desenlace, y tampoco estoy seguro de si el asesino tiene

que ver con el cliente que me contrató.

—Sabe que es usted un canalla.

—Desde que salí de Nueva York me han seguido. —El detective hizo una breve pausa, y luego prosiguió—. ¿La han seguido a usted, también?

Catherine, se percató en ese momento que había pasado por alto ese hecho, si que era verdad que tuvo la impresión de que la seguían pero no se lo había comentado a la policía. Sencillamente, las extraordinarias circunstancias, le habían hecho olvidar ese detalle. Pensó que tenía que comunicárselo a la policía, y entonces cayó en la cuenta de que estaba dando por hecho que el detective no era el asesino de su padre.

—Sí, creo que me siguieron —respondió entonces Catherine.

—¡Lo siento! La estoy sometiendo a una enorme presión... ¿Qué tal un café, si no es mucho pedir?

Una vez servido el café, Catherine, relató los hechos desde la llamada de su padre.

—Hace unos días mi padre me llamó. Me pidió que me reuniera en secreto con él, ya sabe dónde. Pensaba que su vida estaba en peligro. Y su premonición se ha cumplido. —Al decir esto, Catherine sollozó; después, con las lágrimas en los ojos, siguió explicándose—. Imagino que pasaba algo grave, pero conozco a mi padre y no puedo entender que alguien quisiera hacerle daño. Era un científico puro. Ni el poder ni el dinero le interesaban en absoluto.

—Siga. Lo está haciendo muy bien —la animó Holme.

—En el hotel nos vimos solamente un par de horas, ya que era peligroso estar juntos, según dijo. Hablamos de nosotros y después me pidió que convocase una reunión de científicos de alto nivel, a la que acudiría él, para tratar un asunto muy grave.

—¿Qué clase de asunto? —interrogó Holme.

—No lo sé con exactitud.

—Pues dígamelo con inexactitud. Puede ser el móvil del asesinato.

—Mi padre quería hablarles acerca de los «cybermeninos», unos niños entrenados para manejar una especie de «aparato que graba la historia».

—¿El qué? —preguntó Nic Holme, poniendo cara de incredulidad.

—No lo sé realmente —dijo Catherine con cautela—. Debe ser algo así como una cámara de vídeo que filma el tiempo pasado.

—¿Me está tomando el pelo? ¿No les habrá hablado a la policía de esto?

—Me preguntaron sobre los niños, pero no me atreví a contarles nada.

—No quiero ofenderla, pero... ¿su padre estaba bien de la cabeza? Parece un guión de película de serie B —dijo el detective.

—Comprendo que no se lo crea. Sin embargo, no le tolero que hable así de mi padre —respondió seria Catherine.

—Discúlpeme, pero la historia que cuenta es difícil de creer y no creo se la trague nadie y menos los científicos. Ni siquiera un productor de cine la aceptaría.

—Mi padre no me dio detalles por mi propia seguridad. Para reunir a los científicos me entregó esto: —Catherine se levantó y se acercó al bolso que estaba caído al lado de la puerta y sacó un disco del bolso, y con la mano en alto se lo mostró a Holme, mientras, que en la otra mano aún mantenía la braga. Estuvo de pie unos momentos y volvió a sentarse en el sofá—. Mi padre me dijo, que cuando vean esto todos los científicos acudirán. Estoy segura que los reuniré a todos.

El detective miró el disco con atención, y dijo:

—Pero, si es un disco de la chica de Ipanema.

—Solo tiene la carátula, es para disimular.

—¡Ah! ¡Ya! Ha visto su contenido.

—¡No! Mi padre me rogó que no lo hiciera. E insistió mucho en ello. Me dijo que cualquier esperanza o inocencia sobre el mundo, la perdería si veía el disco. Y lo repitió una y otra vez. Insistió mucho, se lo he dicho, en que no viese el disco. Se lo he de dar a un amigo de mi padre. El después se encargará de todo.

—¿O sea que no ha sentido la curiosidad de verlo? —dijo Holme, pensando en cómo hacerse con el disco, que la doctora aún seguía teniendo en su mano—. Habló de «meninos» —añadió luego, cambiando de tema—. Así es cómo llaman a los niños en Brasil. ¿Cree que su padre llegó a Casablanca desde Brasil?

—Sí. Es posible. Estaba moreno y su acento tenía algo de español o portugués. Habló de una ciudad, la ciudad de Fawcett. La he buscado, pero no figura en los mapas. Es una leyenda.

Mientras Catherine Monroe hablaba, Nicolas Holme tomaba notas mentalmente. En ese momento, la puerta del apartamento comenzó a abrirse de manera casi imperceptible. Afortunadamente, Holme se dio cuenta de que la perrita intentaba poner enhiestas, en dirección a la entrada, sus pequeñas orejas gachas, y luego, girando la cabeza, en un segundo se percató del peligro y de un salto cubrió a Catherine al mismo tiempo que desenfundaba el arma. La puerta se abrió del todo y un individuo apareció en el umbral empuñando lo que a Holme le pareció, una Walther P-88 Compact de quince disparos.

Como en realidad no esperaba encontrar otra cosa que a una mujer desprevenida e indefensa, el individuo se sorprendió al ver una bola blanca y peluda a sus pies que quería jugar con el dobladillo de su pantalón y no esperaba encontrarse tampoco, a un hombre con un arma en la mano apuntando hacia él. Aún así, disparó primero. Tres balas salieron de la Walther. La primera destrozó el disco que sujetaba la hija del doctor Monroe. La segunda y la tercera dieron respectivamente en la mesa de cristal que estaba enfrente del sofá, haciéndola añicos con gran estruendo, y en la pared de enfrente. Estos dos últimos disparos los hizo el sujeto estando ya prácticamente muerto.

El único disparo de Holme le alcanzó en el pecho, atravesándole la aurícula derecha. Se derrumbó cómo si le hubiesen dinamitado los pies, cayendo en el suelo con medio cuerpo dentro del apartamento y otro medio fuera. La perrita que ladraba

estrepitosamente, se echó encima de él, y Holme también se le acercó y con la punta del zapato volteó su cuerpo. Comprobó que, efectivamente el arma era una Walther.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó luego a la doctora—. A ver esa mano...

—No es nada. Solo la tengo algo adormecida, pero el disco está inservible. — Recogió un trozo del mismo con forma de pedazo de tarta, sujetándolo entre el pulgar y el índice y lo dejó caer al suelo. Después se incorporó y cogió a la perrita en brazos, limpiándole unas manchas de sangre con la braga que aún mantenía en la mano.

El detective registró al pistolero y extrajo su cartera; el carné de conducir estaba a nombre de Edgar Wilson. Había unos pocos dólares, unos tickets y un papel con un teléfono anotado.

—¡Es el mismo número al que llamé cuando entré en el caso! —exclamó volviéndose hacia la doctora mientras le mostraba el papel y señalaba al muerto—. ¡Ambos trabajábamos para el mismo cliente!

Luego examinó a sus anchas al muerto. Era de complexión normal y de raza blanca y vestía corrientemente. Le cogió las llaves del coche, un Ford, y se las guardó junto con el papelito y el carné de conducir. Finalmente, se volvió hacia Catherine diciéndole:

—Hay que largarse. Su vida corre serio peligro, y la policía no la va a proteger. Creerá, que estamos compinchados.

—¿Cómo? —dijo Catherine Monroe—. ¿No vamos a llamar y esperar a la policía?

—No. Coja lo que considere imprescindible y larguémonos a toda pastilla. La policía estará al llegar.

—Yo me quedo.

—No es usted consciente de su situación. Se lo va a poner a huevo a quién quiere matarla.

—Me quedo.

—Allá usted, testaruda...

El detective se volvió y, al pasar por encima del cadáver, se escuchó a sus espaldas la voz de Catherine Monroe.

—¡Espere! Voy con usted.

Un periquete después, el detective y la doctora con la perrita en brazos, salían aprisa del apartamento. Como telón de fondo, se oía el ulular de las sirenas de la policía.

En cuanto alcanzó la calle, Holme desechó su primitiva idea de valerse del coche del muerto, y tiró las llaves del mismo, pues era probable que la policía identificase de inmediato al difunto y, a la vez, la matrícula del vehículo, caso de ser suyo. Doblaron la esquina de la manzana y con paso calmo tomaron una de las avenidas. Allí abordaron un taxi al que Holme, buscando discreción, dio una dirección que estaba a pocas manzanas del apartamento de Fred.

Media hora más tarde franqueaban la puerta del apartamento de su amigo. Masha,

que se encontraba en él, recibió alborozada a Nic, y, sin saber bien por qué, Catherine se sintió algo confusa con la escena.

—¡Nic! ¡Estás bien! —preguntó Masha—. ¡Han dado unas horribles noticias por la tele! ¡Decían que habías muerto! ¡Han sacado incluso una foto tuya, una de la orla de la facultad!

—¿Con barba y pelo largo? —dijo Holme, refiriéndose a la foto—. Nadie podrá reconocerme. Perdonad, no os he presentado. Doctora Monroe, esta es Masha, mi mano derecha.

—Encantada —dijo Masha.

—Hola —respondió Catherine.

—¡Mirad! Vuelven a dar las noticias —indicó entonces Masha.

La televisión mostró una noticia de última hora, un titular anunció: «Primicia sobre el asesinato del científico desaparecido». En la pantalla de la televisión la presentadora decía:

«—Según hemos podido saber, se acaba de producir un tiroteo en el apartamento propiedad de la hija del científico asesinado, muriendo un hombre. La hija ha escapado de la escena del crimen junto al hasta ahora considerado asesino de su padre, al que unas horas antes se había dado por muerto, según la versión de la policía. Según parece, es el conserje del edificio el que lo ha identificado sin ningún género de dudas.

Mientras la locutora daba la noticia, en un recuadro de la pantalla se mostró de nuevo la foto de graduación del detective. La locutora continuó dando la noticia:

«—Tenemos una conexión en directo con nuestro reportero Ted Taylor, que tiene todos los detalles: Dime Ted, que novedades tienes:

»—El caso se complica, Samantha. Como bien dices, parece que la hija está también implicada en el asesinato del padre, y según rumores fundados, los móviles de los crímenes tienen que ver con una red de pedofilia que recluta los niños en Brasil. El hombre encontrado muerto es un viejo conocido de la policía, con un amplio historial de crímenes y por supuesto, Samantha, con causas pendientes de corrupción de menores. Y hay más, el cadáver encontrado hace unas horas y que se supuso en un principio que era el del asesino del doctor Monroe, es también un detective como el fugitivo y con causas pendientes con la ley.

»—¡Qué horror, Ted!

»—Así es, Samantha. Cómo sabes, la hija ocupa el antiguo cargo que tenía su padre, el de dirección de investigación en Laboratorios Calvin. Hemos hablado por teléfono con su ex marido que trabaja allí, a las órdenes de su ex mujer, cómo subdirector, te pongo el audio:

»—Soy Ted Bronson de la cadena HCC, dígame doctor Weis, ¿cree que su ex mujer puede estar implicada en esta trama criminal y pederástica?

»—Bueno. Soy un científico, y mientras no disponga de más datos, no puedo negar ni afirmar nada...

—¡Cabrón! —gritó Catherine Monroe—. ¡Se ha lavado las manos el muy cabrón!

—Eso parece —agregó Holme.

—Creía que éramos amigos... —dijo en tono compungido la doctora.

—No se angustie. Siempre eligen la frase más dañina de la entrevista —atemperó el detective.

Masha apagó la televisión, y se hizo un breve silencio. Luego, Catherine miró a ambos lados.

—¿Dónde puedo darle agua a la perrita? —preguntó.

—Yo lo haré —se ofreció Masha—. Ven aquí, bonita —dijo entonces volviéndose hacia la pequeña Laika para llevársela hacia el bidé.

En cuanto Masha abrió el grifo, la perra empezó a menear la cola, y aunque llegaba al chorro con bastante dificultad, se las apañó como pudo y bebió de él durante un minuto seguido. Luego, ambas volvieron con los demás.

—Ya es tarde para hacer nada —decía Nic—. Hoy dormiremos aquí y mañana comenzaré a buscar al tipejo del contacto. —Luego, mirando a Masha, que acababa de entrar, añadió—: ¿Has conseguido el informe?

—Si, Nic. Está encima de la mesa.

El detective recogió el informe, y empezó a ojearlo. En él se detallaba la muerte del doctor Monroe. Estaba firmado por un tal inspector Bachar. Sucintamente se decía que un individuo que se había registrado en el hotel La Media Luna, con el nombre de Claudio Soares, había aparecido muerto de un disparo, hecho a quemarropa, la madrugada del sábado. Consultada la ficha de la Interpol, había resultado ser un tal doctor Monroe, buscado hacía años sin resultado alguno. Hacia las nueve de la mañana, una llamada anónima, había comunicado que el asesino era un tal Holmes.

—¡Hijo de puta! —exclamó Holme al leerlo. «Y es sin la ese, ¡joder!», pensó luego.

El informe continuaba diciendo que, siguiendo esa línea de investigación, se había constatado la existencia de un Holmes, alojado en el Hotel Sheraton y que, siguiendo con las pesquisas el tal individuo se hallaba en el Hotel La Media Luna el viernes noche, según reconocen los camareros y personal del hotel. Consultadas las líneas aéreas, existía un pasaje a nombre de Nicolas Holmes con destino a New York. «Sin la ese, ostia... Seguro que en el billete estaba bien escrito. ¿Es que nadie se fija en los detalles?», pensó Holme gruñendo por dentro. Después, el informe mencionaba también a Catherine, aunque supuestamente por haberse redactado con prisas, y seguramente, por lo que parecía, por dos administrativos diferentes, la mención a Catherine Monroe era muy pasajera, pasando por alto el detalle clamoroso, de que por su apellido debía tener una relación de parentesco con el doctor Monroe. Solo se decía que una turista había cenado con él y se daba su nombre.

«No cabía duda alguna, él mismo había conducido al asesino hasta su víctima», pensó el detective Holme.

Masha estaba sirviendo una cena fría en la mesa del office y lo llamó a él y a Catherine para que vinieran a sentarse. Un poco antes había preparado el sofá-cama, dando por sentado que Nic se quedaría a dormir. También había llamado a Fred para informarle de la presencia de la doctora Monroe.

Mientras cenaban, examinaron las circunstancias en que se hallaba Catherine. Por lo que hacía al cuerpo de su padre, no había problema alguno. En pocos días estaría en Nueva York. Sin embargo, por lo que hacía a la policía, la situación era muy delicada. Los hechos solo podían aceptarse suponiendo la inocencia del detective, pero la policía no creería esa versión. Además, Cat se encontraría desprotegida, pues la policía sospecharía que a quien querían matar era a Holme.

—Su padre se registró en el hotel como Soares, como Claudio Soares. Se trata, el apellido, de un apellido portugués —dijo Holme, girando la cabeza hacia Catherine—. Eso, aunado a lo que ya le comenté de los «meninos», y la ciudad de Fawcett, me hace pensar, por tanto, que la clave está en Brasil.

—¿Y qué puedo hacer? ¿Cómo cree que puedo ayudarle, señor Holme? —preguntó la mujer.

—Podría averiguar si entre los científicos conocidos de su padre hay alguno que supiese que estaba vivo —sugirió el detective—, porque quizás ahora ya no se sienta obligado a guardar silencio. Me temo que la índole de las investigaciones de su padre, sean del tipo que sean, es la causa de su muerte. El curso de los acontecimientos así parece indicarlo.

—Mi padre nunca haría nada que no fuese ético —respondió zaherida Catherine.

—Lo siento. Es lo único que tenemos y la suposición más razonable.

—¿Os ha parecido bien la cena? —cambió de tema Masha intentando relajar el ambiente.

—Excelente —respondió Nic, agradeciéndole el capote—. Fred siempre tiene lleno el congelador, y no le molesta que nos comamos su caviar.

—¿Quién es Fred? —preguntó Catherine.

—Un buen amigo; le presta el apartamento a Nic para... Bueno, se lo presta cada vez que tiene líos, problemas... —explicó Masha.

La perrita yacía adormecida encima del edredón. Su pelaje blanco resaltaba sobre los chillones y fosforescentes colores de la tela. Al cabo de un rato, Masha se marchó, pues Holme, un poco antes, le había pedido en un aparte que trajese dos pistolas, «de las de su padre». Ya habiéndose quedado a solas con Nic, y cuanto este se levantó para ir a recoger la cocina, Catherine cogió el informe de la mesa y empezó a leerlo despacio. A medida que iba avanzando en su lectura, algo dentro de ella se desmoronaba y poco a poco las lágrimas iban asomando por sus mejillas. Le parecía imposible que todo aquello hubiese ocurrido en el lapso de tan pocas horas. Su mundo se había vuelto del revés, como cuando de niños se anda sobre las manos y el arriba y el abajo, se trastocan. Tan solo le parecía sólida la compostura ante los hechos del detective. El resto de las cosas aparecían desdibujadas, como las imágenes

de un sueño.

—*Senhor*, su llamada —comunicó la operadora.

—¿Cómo ha ido lo de Nueva York? —dijo una voz potente y masculina desde el extremo de un hilo telefónico.

—Mal. El objetivo fallado y nuestro agente muerto —respondió la voz de otro hombre.

—Escuche —dijo la voz, poniéndose muy seria—, ponga a esos dos en horizontal, y hágalo ya. Y elimine también, a todos los que tengan que ver con el asunto. No admito más fallos. Yo mismo he preparado este plan y no me lo va a joder la falta de profesionalidad de nadie.

—Mis hombres están trabajando en el asunto —le contestó el interlocutor del mayor—. Pero usted sabe lo difícil que es encontrar buenos profesionales, con tanto drogata cantamañanas.

—Me importan un rábano sus drogatas. Se le paga por trabajo hecho, así que hágalo y pronto.

—Lo cierto es que el plan original se ha complicado. Hay mucho sabueso husmeando y muchas huellas que borrar. Necesito más pasta. El doble.

—Tendrá su dinero, pero no falle. O se las verá conmigo.

El que daba órdenes era el mayor Axe. Así le gustaba que le llamasen, aunque nadie sabía en verdad si había sido mayor alguna vez en su vida. Era un mercenario reputado, hercúleo, de tez blanca y grandes bigotes rubios, que sobrepasaba largamente la cincuentena. El otro hombre era Reginald Memphis, un hombre de color agente del FBI. que a tiempos perdidos se dedicaba a «chapucillas» para completar su escasa nómina y numerosa descendencia. Ya había trabajado otras veces para el mayor Axe y sabía que este no escatimaba la pasta. Al contrario, que era espléndido: cien mil dólares por liquidar a una mujer y ahora, sin el menor sexismo, doscientos mil por un hombre y una mujer. Pensando en esto, le brotó una chispa de humor: «Cien mil dólares por persona... ¿A cuánto ascendería matar a toda la población de Estados Unidos de América?». Iba a echar mano de la calculadora, pero finalmente desistió. Estaba contento: el imbécil de Egdar Wilson estaba fiambre y ni siquiera había cobrado por adelantado. La vida era maravillosa detrás del gatillo, pero una mierda enfrente. Sacó entonces el teléfono móvil de su bolsillo e hizo varias llamadas. Una hora después, tres pistoleros se ponían a buscar a un par de presas.

A la mañana siguiente, Holme se despertó el primero. Se levantó y se dirigió hacia el cuarto de baño para darse una ducha. Al pasar enfrente de la cama de Catherine, se la quedó contemplando. Su cabellera larga se desparramaba sobre los almohadones y uno de sus brazos sobresalía del edredón y reposaba curvado al lado de su cabeza. Pegada a ella, la perrita, ya despierta, mordisqueaba la punta de uno de los almohadones, que sujetaba entre sus patas, mientras miraba al detective de reojo y sin perder detalle de sus movimientos.

Nic no se aclaraba con la doctora Catherine. Le atraía, pero se sentía responsable de ella por motivos muy poco románticos. ¿Podía él haber evitado la muerte de su padre? Estaba reflexionando sobre esto cuando, de repente, pareció que la doctora se despertaba, por lo que, saliendo de su ensimismamiento, rápidamente Holme se escurrió en el cuarto de baño para meterse en la ducha. En verdad se hubiera sentido muy incómodo si ella lo hubiese llegado a coger mirándola en secreto mientras dormía.

Diez minutos después, luego de haberse duchado, el detective comenzó a preparar el desayuno y fue Catherine, que ya se había despertado, la que entró entonces en la ducha. Desde lejos, Nic contemplaba su silueta. La mampara acristalada desvirtuaba sus formas, pero su perfil borroso electrizaba igualmente al detective.

Desayunaron juntos en la cocina, dándole pequeños trozos de tostada a la perrita que, yendo y viniendo de uno a otro, ladraba alegremente.

—¿Qué tal ha dormido, doctora? —preguntó Nic.

—Bien. Gracias.

—Imagino que estará aturdida por los últimos acontecimientos.

—Así es. No he asimilado aún lo ocurrido. Mi padre, al que daba por muerto..., de repente estaba vivo, y ahora..., de repente vuelve a estar muerto. Y yo..., yo huyendo de la policía...

—Espero que la situación no se prolongue mucho tiempo.

—He pensado —dijo Catherine con mejor ánimo— que puedo llamar a algunos de los colegas de mi padre. Aunque realmente no sé qué debo preguntarles.

—Podría preguntarles si sabían que su padre estaba vivo y qué es lo que investigaba. Eso nos sería de gran utilidad. —Holme hizo una pausa para terminar de beberse el café de su taza y después siguió—: Yo buscaré al tipo que contactó conmigo. Quizás, si le encuentro, pueda sacarle algo.

En su tercera llamada, la doctora Catherine Monroe tuvo éxito. El doctor James Palance le confirmó que había hablado en varias ocasiones con su padre. De la última hacía un año. El doctor Palance era físico, y estaba al corriente de los últimos hechos, pues apenas una hora antes habían dado en la televisión un reportaje sobre la misteriosa desaparición, aparición y muerte del doctor Monroe y en donde se interrogaba a los policías a cargo del caso y se planteaban algunos interrogantes sobre

la hija. Según parecía, el caso del doctor Monroe se había reabierto, y se mencionaban además, en el reportaje, otros casos similares de desapariciones de prestigiosos científicos.

—Entonces... ¿colaboró usted con mi padre? —le preguntó Catherine.

—Así es —respondió doctor.

—¿Y qué clase de colaboración? —preguntó Catherine.

—Esencialmente, sobre la interfase entre superficies complejas... Bueno, ¿para qué nos vamos a engañar? —Cambió el tono de su voz—. Realmente, su padre investigaba el flujo entre mente y cuerpo. Me daba datos y yo tenía que obtener ecuaciones. Nunca me dijo cómo obtenía esos datos, imagino que porque solo podía hacerlo de manera muy poco vamos a decirle ortodoxa y no deseaba implicarme en este tipo de cosas. Por mi parte, yo le recomendé unos programas muy potentes sobre el tratamiento de la información. Los compraron, aunque no puedo indicarle quién lo hizo, pues lo ignoro. Las empresas vendedoras me pasaron unas comisiones por intermediación muy elevadas, que yo, siguiendo las indicaciones de su padre, ingresé en una cuenta en Suiza.

Catherine recordó entonces que hacía unos años le había llegado una notificación del Bankers Trust, de Zurich-Geneve, en la cual no había más que códigos y letras. Sin embargo recordaba perfectamente que al lado del símbolo US\$ aparecía una cifra 1 750 000..., o algo así. Su calma se transmudó en temblor.

—Doctor Palance, podría darme los nombre de esas empresas —le preguntó con un ligero estremecimiento en la voz.

—Desde luego —respondió el doctor.

Mientras tanto, el detective Nic Holme, sin esperanza alguna en realidad de encontrar al contacto, se hallaba en las proximidades del Museo de Historia Natural, a la hora en que habían convenido el martes anterior. Al llegar, vio que la policía tenía acordonada la zona y él ya se temió lo peor. Efectivamente, empezaron a sacar algunos cadáveres del interior del edificio y, por el número de ambulancias, la matanza parecía haber sido enorme. Mientras, una multitud de visitantes salía en fila al mismo tiempo, por un pasillo formado por policías y por debajo del enorme cartel de la entrada que anunciaba una exposición especial sobre el Homo antecesor de Atapuerca.

En ese preciso instante, el detective oyó una voz a su espalda.

—Quietecito, cómo una estatua con parálisis —le conminó el teniente Klein acompañando con una risita la frase—. Vaya, vaya, vaya —continuó luego dirigiéndose al sargento McMurray—, nuestro cabronazo amigo no se pierde una.

Una hora más tarde, el detective Holme se hallaba esposado en la misma sala de la comisaría en la que había sido interrogada Catherine Monroe. Se hallaba presente también, junto al teniente y al sargento, el capitán Richardson. Sin embargo, de aquellos cuatro hombres el que estaba más tranquilo era precisamente Nic Holme. Ya había pasado por esa situación al menos que él recordara en cinco ocasiones, y

siempre relacionadas con su trabajo. Conocía perfectamente la técnica del interrogatorio: agitar, entre dos, al acusado; agitarlo como a una botella de champán, hasta que la presión hiciera saltar el corcho y se empezara a cantar a borbotones.

—¡Está bien, tipo listo! —comenzó diciendo el teniente Klein después de pedir permiso con la mirada al capitán Richardson—. ¡Cuéntenos qué coño está pasando!

Holme pensaba responder con educación, pero recordó cómo le habían pescado y fue mordaz.

—¿Coño, ha dicho? ¿Solo piensa en el sexo teniente? —dijo.

El sargento McMurray detuvo con su corpachón la embestida del teniente Klein sobre el detective; luego, ambos al unísono le lanzaron una sarta de improperios, momento en que terció el capitán Richardson:

—Deje de hacerse el gracioso y empiece a rebuznar de una puta vez.

—Hace unos días —comenzó sumisamente el detective— me llegó un fax con el encargo de buscar a un tipo, pero era para otro detective con nombre muy parecido al mío. Alguien metió la pata y me llegó a mí.

—¿Conocía al otro detective, al que debía haberle llegado el fax? —preguntó el sargento—. Sabe, que era uno de los pederastas más buscados.

—No, sargento, ni le conocía ni lo sabía. Prosigo con la historia; en ese fax —que ustedes ya lo habrán visto, pues lo tienen en su poder y por eso saben que es verdad lo que les cuento— se me citó en el lugar que acaba de producirse la masacre. Me pagaron la mitad y la otra mitad debía de haberla cobrado hoy, aunque no fui allí a eso, sino a encontrar a ese tipo y extraerle la información o las muelas, a elección suya. Me interesa tanto como a ustedes averiguar quiénes y por qué, han asesinado a Monroe.

El teniente puso sobre la mesa varias fotos correspondientes a los muertos en el Museo. Nic Holme señaló sin dudar una de ellas.

—Era un bicho de cuidado —dijo el teniente—. Un asesino nato, llevábamos años intentando echarle el guante.

Intervino de nuevo el capitán:

—¿Qué le dijo ese fulano?

—Me explicó el servicio para el que se me contrataba. Encontrar a una persona, a Monroe. Sabían que estaba en Casablanca. Es uno de nuestros servicios habituales de la agencia, un SPG.

—Un SPG, querrá decir un GPS —dijo el capitán.

—Es un chiste de Larry, mi difunto socio. Señalar la posición de un gorrino o gorrina, así lo llamaba él. El resto lo conocen. Me tendieron una trampa.

Richardson miró fijamente al detective. Le pareció que ni mentía del todo, ni contaba la verdad. Y aunque poco, era lo único que tenía entre manos y no estaba dispuesto a soltarlo.

—¿Dónde está la hija? —le preguntó al detective.

—Lo siento Capitán —respondió este—. No se lo voy a decir. Han intentado

matarnos y no confío en la protección policial.

—Está bien amiguito. Tendrá tiempo de sobra para hurgar en la memoria —dijo Richardson, concluyendo—. Ahora tengo a la prensa esperándome. Pero no se haga ilusiones; su oficina está destruida, su ayudante y la hija no aparecen, y usted ha estado presente en todos los escenarios de los crímenes. Su palabra es basura comparada con estos hechos. —Luego, dirigiéndose a los otros hombres, añadió—: Enciérrenlo bajo la acusación de asesinato.

El teniente Klein y el sargento McMurray, colocaron las esposas al detective y un minuto después los tres estaban en el coche en dirección al Metropolitan Correctional Center, situado en el 150 de Park Row, en el mismo Manhattan.

El detective Nic Holme sopesó la situación: «si le enjaulaban, la doctora duraría menos que un virg...». No pudo terminar de pensar la frase, pues le pareció poco decorosa para referirse a Catherine Monroe. Terminó por pensar «que un caramelo a la puerta de un colegio». ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Se estaba volviendo pacato? ¿O...? Apartó sus dudas y empezó a cavilar en cómo librarse de los detectives.

—Pare el coche —dijo Holme de repente dirigiéndose al sargento, que conducía—. Quiero volver a hablar con el capitán Richardson. Estoy dispuesto a contarle todo.

Inmediatamente, el sargento acató el mandato, no sin recibir una mirada de desaprobación del teniente, que no entendía que su compañero obedeciera siempre todo, incluso las órdenes de un detenido.

—El capitán Richardson tiene una conferencia de prensa —aclaró entonces el menos benevolente teniente Klein—, así que desembucha lo que tengas que decir y ya pensaremos nosotros si merece la pena o no molestarlo.

—La chica está en el Bronx, la tiene un amigo mío escondida en su chamizo. Podemos ir, la recogemos y volvemos para encontrarnos con Richardson —dijo el detective—. Quizás le dé tiempo aún para felicitaros ante las cámaras.

Al escuchar aquello, Klein sacó su arma y la puso en posición de disparo indicándole al sargento que hiciera lo mismo, y aunque el sargento lo hizo, en cuanto pudo volvió sin ser visto a colocar el seguro al arma.

—Si es una treta —amenazó Klein al detective—, te juro que ingresas en la prisión con varios huesos perforados. Ahora indica al sargento dónde está escondida tu amiguita.

Siguiendo las directrices de Holme, el sargento dio la vuelta y se dirigió al norte. Llegaron al barrio y el detective fue indicando al sargento las calles que iban al sureste y de estas, iba eligiendo aquellas que peor aspecto presentaban, mientras, buscaba ansiosamente algún local de mala muerte que estuviera abierto a aquellas horas de la mañana. Por fin divisó uno, justo cuando la paciencia del teniente y el sargento llegaban a su fin.

—Allí —señaló.

El coche se detuvo ante un viejo antro y, al verlo, el sargento y el teniente se

miraron: no se fiaban de Holme, pero lo tenían esposado y desarmado. Rápidamente el teniente se decidió y con un golpe de cabeza dio a entender que la operación se ponía en marcha. Los tres bajaron entonces del vehículo y, en cuanto pisó el suelo, Holme mostró sus muñecas esposadas al teniente indicándole con dicho gesto que le soltase.

—Ni hablar —declaró el teniente.

Holme se limitó a decir:

—Bueno, pero sepan que si me ve esposado puede intentar escaparse —se limitó a decir Holme, refiriéndose a su amiga—. Luego no me echen a mí la culpa.

Estaban ya delante del garito. Desde los cristales de la puerta, Holme se fijó que había un fornido barman secando copas detrás de la barra, y al fondo de la misma, sentada en una banqueta, una mujer morena y de apariencia bastante joven, escasamente vestida para ser invierno.

—¿Ven a ese hombre? —el detective señaló al barman—. Se llama Stuart. Me acercaré y le diré que llame a la chica. Sin embargo, si me ve así —dijo levantando las manos y mostrando su apresamiento—, no respondo que la avise para que escape.

El teniente cogió entonces las muñecas de Holme y le quitó las esposas:

—Tiraré a matar —le dijo— como intentes alguna jugarreta.

Entraron en el local, el sargento y el teniente a escasa distancia de Holme. A unos dos metros de la barra, este se paró y les indicó con la mano que se detuviesen.

—A esta distancia soy hombre muerto —bromeó, dirigiéndose al teniente.

Luego se aproximó a la barra mientras el teniente y el sargento empuñaban sus armas dentro de los bolsillos de sus abrigos.

—Hola Stuart —dijo Holme, dirigiéndose al barman. Después, bajando algo la voz, continuó—: mis compinches y yo queremos que nos des toda la pasta que tengas. No estamos armados, pero sabemos karate. No tenemos todo el día así que date prisa, y a ver si te lavas, so guarro —apostilló Holme.

El barman vaciló un momento, dirigió su mano a la caja registradora, volvió a vacilar y finalmente encaminó su mano por detrás de la barra. Cuando la manaza volvió a surgir de detrás de la barra asía un pistolón. Para entonces el detective, que ya había anticipado su reacción, se encaminaba hacia la ventana.

—¡Policía! ¡Policía! —gritaron Klein y McMurray sacando sus armas y echándose al suelo.

El pistolón, un Smith & Wesson .500 Magnum, rugió. El disparo alcanzó el techo debido al violento salto del cañón del arma que lo giró noventa grados hacia arriba. Si el barman hubiese tenido algo más cerca su cabeza, el guión del cañón del arma, se le habría incrustado en la frente. Mientras, Holme se lanzó contra la ventana, haciendo añicos los cristales con su cuerpo y rodó por la calle para de un salto ponerse en pie y empezar a correr como un gamo. El teniente Klein y el sargento, gritaban desesperados al barman que no disparase. Este asustado de la «bestia» que tenía en la mano, la dejó con sumo cuidado sobre el mostrador y colocó sus manos por detrás de

su cabeza. La mujer de la barra gritaba pidiendo ayuda a la policía.

En cuanto el barman dejó el arma, el teniente y el sargento salieron corriendo tras Holme. Sin embargo, al alcanzar la calle no vieron el más mínimo rastro de él. Se miraron entre ellos. El teniente Klein entrecerró los ojos, en aquellos momentos probablemente estaría el capitán Richardson comunicando a la prensa que tenían al principal sospechoso entre rejas. No quiso seguir imaginando más, el estómago se le revolvió ante la sola idea de informarle a su jefe de lo sucedido.

Mientras, en el apartamento de Fred, la ansiedad de Catherine luego de haber visto lo sucedido en el Museo de Historia Natural en los informativos televisivos crecía a cada momento. En ese momento, la perrita se acercó a la puerta, señal inequívoca de que alguien estaba al otro lado. Antes de que Catherine pudiese sobresaltarse, apareció Masha. Venía de la biblioteca y traía noticias buenas y malas; había descubierto algo acerca de la ciudad de Fawcett, pero habían detenido a Nic, George se lo había comunicado hacía una hora. No sabía si decírselo o no a Catherine. Esta por su parte le contó acerca de su conversación con el doctor Palance.

—¿Y dices que va a hacer tres horas que ha salido Nic? —le preguntó Masha a Catherine, sin atreverse aún a comentarle lo de su detención.

—Sí. Estoy muy preocupada. Iba a buscar a su contacto al Museo de Historia Natural. Sin embargo, la televisión ha mostrado unas imágenes horribles. Se ve que ha habido un tiroteo en el mismo museo.

—Nic, siempre ha salido bien de todos los líos. No te preocupes —la animó, guiñándole un ojo.

Esa respuesta le hizo sentir a Cat un ligero azoramiento. Pensó que su propia preocupación era natural, pero aun así decidió consultarla.

—Nic me ha salvado la vida —recordó Catherine—, y ahora arriesga la suya por encontrar al asesino de mi padre ¿Crees que obramos bien? ¿O sería mejor entregarnos a la policía?

—Nic no abandonaría este asunto ni aunque le ofrecieras un harén... Perdona..., quería decir un millón. Le han engañado y además se siente responsable de ti. No confía en la poli, y si tu padre estaba metido en algo gordo, para que no salga a la luz, a quién sea, lo mismo le da matar a uno que a cien.

Justo en este momento, la conversación entre ambas mujeres quedó interrumpida al acercarse la perrita a la puerta, señal inequívoca de que alguien estaba del otro lado. Efectivamente, a los pocos segundos llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Masha.

—Abre. Soy Nic.

Masha se abrazó al detective en una efusiva muestra de alegría. Este saludó a Catherine y se sentó. Estaba derrengado.

—Nos tenías muy preocupadas —exclamó Masha.

—Vosotras también a mí —aseguró él, mirando a Catherine.

—Pensábamos que podía haberte pasado algo —dijo entonces esta—. La televisión no ha dejado de hablar de la matanza en el museo.

—Sí, ha debido de ser horrible —supuso el detective—, pero el caso es que me atrapó la policía cerca del lugar y hasta hace poco no conseguí zafarme. Y todo, gracias a que eran los mismos detectives que nos detuvieron en el aeropuerto.

Mientras hablaban, Masha preparó una pizza en el microondas. Y puso en la mesa

patatas fritas y unas ensaladas. Después depositó una pequeña bolsa frente al detective y la abrió sonriente. Dos relucientes pistolas Astra A-100 y varios cargadores se hallaban en el interior de la bolsa. El detective sopesó una de las armas, le introdujo uno de los cargadores y se la guardó en la cintura sujetándola entre el cinturón y la camisa. Luego cargó la otra y se la ofreció a Catherine, pero esta la rechazó con la mirada.

—¿Nunca ha utilizado un arma? —le preguntó el detective.

—Sí: hice prácticas de tiro hace años en un club de defensa personal —contestó Catherine—, pero no me gustan las armas y prefiero no llevarlas.

—No es momento para gustos —apuntó Nic, tajante Nic—. Tenga el arma. Es una Astra A-100 fabricada en España, un arma fuerte, liviana y resistente. Dispara proyectiles Parabellum de 9 milímetros. Apunte con ella al pecho en vez de a la cabeza, si de verdad tiene que disparar. El frontal es un hueso muy duro, y caso de que el proyectil no lo traspase le daría al atacante una oportunidad de dispararle; además de una ración extra de adrenalina, que le encantará descargar en usted.

Catherine, trató de nuevo de rechazar el arma, pero la parrafada del detective, aunada a su insistente mirada, al fin le hicieron cogerla.

—Sabemos algo más todavía —informó Masha—. Catherine ha averiguado las direcciones de algunos proveedores con los que contactó su padre. Tienen las oficinas aquí en Nueva York. Sería conveniente ir a visitarlos, no creo que la policía esté al corriente.

—La policía quizá no, pero los que buscamos es seguro que sí. Tendremos que andar con cuidado —advirtió Holme.

—Hay más, Nic —continuó Masha—. He averiguado algo acerca de la ciudad de Fawcett. Es una historia que no encaja con todo esto o al menos no me encaja a mí. Toma. Lee esto.

Masha le tendió a Nic unas cuartillas, alguna de ellas estaba manuscrita y el resto eran fotocopias. En ellas, y de manera sucinta, se contaba a grandes rasgos la historia del Coronel Fawcett. Este había sido un explorador inglés que en el verano de 1925 se había adentrado en el Matto Grosso, en compañía de su hijo y de un amigo de este, ambos de unos veinte años, en busca de fabulosas ruinas de ciudades antiguas, más antiguas que las de Egipto, según decía el coronel. Esta extravagante idea había surgido en su mente gracias a la lectura del Manuscrito número 512 de la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro; un cuaderno de ruta de una expedición portuguesa del año 1743 en él se refería cómo una expedición formada por seis portugueses, una docena de esclavos negros y unos treinta indios salieron en busca de unas minas de oro y plata halladas en 1622 pero cuya situación se había perdido al morir su descubridor. Esa expedición al atravesar una sierra de montañas dentadas, dio de bruces con una gran meseta en medio de la cual se hallaba una ciudad construida con gigantescos sillares de piedra, una ciudad que estaba abandonada y que daba la impresión de haber sido devastada por un terremoto. La expedición continuó

explorando la región encontrando algunas monedas de oro y grandes pepitas del mismo metal en los ríos cercanos, y al cabo de un tiempo decidió volver a la civilización para equiparse mejor y poder explotar luego a fondo los yacimientos y los tesoros encontrados. Durante el camino de regreso hizo mandar por un corredor indio un informe especificando la ruta de la expedición, que es el que se corresponde con el mencionado manuscrito. Nada más se supo de ellos. La selva se los tragó para siempre.

Igual suerte corrieron Fawcett y sus dos acompañantes. En las páginas que Masha entregó al detective se daban más detalles de la expedición de Fawcett, que, como la portuguesa, despachó un último mensaje para desaparecer para siempre. Posteriormente hubo expediciones de búsqueda que creyeron encontrar huellas y evidencias que demostraban que Fawcett, su hijo y su compañero habían sido asesinados por los indios, pero nada pudo esclarecerse y de hecho hoy en día seguía siendo un misterio. Lo cierto es que, con el tiempo, aquella ciudad acabó siendo denominada con el nombre del coronel.

Nic leyó tranquilamente todas las cuartillas y, al terminar, y percatándose de que Catherine le observaba, se las pasó a ella para que las leyera también.

—Así que lo que sabemos de la ciudad de Fawcett —dijo el detective— es que se halla en el Brasil, en plena selva del Amazonas. Sin embargo, creo que la ciudad de Fawcett que mencionó su padre... —Frenó en seco su discurso—. Perdone. He interrumpido su lectura —se disculpó entonces dirigiéndose a Catherine.

—No importa. Continúe, por favor —le rogó esta.

—Pues que pienso como Masha y que esta ciudad perdida tampoco me encaja con su padre. Además, tampoco tiene aparentemente relación con la máquina *nosequé* que mencionó el doctor Monroe. Creo que hay algún lugar en Brasil en el que está ocurriendo algo... ¿Qué hay allí? Habría que ir para averiguarlo.

—Desaparecieron otros científicos también —añadió Masha—. Tiene que tratarse de alguna investigación.

—Ciertamente —afirmó el detective—. Y se mata sin reparos.

Quedaron en silencio y la doctora Monroe terminó de leer las cuartillas y las dejó encima de la mesa. De al lado del teléfono inalámbrico recogió luego una hoja en la que estaban escritas unas direcciones y se la tendió al detective.

—Son las direcciones de las empresas que me ha proporcionado el doctor Palance.

Holme les echó un vistazo rápidamente. Eran tres empresas de productos y servicios informáticos y las tres tenían su sede central en Nueva York.

—Necesitaremos la ayuda del doctor Palance —dijo entonces el detective Holme—. ¿Cree que nos la prestará, doctora?

—Fue un buen amigo de mi padre. Creo que nos la prestará.

—Pues llámele, por favor, y quede con él para dentro de un par de horas.

—¿Dónde?

—Enfrente de una de estas oficinas —dijo Holme tendiéndole a Catherine el papel de las direcciones—, de la primera de las que ha apuntado —concretó luego.

Holme y Catherine estaban mirando el rótulo de la compañía de ordenadores cuando apareció, algo nervioso, el doctor Palance. Se hallaban a poca distancia del hotel Plaza, en la Quinta Avenida, al sur del Central Park. Rápidamente se saludaron, haciendo la doctora Monroe las presentaciones. Holme explicó al doctor Palance cuál era el objetivo de su visita a Zenon Computer Systems: obtener información de a dónde se enviaban los ordenadores y programas de última generación que el doctor Palance solicitaba a la compañía, haciendo de intermediario del fallecido doctor Monroe. Convinieron en que el doctor Palance les presentaría como asesor económico y asesora técnica de un grupo interesado en parecidos sistemas informáticos. Por precaución, Catherine Monroe sería presentada como una tal doctora Helen Margulis, y Nic lo sería a su vez como un tal señor Rogers. El doctor Palance había solicitado una cita con el doctor Alfred Meyer para las dieciséis horas. Faltaban escasos minutos, así que se pusieron en movimiento hacia las oficinas de la compañía.

La secretaria de recepción confirmó que tenían una cita con el doctor Ford y les indicó que les recibiría en su despacho del sexto piso. Subieron en ascensor y, en cuanto llegaron, le vieron aparecer por una de las puertas laterales saludando efusivamente al doctor Palance muy a pesar de haberle visto solamente en contadas ocasiones y de hacer un año ya de la última de ellas.

—¡Me alegra verle, doctor Palance!

—Lo mismo le digo, doctor Meyer. Quisiera presentarle a la doctora Margulis, y al señor Rogers. Ambos pertenecen a una compañía y están interesados en sus sistemas de tratamiento de la información de última generación, como el programa Tracker.

—Pasen. Tomen asiento —dijo el doctor Meyer, abriéndoles amablemente la puerta de su despacho.

Después de unas cuantas formalidades más, Holme comenzó a entrar en materia.

—Mire, estamos interesados en un tipo específico de aplicación, tanto de hardware como de software, y específicamente de análisis de datos no congruentes —dijo usando las palabras que Palance le había previamente indicado—, y sabemos por el doctor Palance que ustedes tienen experiencia en ello, pues han servido sistemas similares recientemente a alguna empresa de Brasil.

El doctor Meyer asintió ligeramente con la cabeza.

—A Sao Paulo —matizó Holme.

—No. A Rio de Janeiro —corrigió el doctor Meyer.

—Mis informaciones no eran correctas, entonces...

Los tres, el detective, Catherine y Palance, se cruzaron una mirada cómplice que pasó desapercibida para el doctor Meyer.

—Doctor Meyer —intervino Catherine—, trabajamos en la misma línea de

investigación de ese... grupo brasileño. Creemos que esos programas nos pueden ser útiles también a nosotros. No tenemos los mismos intereses comerciales, así que no existiría colusión por parte de ustedes.

—Seguramente —respondió el doctor Meyer—. Ellos y ustedes nos piden la Piedra Filosofal de la información. Pero el copyright se cedió entero a la Corporación por lo que para usar los programas deberán solicitarle los permisos o los royalties a la misma. Sin embargo, también tengo que decirles que, como las ideas no se pueden patentar, nuestros ingenieros desarrollaron algunas de ellas, un tanto extrañas, que podrían estar a la venta.

—¿Extrañas? —dijo Catherine en tono interrogativo, animándole a proseguir.

—¿Han oído hablar del efecto mariposa, verdad? ¡Claro! ¡Faltaría más! —preguntó Meyer.

—¿El efecto mariposa? —Holme se mostró interesado, pero de alguna manera desveló que no tenía ni idea de lo que le hablaba.

Al verlo, Palance intervino rápidamente.

—¿No cree que pueda sacarse algo del efecto mariposa? —dijo dirigiéndose a Holme para intentar cambiar el sentido de su interrogación y que Ford no se percatase de que era un auténtico profano en la materia—. Mmm... ¿Me permiten que refresque mis conocimientos? —añadió luego—. El concepto surge del estudio del clima, ¿verdad? Resulta que las ecuaciones del clima son muy sensibles a pequeñas variaciones en los fenómenos atmosféricos. Así, un meteorólogo calcula sus ecuaciones sobre el clima y da un pronóstico sobre el tiempo que hará dentro de unos días, pero, al no tener en cuenta en esas ecuaciones la variación que producirá en la atmósfera el batir de las alas de una mariposa a mil kilómetros de distancia, su pronóstico fallará estrepitosamente. Por eso no aciertan nunca los hombres del tiempo, y es que nadie sabe cómo meter en una ecuación las alas de una mariposa. ¿Me equivoco, doctor Meyer?

—No se equivoca —dijo el doctor Meyer, ansioso ya por intervenir—. Efectivamente. Es algo así como lo del clavo de la herradura, que cambia el curso de la historia. Nuestro programa simula estas infinitesimales variaciones, las alas de mariposa, que amplificadas en el tiempo, modifican drásticamente las predicciones. Habrán oído hablar de los *brainstorming* o chaparrones de ideas. Pues nuestro programa descubre también cosas, es creador...

—¡Parece asombroso! —exclamó el doctor Palance, interrumpiendo el discurso. Aunque, a decir verdad, aquello no le resultaba nuevo. Ford era un plasta que se lo había contado ya prácticamente en cada ocasión en la que se habían visto—. Pero habrá que ver si funciona o es una de las muchas fantasías científicas que acaban masticando polvo.

—No tenemos ni idea de si funciona —comentó Meyer, captando el mensaje—. La clave está en los datos que se introduzcan y eso no es asunto nuestro. El programa nos fue solicitado con unos requisitos tales que nuestros ingenieros apenas si tuvieron

trabajo, excepto en el replanteo de algunas codificaciones extremadamente complejas.

—¿Dice que la aplicación descubre cosas? —intervino Catherine—. ¿Qué clase de cosas?

—Es una especie de rastreador —respondió Meyer—. Descubre rutas, senderos, en espacios de múltiples dimensiones.

—¿Y a qué puede dedicar la Corporación este programa? —preguntó Holme, interesado—. ¿Inteligencia militar?

—No es de nuestra incumbencia y no nos lo dijeron —explicó el doctor—. Imagino que ustedes tampoco nos comunicarán para qué lo quieren si nos encargan un programa con características tan especiales. Ahora bien, y se lo digo *off the record*, pueden preguntárselo al señor Havel. Está aquí en Nueva York. Ha venido del Brasil con su sobrina para hacerle un chequeo en la clínica Bradford. Ayer estuve con él. Me hizo una visita de cumplido y a la vez me comunicó que iban a necesitar algunos nuevos programas, me pidió que tuviera dispuesto un equipo de ingenieros para dentro de tres semanas. Aunque creo que, si están ustedes compitiendo por algún descubrimiento importante, no les va a decir nada.

—¡Quizás no investigamos en la misma dirección! —exclamó Catherine—. Es posible que su programa nos pueda ayudar a nosotros y que a su vez nosotros les podamos ayudar a ellos. Conseguiríamos sinergias positivas para ambas empresas.

—Sí. Es muy posible que consigamos llegar a un acuerdo —continuó Holme—. ¿No sabrá dónde se aloja el Señor Havel?

—En el Holiday Inn de la calle 57 —indicó Meyer.

Unos minutos más tarde el detective, la doctora y el doctor Palance abandonaban su reunión con el doctor Meyer, no sin antes comunicarle que tratarían de establecer contacto con el doctor Havel y que después volverían a reunirse con él para seguir tratando sobre los programas.

Los acontecimientos a partir del momento en que concluyó la reunión se desencadenaron en cascada. El doctor Meyer se quedó pensativo durante algunos momentos, y de repente, como si hubiese aleteado una mariposa en su cerebro, la gota de un chaparrón de ideas mojó su mente. Primero pensó que algo no encajaba en todo el asunto que acababan de tratar e, inmediatamente después, el rostro de la doctora Margulis restalló en su memoria. Le sonó haberlo visto ya en las noticias, y luego, forzando la memoria, lo recordó todo. Recordó que la policía la estaba buscando y que no se trataba de ninguna doctora Margulis sino de la misma doctora Monroe, la hija de John Monroe. Rápidamente ordenó a su secretaria que le pusiera en comunicación con el Holiday Inn, y un minuto después estaba informando de la charla que acababa de tener al doctor Havel, quien le recomendó no comentársela a nadie y le agradeció su aviso.

Luego, Havel llamó al mayor Axe y este, a su vez, a Reginald Memphis.

—¡Escuche! —dijo el mayor Axe—. Los pichones merodearan por el Holiday Inn

de la 57 y la Clínica Bradford a un par de manzanas al este. Intercéptelos. Es su última oportunidad. Ah... y después borre a un tal Meyer de Zenon Computers Systems.

Reginald Memphis apagó su teléfono y miró por la ventana de la habitación de su hotel. Hacía frío y empezaba a anochecer. Se dirigió a la habitación de al lado, donde estaban sus hombres jugando a las cartas y mirando la televisión.

—Vamos chicos —dijo Memphis—. Tenemos trabajo.

Los hombres se levantaron. Revisaron las armas y se pusieron los abrigo. Memphis, se dirigió a uno de ellos.

—¿Vas a llevar la Steyr? —le preguntó.

El hombre asintió mudamente. Memphis puso cara de disgusto pero no dijo nada. La Steyr era la causante del desaguisado producido en el Museo. Como se puede ir a liquidar a una persona y acabar con cuatro. A Memphis no le gustaban las pistolas ametralladoras, y la Steyr era una TMP (Tactical Machine Pistol) de 282 mm de longitud, un cañón de 150 mm y un peso en vacío de 1,3 kg. Su cadencia de tiro era de 900 disparos por minuto. Si durante mucho tiempo él se había entrenado concienzudamente para abatir a un hombre a cuarenta pasos de un solo tiro en la frente, lo cierto es que ahora, con una Steyr en la mano, cualquier idiota era capaz de hacerle doce agujeros a un individuo a la misma distancia y sin apuntarle siquiera. Ninguna de las heridas por sí sola podía ser mortal. Sin embargo, no había ningún hombre que aguantase doce impactos y que pudiese después apretar el gatillo. La Steyr venía a ser, en el particular mundo ético de Memphis, como introducir un arma de fuego en el Paleolítico.

El agente del FBI. envió a dos de sus pistoleros a vigilar la clínica Bradford, él y el restante vigilarían el hotel.

Después de salir del despacho del doctor Meyer, el detective y la doctora despidieron al doctor Palance.

—Es mejor que se tome unas cortas vacaciones, doctor Palance —le recomendó Holme—. Ignoramos exactamente en qué lío estamos metidos, pero me temo que ahora está usted también en peligro. Si nos ocurriese algo a nosotros, debería contar a la policía todo lo que sabe, pero por ahora debe sin tardanza alguna alejarse lo más que pueda de Nueva York.

—Iré a visitar a mi hermana, que vive en Boston —dijo el doctor Palance—. Manténganme informado, si es que pueden, de este asunto. Me gustaría haber ayudado a desentrañar el misterio del asesinato de su padre.

Las últimas palabras las pronunció mirando a Catherine. Después paró a un taxi y, metiéndose en él, se separó de los jóvenes. Holme y Catherine volvieron al apartamento de Fred, donde les esperaban Masha y la perrita.

Nada más llegar al apartamento, explicaron a Masha los detalles de su conversación con el doctor Meyer. Luego, Holme propuso un plan para intentar contactar a Havel por la noche. Catherine y él irían a cenar al restaurante del Holiday Inn y Masha aprovecharía para llamar por teléfono al hotel preguntando por el tal Havel. Así, a la pareja solo le quedaría estar atenta a las llamadas a los clientes que hubiera en el restaurante.

El plan no agradó especialmente a Masha, que se quejó de que a ella siempre le tocaba la parte menos romántica de los asuntos de Nic. Catherine, que creyó entrever ciertos celos en aquella actitud, iba ya a ofrecerse para ser ella quien hiciera la llamada cuando, de repente, se sorprendió a sí misma sintiendo que, en el fondo, le encantaba la compañía de Nic y que quería ser ella la que entrara en el hotel junto a él, así que finalmente decidió no decir nada y dejar que Masha terminara de protestar.

—Que lo sepas, Nic —decía esta—. Otra vez no voy a ser yo la que esté en segundo plano. También me gusta ser protagonista de vez en cuando.

Catherine dirigió entonces la mirada a Nic, pero, sonrojándose, enseguida volvió a apartar sus ojos de él. No quería que el detective malinterpretase su mirada. Mejor dicho: no quería que la interpretase correctamente.

La tardé le pasó rápido mientras intentaba decidir con qué se vestiría para ir a cenar. En los roperos de Fred había gran cantidad de trajes de noche y de fiesta, además de pelucas y de todo género de atrezzo para travestirse. Después de mucho pensarlo, Catherine se decidió por una peluca negra, un vestido de tirantes del mismo color y un chal para echarse sobre los hombros. Solamente faltaba dar con los zapatos adecuados, pues los que tenía Fred eran todos de tallas grandes y además con plataformas de infarto. Por suerte, Masha encontró en el fondo del zapatero una bolsa de vuelo de la US Airways y, al mirar dentro, encontró un par de zapatos, con tacón alto y bajo respectivamente, que podían servir a Catherine. También había una falda pata de gallo, así que sacó los zapatos, cerró la bolsa y la volvió a dejar en el rincón, no sin pensar antes, si la azafata habría salido del apartamento con las bragas puestas, o estarían tiradas en el sitio más inesperado. Nic, por su parte, se puso un bigote y unas gafas sin graduación. Parecían otros y de eso se trataba. Estaban seguros que habría vigilancia y por tanto todas las precauciones eran pocas.

El Holiday Inn es más que un hotel, es la idea platónica de hotel. Quién conozca uno de ellos puede viajar alrededor del mundo encontrando hoteles Holiday Inn, dotados todos de la misma filosofía de servicio al cliente. Con parecidos restaurantes, salas de reuniones, saunas, etc. El turista puede dedicar todo su tiempo a conocer el mundo que le rodea y no a perder una parte de su tiempo en desentrañar los servicios del hotel donde se aloja. Conocido uno, conocidos todos. Holme conocía perfectamente la cadena de hoteles Holiday Inn y no se molestó ni en solicitar una reserva para el restaurante. Se presentaron y entraron en el restaurante, que se

llamaba Gotham Café. Sobre las veinte horas Masha llamaría a Havel, ellos debían de estar atentos para localizarle en cuanto le entregasen el teléfono inalámbrico.

Una vez sentados, el detective pidió la carta de vinos. Era una de las oportunidades que nunca desaprovechaba para demostrar su conocimiento en ese terreno y embelesar a las mujeres.

—¿Qué le parece un Pinot Noir californiano? —le preguntó a Catherine.

—Bien —dijo esta lacónicamente.

Como si no la oyese, Holme siguió insistiendo:

—Tal vez prefiera un Cabernet Sauvignon, o quizás un Haraszthy Zinfandel...

Por lo que parecía, Catherine no le daba mucha importancia al asunto de los vinos, y eso no le daba a Nic la oportunidad de poder explayarse y lucirse con su saber sobre los mismos. Finalmente, coincidieron en pedir un Chateaubriand para dos y un primer servicio a base de cremas, y Holme decidió no forzar más la situación y esperar a que llegase otra oportunidad para abordar el tema.

Después de elegir también los entrantes y el segundo plato, ambos visualizaron la hora en el reloj de pared del restaurante. Sabían que sobre las veinte horas Masha llamaría preguntando por Havel, y debían estar atentos para localizarle en cuanto le entregaran el teléfono inalámbrico.

La oportunidad para lucirse con los vinos que el detective estaba esperando llegó cuando les ofrecieron la cata del Pinot Noir.

—¿Sabe que tiene una concentración de alcohol del doce y medio por ciento? —empezó entonces.

—¿Y eso es mucho? —preguntó Catherine.

—Lo suficiente para emborracharnos los dos si nos bebemos un par de botellas. ¿Sabe que los viticultores californianos se preguntaron durante más de un siglo por qué estos vinos no tenían la calidad de los grandes borgoñas tintos de la Côte-d'Or francesa? ¿No? Pues la respuesta a este enigma no es una sino cuatro. Primeramente, porque el Pinot Noir se había subdividido en doscientas subvariedades o clones. Luego, porque para obtener el carácter aterciopelado y sutil de los borgoñas se requieren ciertos terrenos y un clima fresco. Por otro lado, por la temperatura. Y, finalmente, porque faltaba añadir escobajo en el mosto.

De toda la parrafada, Catherine solo se quedó con esa última palabra:

—¿Escobajo?

—Sí. La raspa que queda del racimo después de quitar las uvas. Al fin descubiertas todas estas cosas, los vinos californianos son tan buenos como los franceses.

Catherine bebió un sorbo y preguntó:

—¿Masha es solo su ayudante?

—¿Por qué lo pregunta? —dijo el detective.

—Por nada. Curiosidad solo.

—Es mi ayudante, aunque la considero como a una hermana pequeña. ¿Satisface

eso su curiosidad, doctora?

—Lo siento. Le he interrumpido con lo de los vinos. Siga.

—Está dicho todo. No hay nada más que contar —dijo algo molesto, el detective.

Después la conversación derivó hacia temas relacionados con el trabajo de Catherine y el de Holme, y sobre cuáles serían los siguientes pasos después de contactar con Havel. Estaban dando cuenta ya del Chateaubriand y faltaba un minuto para las veinte horas que era el momento en que se produciría la llamada de Masha. Aunque habían inspeccionado visualmente el restaurante no habían visto a nadie que pudiera ser, por cómo imaginaban que sería Havel, el hombre que buscaban.

Pasaban ya cinco minutos de las ocho y todavía la llamada no se había producido. Terminaron de cenar a las ocho treinta y la llamada tampoco se había producido. Pagaron y salieron del restaurante. Al pasar frente a la recepción del hotel y mientras adelantaban a un grupo de personas, oyeron al recepcionista decir:

—¡Señor Havel! ¡Señor Havel! Ha tenido una llamada hace media hora.

—Disimule —dijo Holme a Catherine cuando la vio con intenciones de volverse de golpe para mirar a Havel—. Está rodeado de guardaespaldas.

Con un solo vistazo, el detective se había percatado no solo de quién era el señor Havel sino también de que había con él al menos dos guardaespaldas y otro par de individuos, uno blanco y otro negro que, situados estratégicamente a varios metros de ellos, controlaban su entorno. Por un instante, y mientras hacía un nuevo barrido con su vista, la mirada de Holme se cruzó con la de Reginald Memphis y rápidamente el detective presintió que tanto este como el hombre blanco que estaba próximo a él iban tras de ellos.

—Salgamos rápido —dijo Holme a Catherine.

A la salida del hotel pidió al portero un taxi, y mientras le daba la propina al mismo, y subiendo ya en el vehículo, indicó al taxista en voz alta y clara que les llevase a Brooklyn. Extrañada, Catherine se quedó mirando a Holme con expresión interrogativa, pero este le guiñó un ojo y se acabó de sentar cerrando la puerta del taxi. Cuando el coche hubo arrancado, entonces rápidamente el detective corrigió la dirección dada y le dijo al taxista que se dirigiese a Central Park. Como siempre, dio una dirección que les dejaría a dos o tres manzanas del apartamento de Fred.

Masha les recibió casi con la misma alegría que la perrita Laika.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó fijándose en el ceño algo fruncido del detective.

—Sabemos cómo es Havel —respondió este—, pero es imposible acercarse a él: está protegido por una muralla de guardaespaldas y por otra clase más peligrosa de perros de presa.

—Por poco nos descubren debido a que soy una tonta —le dijo Catherine sin dar más detalles. Luego, mirando a Nic y como disculpándose, añadió—: Tampoco me di cuenta en el taxi.

El detective se percató al instante de que le estaba pidiendo disculpas, y, evidentemente, no podía negárselas.

—No tiene importancia —le dijo—. Todos podemos meter la pata, y en su caso es lo más natural.

—¿Queréis decirme lo que ha ocurrido? —les instó a hablar Masha, llena de curiosidad.

Ambos le refirieron los hechos. Después convinieron en preparar el plan del día siguiente.

La clínica Bradford ocupaba un edificio antiguo de piedra. Se accedía a ella por unas grandes escalinatas enmarcadas por dos grandes columnas salomónicas. El detective y la doctora habían dado ya dos vueltas en taxi alrededor de la manzana y se bajaron frente a la escalinata de la entrada. No poseían ningún plan preconcebido. Ni siquiera sabían a ciencia cierta por qué estaban allí, con la intención de visitar a la sobrina de Havel. Desde luego, Nic no creía que esta pudiese ayudarles a resolver el rompecabezas en el que se había convertido el caso. Sin embargo, algo le daba en su nariz que había que intentarlo.

Subieron con paso firme las escalinatas de acceso a la clínica y llegaron a un amplio recibidor. Holme se fijó que en el mostrador de recepción había un cartel con el horario de visitas y que faltaba aún media hora para que comenzase. Con una caja de bombones envuelta en papel rosa en sus manos, Catherine se acercó a la recepcionista.

—Hola. Buenos días —dijo—. Querríamos ver a la sobrina de un amigo nuestro, el doctor Havel.

—Buenos días —respondió al saludo la mujer—. Lo siento, pero la sobrina del doctor Havel no recibe visitas.

Inmediatamente, Holme cambió su expresión y puso cara de enfado.

—¿¡Ves!?! —exclamó malhumorado dirigiéndose a Catherine—. ¡Te lo dije! Debimos de avisar antes al doctor Havel. Recuerda que nos advirtió que igual nos pondrían pegas.

Se volvió de forma rápida hacia la recepcionista, pues deseaba aprovechar cualquier momento de indecisión de ella, provocada por su escena de malhumor. Holme sabía que las personas que atienden al público son muy sensibles a la escenita que había montado, pues siempre creen, y con razón, que al final la bronca les salpicará a ellos y tienden por tanto a escapar de la situación de tensión soltando lo que haga falta.

—Dígame: ¿cuál es el número de la habitación en la que está la sobrina?

—Lo lamento, pero no puedo decírselo, señor...

Holme subió el tono de su voz.

—Mire, le debemos un montón de favores al doctor Havel y hemos encargado que esta tarde le traigan a su sobrina un montón de regalos. No queremos errores en la entrega, ¿comprende?

La recepcionista se dio cuenta entonces que aquel sujeto no la dejaría en paz hasta que le dijese el número de la habitación.

—La 229, en la segunda planta —acabó diciendo.

—Muy amable, señorita —agradeció Holme—. Por cierto: ¿tiene cafetería la clínica?

—Sí. Al final de aquel pasillo giren a mano derecha.

—Gracias. —El detective se volvió entonces hacia la doctora Monroe—. Vamos, Catherine —le dijo—. Tomemos un café y tratemos de localizar por teléfono al doctor Havel para que nos permita visitar a su sobrina.

Ambos se alejaron tomando el pasillo que la recepcionista les había indicado. Holme pensaba en sentarse en la cafetería para maquinarse algún plan, pero en la mitad del corredor vio arrinconado un carro con ropa usada para la lavandería, así que, mirando a ambos lados del pasillo y controlando que no apareciese nadie, se acercó al mismo y empezó a rebuscar en él. Parecía que la suerte estaba de su lado y no podían dejar pasar la oportunidad. Al cabo de unos instantes, sacó un par de pantalones y batas. Se quedó con un juego y el otro se lo tendió a Catherine.

—Escóndalo bajo sus ropas —le indicó mientras él hacía lo mismo con el suyo.

Cuando llegaron a la cafetería, esta estaba a rebosar de personal médico. Las ropas de las que se acababan de apoderar eran blancas, y Holme se fijó que pertenecían a los enfermeros. Los médicos vestían de color verde claro. Fueron directos a los lavabos, donde ambos se cambiaron para reencontrarse en la salida, y luego, intentando pasar desapercibidos, se dirigieron hacia el hall, donde tomaron uno de los ascensores. Holme pulsó el botón de la segunda planta. Cuando llegaron, las puertas del ascensor se abrieron dejándoles frente a dos corredores. El de la derecha correspondía a las habitaciones pares, así que tomaron el de la izquierda. Sin embargo, y en cuanto doblaron el recodo, Holme supo que la buena suerte se había acabado y que empezaban los problemas. Al fondo del pasillo, sentado en una silla, había un vigilante. «Y seguro que vigila la 229», pensó correctamente el detective. Entonces se paró y detuvo también a Catherine, lo que llamó la atención del hombre, que empezó a mirarlos. Para disimular, Holme se puso a hacer gestos ostentosos como si estuviese buscando algo en los bolsillos.

—Ostras, me he dejado el mechero en la cafetería —le dijo a Catherine. Estaban a unos veinticinco metros del hombre y era dudoso que entendiese lo que hablaban, pero la escena obtenía así más verosimilitud. Sin pensarlo, el detective cogió de la mano a Catherine susurrándole que se volvieran, y así, ambos torcieron de nuevo la esquina.

Ya frente a los ascensores, Holme comenzaba a pensar algún plan para aproximarse al vigilante de la habitación cuando Catherine, que vio que al lado de las puertas de los ascensores se hallaban un par de camillas con unas cuantas sábanas plegadas encima, se le anticipó con una brillante idea. Ambos se pusieron de acuerdo e, instantes después, Catherine apareció por el fondo del corredor empujando una camilla hacia el vigilante. Al llegar a la altura del mismo, Holme salió por sorpresa de entre las mantas de la camilla y, rotando sobre sus riñones, se puso en pie precipitadamente. El vigilante apenas pudo reaccionar que ya tenía al detective delante apuntándolo entre ceja y ceja mientras le indicaba con un dedo que guardara silencio y le daba a continuación un fuerte golpe con el arma en la cabeza que lo hacía caer desmayado a sus pies.

Con la ayuda de Catherine, enseguida el detective puso su cuerpo sobre la camilla y lo tapó con las mantas. Luego, abrió sigilosamente la puerta de la habitación 229. Lo primero que vio, como a cinco metros enfrente de él, fue a un individuo dormitando en un sillón y con una Steyr en su regazo. Holme se le acercó ágilmente en unos pocos pasos y se preparó para golpearle con su arma. Justo en ese momento, el movimiento despertó al hombre, pero, aunque este intentó esquivar el impacto, no fue capaz de lograrlo. De hecho, el golpe que recibió fue tan fuerte que el seguro de aleta de la pistola se le quedó marcado en la sien y Holme temió haberle matado.

—¡Ha asustado a la niña! —exclamó Catherine detrás del detective.

En aquel momento, Holme se volvió hacia su izquierda y vio que en la cama había sentada una niña de unos diez u once años que lo miraba con una evidente expresión de espanto en su cara.

—No tengas miedo —susurró Catherine a la pequeña—. ¿Hablas mi idioma? ¿Cómo te llamas?

—Dede —respondió la niña.

—¿Dede? ¿Y qué más? —se interesó Catherine.

—Dede, sin más.

El detective aprovechó para entrar en la habitación la camilla con el vigilante inconsciente y luego se acercó a la cama por el lado contrario al de Catherine.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó.

Lo cierto es que, aunque el detective y la doctora no esperaban encontrarse frente a una niña tan pequeña y dudaban poder extraerle algún tipo de información que les resultase útil para sus pesquisas, esta era la única opción que les quedaba. Además, la pequeña hablaba y entendía perfectamente el inglés, por lo que sería absurdo haber cometido la locura de llegar hasta allí y ahora irse sin ni siquiera intentarlo. Al fin y al cabo, ahora ya estaba completamente serena y si le preguntaban algo podría responder sin problemas. De hecho, Dede les observaba inquisitivamente con sus grandes ojos azules, llevando su mirada alternativamente de Holme a Catherine y como esperando de ellos alguna cosa. Detective y doctora se pusieron entonces de acuerdo con una sola mirada. Comenzó a hablar el detective.

—¿O sea que te llamas Dede?

—Sí.

—Es un nombre... original —dijo Nic luego de vacilar un poco. En realidad, era la primera vez que lo oía.

—Es un nombre funcional —señaló la niña.

—¿Un qué...?

Dede no respondió y, algo picado por su mutismo, el detective continuó.

—Se han lucido poniéndote el nombre, ¿eh? ¿Han sido tus padres o tu tío?

Catherine lo reprendió rápidamente con la mirada por su falta de tacto y por comportarse como un niño y a continuación intervino ella intentando limar su aspereza.

—¿Tiene algún significado especial? —le preguntó a la pequeña con buena dosis de dulzura en su voz.

—Sí. Es un acrónimo, el de disco duro. Me lo puso la corporación.

Catherine y Nic se miraron de inmediato. Ambos habían quedado asombrados por la respuesta de la niña. Entonces, aunque sin saber muy bien qué buscaban, empezaron a ensayarle una batería de preguntas.

—Dices que el nombre te lo han puesto en la corporación. ¿A qué corporación te refieres? —le preguntó Catherine.

—A la Corporación de Fawcett —aclaró la niña.

—¿Y dónde está esa corporación?

—En medio de la selva amazónica, en el Brasil.

—La selva es muy grande —intervino Holme—. ¿Conoces las señas?

—No hay señas en la selva. Conozco sus coordenadas —puntualizó la pequeña mirándole con condescendencia.

Al escuchar aquello, Holme se volvió hacia Catherine y en un rápido movimiento giró su mirada hacia la niña y la volvió de nuevo hacia Catherine, que entendió perfectamente lo que le proponía.

—¡No! ¡Sería un secuestro!

—¿Secuestro? Mire qué dos angelitos de la guarda tiene la niña —dijo refiriéndose al vigilante que yacía inconsciente en la camilla y a su compañero el de la Steyr—. Si la secuestrada parece ella... —Entonces, dirigiéndose a la pequeña, le preguntó—: ¿No estarás secuestrada por estos dos rufianes, verdad?

—No. Son solo mis vigilantes.

—¿Y por qué estás aquí, preciosa? —preguntó Catherine.

—Para el chequeo anual —aclaró la pequeña con expresión resignada.

A pesar de la situación extrema en la que se hallaban, ni Catherine ni Holme sabían qué pensar de la niña. Quizás representaba alguna clave oculta en el galimatías en que se estaba convirtiendo el caso del doctor Monroe. En cualquier caso, tampoco tuvieron mucho tiempo para elucubrar sobre esto, porque Holme se percató de algo que hasta entonces le había pasado desapercibido. Un sonoro taco salido de Isus labios resonó en la habitación. El guardaespaldas que Holme había tumbado dentro de la estancia tenía en el bolsillo de su americana un intercomunicador, cuya lucecita roja parpadeaba a la vez que emitía un pitido casi inaudible.

—¡Diosa de Mitra! —exclamó después del taco, como si se tratase de Conan el Bárbaro—. ¡Hay que irse! ¡El retén de vigilancia estará viniendo hacia aquí!

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Catherine.

—Por el intercomunicador, porque está en funcionamiento. Coja a la niña y vayámonos.

Dicho esto se acercó cuidadosamente a la puerta y, nada más asomarse, comprobó que venían por el pasillo dos individuos, uno blanco y el otro negro, empuñando cada uno una pistola. Se acercaban pegados a la pared, despacio y con grandes

precauciones. Casi en el mismo instante, un proyectil dio en la hoja de la puerta. Holme respondió al fuego con su arma y los dos individuos se retiraron al fondo del pasillo, resguardándose tras la esquina. El detective hizo lo propio y se volvió hacia Catherine.

—¡Coja a la niña en brazos y salga cuando le diga! —casi le gritó.

Holme estaba tranquilo por ellas dos, porque estaba seguro que, por miedo a herir a la niña, no les dispararían. Sin embargo, a él le convertirían en un colador. Se fijó en la Steyr que llevaba el vigilante de la niña y se la arrebató. Comprobó que estaba cargada y la puso en tiro a tiro pensando que podía intentar establecer una cortina de fuego entre él y los pistoleros; solamente debía mantenerlos a raya con la Steyr mientras recorría de espaldas el pasillo. Sin embargo, eran unos veinte metros los que había de recorrer así, demasiados metros y con el riesgo añadido de que podía venir alguien del otro lado. Así, finalmente desistió de esa idea y optó por hacer otra cosa. Rápidamente le quitó el cinturón al otro pistolero que yacía desmayado en la habitación, rasgó una sábana de la cama y amarró con esta la pistola ametralladora al respaldo de una silla. Después pasó el cinturón entre el guardamonte y el disparador del arma y empujó la silla por la puerta hasta que quedó en el pasillo. Inmediatamente, un par de balazos la rozaron impactando en el marco de la pared, y entonces Holme apretó el cinturón comenzando el arma a vomitar fuego.

—¡Ahora! —gritó dirigiéndose a Catherine mientras él saltaba al centro del corredor.

Siguiendo sus órdenes y con la niña en brazos, la doctora Monroe salió detrás de él y empezó a correr pasillo abajo. Holme cubría su retirada disparando y retrocediendo velozmente al mismo tiempo. El escándalo era importante. Sin embargo, y talmente como si el resto de habitaciones de la planta estuvieran vacías, nadie asomaba la nariz para indagar sobre el tiroteo. Al cabo de unos instantes el detective, Catherine y la niña estaban fuera de tiro. Pegados cada uno a una pared y disparando contra la silla, Reginald Memphis y su acompañante avanzaban rápidamente mientras la Steyr seguía vomitando plomo sobre ellos. Con cada disparo que daba, la pistola ametralladora retrocedía moviendo la silla y modificando así la línea de tiro, lo que imposibilitaba a los dos pistoleros para determinar dónde se produciría el próximo impacto. El primero en recibir el azaroso plomo fue el pistolero blanco. Un grito de dolor se escapó de su garganta cuando el proyectil de la Steyr le destrozó la tibia. Se derrumbó al suelo agarrándose la pierna con la mano e instintivamente se fue desplazando hacia la pared de Memphis para que este le cubriera con su cuerpo de los disparos. Un segundo impacto le alcanzó en el hombro mientras cruzaba, arrastrándose, el pasillo. Memphis se cambió de lado, calculando mentalmente que era más improbable recibir un impacto en la otra pared. En ese momento, la Steyr agotó su cargador y dejó de atacarles. Memphis se volvió entonces hacia su compañero y le descerrajó un tiro. Luego llegó a la habitación en la que los otros pistoleros se estaban despertando, los zarandeó violentamente y juntos salieron

a escape en pos de los huidos.

Una hora más tarde llegaban el detective, la doctora y la niña al apartamento de Fred. Les esperaban Masha y el propio Fred. El asombro de ambos al ver que traían a la niña se reflejó sin disimulo en sus rostros.

—¿Es la sobrina? —preguntó Masha.

—Sí. La hemos secuestrado —respondió escuetamente Holme.

—Es una monada de chiquilla —intervino Fred.

Nadie lo comentaba, pero todos, incluso el propio Nic, estaban pensando que estaban dando palos de ciego. «Ahora la niña y antes el haber ido al hotel en que se hospedaba Havel. Nada de eso tiene ningún sentido. ¿Acaso pensaba que podía preguntarle directamente a Havel por mi padre?», reflexionaba Catherine. Por su lado, Fred y Masha se miraban sin entender el por qué el detective había traído aquella niña hasta allí.

—¿Te gusta la pizza? —pregunto entonces Fred a la pequeña. Esta, aparentemente ajena a las reflexiones de los adultos, se había puesto a jugar con la perrita.

—Sí —respondió sin dejar de acariciar a Laika—. He comido cinco veces pizza en mi vida y siempre me ha encantado.

—¿De veras? —intervino Holme—. ¿Dónde las has comido?

—En Nueva York. Allí nunca nos dan pizza.

—Allí, es en Brasil, ¿verdad? —preguntó Catherine.

—Sí.

—¡Vaya! Mi novio es también de B... —Al ver que, inquisidoras, todas las miradas se le echaban encima, Fred paró en seco—. ¡No he dicho nada! ¡No he dicho nada! —añadió.

—¿Y dónde es allí, exactamente? —siguió la doctora Monroe.

—En el Matto Grosso, cerca de los ríos Xingú y Kuluene.

Los adultos se miraron sorprendidos.

—¿Y tú sabrías ir? —le preguntó Holme—. ¿Serías capaz de llevarnos allí? Quiero decir: si vamos, ¿nos acompañarás?

—Sí.

—Cuéntanos cosas de tu familia, de la corporación; si es grande o pequeña, qué hace la gente allí, quiénes son..., cosas de ese estilo —dijo entonces Catherine presentándole un poco como un juego todo aquello a la niña.

—No tengo familia, y la corporación está en la selva. Su techo es una cúpula de titanio y de cristal oculta por vegetación y árboles hidropónicos. Es indetectable desde el aire o el espacio y bajo ella hay una estructura en forma de embudo al fondo de la cual está la limbosfera en la que estamos los niños, los cybermeninos, como nos llaman. Lo que hacemos los niños es extraer el pasado para la corporación, que lo almacena para proceder a su explotación.

—No pillo nada —dijo el detective—. ¿Y tú qué haces allí, además de jugar, supongo?

—Soy una yectoide.

—Sigo sin pillar nada. ¿Sabes de lo que hablas? Apuesto a que no. —La miró, desafiante.

—¡Holme! ¡Es una niña! ¡No le hable así! —intermedió Catherine molesta con la actitud de Nic. La niña sonrió ligeramente o al menos eso les pareció a los cuatro adultos, pues empezó a hablar casi al mismo instante.

—Desde que entraste en la habitación de la clínica —dijo la niña mirando retadoramente al detective—, has pronunciado ciento cincuenta y siete palabras en diecisiete frases doce de las cuales llevaban interrogación. Has dicho también «¡Diosa de Mitra!» cuando, en realidad, se trata de un dios persa. Además, has mirado de reojo nueve veces a tu novia sin que ella se diera cuenta.

Holme sintió los ojos de todos clavados en él.

—Veo que..., que andas bien de memoria —balbuceó— y que eres observadora, pero habrás querido decir que vigilaba en vez de que he mirado, que vigilaba..., para que no le... os pase nada.

Al verle en tales apuros, Catherine acudió en su ayuda.

—¡Anda! Ahora ve a jugar con la perrita —le dijo a la pequeña. Y luego, reteniéndola por la mano, añadió—: ¡Ah, Dede! ¡Nic no es mi novio!

—Con todos mis respetos —intervino Fred cuando la niña ya no podía escucharles—. ¿Os parece normal, esta chiquilla?

—Estoy igual de alucinado que tú —confesó Nic—. Y me quitas un peso de encima preguntándolo, porque creía que solo yo la veía distinto. Y Masha... ¿tú qué opinas? —preguntó.

—Es una enciclopedia y una grabadora.

—Pero nos ha dicho a su modo qué es lo que hace —comentó Catherine, asombrada de que nadie pareciese haberse percatado.

—¿Cómo? —Holme puso cara de no entender nada.

—La niña ha dicho que es una yectoide, ¿no es así? —empezó Catherine.

—Sí —contestó expectante el detective.

—Y luego —siguió Catherine, mirándolo—, le ha dicho cuántas palabras y frases ha pronunciado...

—Sí. ¿Y qué?

—Ha enumerado sus palabras —dijo Catherine—: el recorrido, el camino..., la trayectoria —concluyó.

Holme se la quedó mirando en silencio un instante y luego se volvió hacia los demás para ver qué pensaban. Todos asintieron con la cabeza ante lo que la doctora Monroe acababa de explicar.

—¿Conque una yectoide, eh?

—¿Y no es raro —observó Catherine— que no muestre ningún temor? Está entre

desconocidos y no echa de menos a nadie. Seguramente no tiene familia y Havel tampoco es su tío.

—¡Tenemos que pensar qué vamos a hacer! —exclamó inquieto Holme.

—Primero, a comer —dijo Fred—. Y después ya pensaremos.

Masha y Fred se ocuparon de tener todo preparado. La pizza no la tenían prevista, pero la pidieron a toda prisa y pronto la mesa estuvo dispuesta y con todos sentados. La enorme torta de harina de trigo cubierta con tomate, queso y anchoas robaba el protagonismo a los *delicatessen* y al champán. Los ojos de la niña estaban fijos en ella. Sabía que podría comérsela entera.

—Chin-chin —dijo de repente Fred levantando su copa. Todos brindaron con él, incluso la niña, a quien Catherine indicó cómo tenía que levantar su vaso de agua.

Luego se pusieron a comer. En cuanto los mayores empezaron, la niña se lanzó encima de la pizza engullendo una porción tras otra sin descanso. Para ello se ayudaba de la paleta de cartón y de las dos manos al mismo tiempo.

—Te vas a atragantar si comes tan rápido —le dijo Holme.

—Déjala, Nic, que tiene hambre —intercedió Fred a favor de la pequeña.

—¡Pobrecita! ¡Hambre es poco! —exclamó Masha, compungida al verla así de famélica—. Habrá que pedir más para la cena.

—¡Ya está bien! —gritó de repente Catherine—. ¡Nic! La niña no puede comerse toda la pizza. ¡Diga algo!

—Creo que... no hace falta discutir. Se acaba de zampar el último pedazo —dijo Nic, mirando sumiso a Catherine.

Como por arte de birlibirloque, en el diálogo que se había producido sobre la pizza y la niña, Catherine había asumido el papel de madre y trasladado a Nic el de padre. Y Fred y Masha se habían convertido en los tíos permisivos. La niña les miró a todos, y sabiéndose el centro de atención, sonrió abiertamente por primera vez, sintiéndose protegida y mimada, sintiéndose, aunque nunca hubiese tenido una, en familia.

Después de los postres, que uno a uno fueron probados por la niña muy a pesar de los empeños de Catherine para que no fuera así, los cuatro adultos dejaron la mesa y se sentaron en el salón para evaluar la situación. Catherine volvió a mandar a Dede a jugar con Laika.

—Hay que averiguar dónde está esa corporación —dijo Fred—. Cueste lo que cueste. Y desentrañar este misterio.

—Es una locura —objetó Catherine, y luego, mirando a Holme, añadió—: No estamos preparados. Nic, usted..., usted es un detective...

—De poca monta. Dígalo, doctora. Es la verdad —admitió el detective.

—Lo siento. No quería decir exactamente eso.

—Pero es lo que piensa. —Su cara reflejó cierto desabrimiento.

Mientras hablaban, la niña se les había aproximado y su mirada cuando estuvo enfrente de ellos les hizo callarse.

—Tenéis que ayudarnos —les dijo.

—¿A quiénes, pequeña? —preguntó sorprendido Nic.

—A los niños: a los yectoides y a los poloides.

—¿A quiénes? —repitió el detective, incapaz de entender a la pequeña. Esta torció el gesto con fastidio, y cuando ya iba a aclarar el significado de sus palabras, intervino la doctora.

—Nic, estamos en la inopia —dijo—. Está claro: yectoides, de trayectoria, y poloides, de interpolación. ¿Es así, Dede?

La niña asintió con la cabeza.

—¿Ayudaros? ¿En qué? —siguió entonces el detective.

La niña no respondió. Con un ceremonial en el andar que no pasó desapercibido para ninguno de los cuatro adultos, se acercó a la perrita y se arrodilló frente a ella. Laika se puso a dos patas y Dede le soltó el collar. Luego se volvió con los adultos con la mano en alto y dejando caer el collar al suelo. Catherine se echó a reír y todos los demás se la quedaron mirando.

—*Losientolosiento...* —murmuró la doctora con la boca apretada.

—Cat, ¿quieres explicarnos...? —Holme no llegó a terminar la frase. La confianza que acababa de mostrarle a la doctora tuteándola le hizo sonrojarse. Catherine, que se tronchaba encorvada y tapándose la cara con las manos, dejó de reír de inmediato. Mantuvo unos segundos el rostro oculto todavía entre sus manos y, cuando finalmente lo alzó, su mirada turbó al detective.

—Nic —dijo pronunciando su nombre con dulzura—, la niña pensaba que no la ibas a entender, y por eso lo ha explicado con gestos.

—¡Claro! La niña y tú pensáis que soy tontito —se quejó el detective, haciéndose el ofendido y siguiendo contento con el tuteo.

Esta vez, la primera que empezó a reír fue la niña; la siguió Catherine, luego Fred y, después, Masha. Al final, todos acabaron riendo, y, a la vez que le enseñaba los dientes como si estuviera enfadado, el detective acarició cariñosamente la cabeza de Dede.

—¡Hay que ir! —exclamó entonces—. Hay que ir y hacer que esos canallas, sean quienes sean, paguen por sus crímenes.

Sin decir nada, Fred se levantó y se alejó un poco de ellos. Nic lo contempló haciendo con el dedo un rizo en su pelo mientras hablaba por teléfono. Al volver, su rostro mostraba una sospechosa satisfacción.

—Bueno, Nic —le dijo frotándose las palmas de las manos y aflautando la voz—: lo tengo todo resuelto.

—¿El qué? —preguntó su amigo.

—¡A ver si voy a tener que darte todas las pistas! ¡No! ¡Va a ser que la niña tenía razón! —dijo burlándose mientras abría los brazos y aflautaba aún más la voz—. ¡Todo! Las armas, la gente. ¡Todo!

—No me digas que tú...

—¡Pues claro! Oscar, mi novio... Uy, ¡la niña! —Se tapó la boca con la mano—. Lo tiene todo, todo. Todo lo que necesites: artillería, logística... Lo que quieras. Así mismo me lo ha dicho. Yo no entiendo. Tú sabrás lo que significa.

—¿Estás seguro? —dudaba el detective.

—Desde luego. Mira, cuando llego a Río, está rodeado de seis o siete guardapompis, y en su apartamento y en su mansión no te digo los que debe de haber. Tiene de todo. Es riquísimo, aunque algo horterilla. —Y, poniendo ojos de cordero, dijo mirando a Nic—: A su lado soy un pobrecito.

—Eres asquerosamente rico, Fred —dijo el detective, guiñándole un ojo. Luego quedó pensativo unos momentos y, finalmente, con nuevos bríos, exclamó—: ¡Iremos! —Y mirando a Masha, añadió—: Pídele a Martin que nos prepare tres pasaportes y visados. En cuanto los tengamos, partiremos hacia Río.

—¡Bien! —gritó la niña, abrazándose a Catherine.

Catherine Monroe se acercó al ventanal y se quedó con la mirada perdida en la distancia. El detective se le aproximó y vio que una lágrima corría por su mejilla.

—Confía en mí, Catherine —le dijo con expresión severa, mirando también por la ventana—. Tu padre, haya lo que haya hecho, se redimió.

Catherine se volvió hacia él.

—Me sigue pareciendo una locura, pues no sé qué podemos descubrir nosotros. Aunque tú eres el detective y sabrás lo que haces.

A partir de ese momento, el apartamento de Fred se convirtió en un hervidero de actividad. Masha localizó a Martin, Fred salió a comprar ropa para todos. Él ponía el dinero necesario sin límite alguno, para cualquier necesidad. De hecho, Fred ayudaba a Holme a sus espaldas: pagaba los sueldos atrasados de Masha, los gastos de oficina y el alquiler. A veces, Masha y él hacían risas de la ingenuidad del detective: «¿Sabes? —contaba Masha a Fred—. Hoy me ha dicho Nic: “Qué buena persona es la señora Teller... Le debemos diez meses de alquiler y sigue con la sonrisa en la boca”». «¿Y tú que le contestaste?». «Ya sabes: “es que le recuerdas a su hijo y le caes bien, Nic”». Y ambos se reían. Al cabo de dos horas llegó Martin. Vino con varios cachivaches. Sacó primero las fotos y luego los pasaportes y visados. Los billetes de avión los reservaron por Internet.

Reginald Memphis, veía peligrar su pensión de jubilación, porque de seguir torciéndose las cosas no llegaría a retirarse. El mayor Axe se lo había dicho de manera poco sutil: o en la próxima semana encontraba a la niña o era carne picada. Su cerebro se había puesto a trabajar a tope para adivinar el siguiente movimiento de las piezas que había de cazar. Estaba seguro que abandonarían los Estados Unidos y que irían a Brasil. Por tanto, y dispuesto a viajar, pidió ayuda logística, o sea, más pistoleros, y más dinero a Axe y empezó a maquinarse para implicar al FBI en la investigación y que además le adjudicasen a él el caso. Axe le dijo que la niña llevaba una pulsera con una baliza que acababan de activar, pero de corto alcance, podrían detectarla en un radio de cien kilómetros a lo sumo. Por tanto, debía de estar siempre en contacto permanente con ellos.

Mientras el aparato realizaba las maniobras de aproximación al aeropuerto de Santos Dumont, Holme, Catherine observaban extasiados el maravilloso monte del monte del Pan de Azúcar alzándose sobre la bahía de Guanabara y la estatua del Cristo Redentor sobre el Corcovado. Río de Enero, en portugués Río de Janeiro, mostraba desde el aire en todo su esplendor su fascinante belleza.

El viaje lo hacían separados: Dede con Catherine, y Holme aparte. No tuvieron ninguna pega ni con los pasaportes ni con los visados, Martin era un auténtico genio de la falsificación.

A la salida de la terminal de pasajeros les esperaba Oscar, el novio de Fred, un agraciado gay perteneciente a una de las aristocráticas familias de Río. Oscar observó a los tres detenidamente, y se detuvo especialmente en Holme. Besó efusivamente a la niña y a Catherine y dio la mano a Holme. El apretón de manos se alargó más tiempo de lo normal y Dede alzó su cabeza hacia Catherine, al sentir que esta le apretaba con fuerza la mano. Al ser consciente de su acto involuntario, Catherine se ruborizó por dentro. Oscar iba acompañado, al menos, por cuatro de los que jocosamente Fred había llamado guardapompis. Traían tres vehículos todo terreno Land Cruiser y Holme supuso que estaban en buenas manos.

Se dirigieron dando un rodeo hacia la playa de Copacabana, donde Oscar tenía previsto alojarles mientras ultimaban los preparativos del viaje a la selva. Para ello pasaron frente al Museo de Arte Contemporáneo y se desviaron hacia el arrabal, vieron pasar por el camino a un tren de cercanías con algunos niños encima de los vagones y Oscar les aclaró que eran *meninos da rua*, surfeando sobre el techo de los vagones.

Recién llegados al enorme dúplex de Oscar, recibieron una llamada de Fred. Lo primero que hizo Dede fue pegarse al enorme ventanal del salón para contemplar el Océano Atlántico y, a sus pies, la playa de Copacabana. Y se pasó allí las horas mientras Catherine, Nic y Oscar hablaban sentados en el sofá. El plan que estos trazaban se componía de tres fases. En la primera de ellas, se internarían en la selva como si de un equipo de documentalistas se tratara; en la segunda, accederían a la ciudad o lo que fuese y obtendrían pruebas en video y fotografías sobre las actividades criminales que allí se realizaban. Para ello habían pensado en utilizar un dron. Finalmente, en la última fase enviarían los datos recogidos a Masha, por vía satélite, para que los haga llegar al doctor Ford y al grupo de científicos propuestos por Monroe para que las hiciesen públicas e interviniesen las autoridades. Aunque la niña no había sido muy explícita en cuanto a las dificultades que iban a encontrar, Holme deducía que la ciudad sería una auténtica fortaleza, inexpugnable para un pequeño grupo armado, y por ello debían cuidar fundamentalmente las vías de escape.

—¿Es indispensable que vaya la niña? —interrogó Oscar.

—¡Sí! Sin ella encontraríamos la ciudad, pues tenemos las coordenadas —dijo Holme—, pero la necesitamos para entrar y saber lo que tenemos que buscar. Nos ha dicho que conoce un pasadizo oculto, por el que esperamos entrar nosotros.

—¿Podemos preguntarle ahora? —sugirió Oscar.

—Dedé, ven por favor. Cuéntanos más cosas sobre la ciudad —terció Catherine.

La niña se acercó a ellos, sentándose al lado de Catherine, en un enorme sofá con forma de corazón. Uno de los muchachos del servicio doméstico de Oscar, les sirvió unos aperitivos.

Oscar desplegó unos enormes mapas del Amazonas abarcando todas las inmensas regiones que conformaban lo que comúnmente se conoce con el nombre de la región del Amazonas: Amazonas, Pará, Mato Grosso, Tocantins y Rondonia. La zona a la que presumiblemente se habían de dirigir estaba entre el Mato Grosso y Tocantins. La niña les dio las coordenadas exactas de la misma. Con un GPS, la localizarían sin problema. La selva era un laberinto de laberintos, y perderse en ella representaba la muerte segura. La ciudad de Fawcett estaba entre los ríos Xingú y Araguaia, y según el mapa había en esa zona varias explotaciones mineras, varias áreas y parques indígenas y algunas fazendas o ranchos. La manera más rápida de llegar a ella era a través del aire. Volarían hasta Santa Isabel de Araguaia, ascenderían por el río hasta alcanzar la latitud aproximada y después se desplazarían hacia el oeste a través de la selva. Todo lo referente a la logística de la expedición lo iba anotando Oscar sin pasar por alto ningún detalle. El plan era que pudieran llegar a la ciudad acompañados por treinta hombres. Cuando le preguntaban a Dede cuántos guardas de seguridad había aproximadamente en la ciudad, nunca era concreta y siempre cambiaba de tema. Se mostraba remolona en ese punto. Sin embargo, deducían que habría sobre treinta. En cualquier caso, y si tenían problemas, su retirada y la evacuación de los veinticinco niños que, según Dede, había en la ciudad, estaría garantizada por un escuadrón de helicópteros que esperaría órdenes en Santa Isabel. Oscar lo planificaba todo. Parecía apasionarle la aventura y lo tomaba como un juego de *stratego*.

—¿Dices que hay guardias? ¿Muchos guardias? —preguntó Oscar a la niña.

—Bueno, algunos...

—¿Cuánto es algunos? —intervino Holme.

—Algunos... —volvió a repetir la niña reticente a contar más.

—No quiere decírnoslo —observó Catherine—, pues piensa que si son muchos, no iremos.

—Dedé, necesitamos saber cuántos guardias hay —dijo entonces Nic mirándola muy seriamente y haciéndole entender de alguna manera lo ineludible de aquella necesidad. La pequeña pensó unos segundos, como evaluando si decir o no verdad.

—Ciento cuarenta guardias y los chavantes —confesó al fin, expectante a la reacción de sus palabras.

—¿¡Cómo!?! —exclamó Holme ante la desorbitada cifra—. Lo siento —dijo entonces dirigiéndose a Oscar—. No podemos ir. Es una locura. Es superior a

nuestras posibilidades.

—¡Dijiste que iríamos! —lo reprendió la niña empujándole la pierna—. ¡Lo dijiste! ¡Lo dijiste!

—Dede... —empezó a decir Nic.

—¡Lo dijiste! ¡Lo dijiste! ¡Lo dijiste! —seguía la niña.

—¡Basta ya, Dede! —chilló entonces Catherine con rotundidad. La niña, algo avergonzada, obedeció y calló de golpe bajando su cabecita.

—Sí, sé que esto altera los planes —siguió Oscar—, pero no en lo fundamental. No se trata de enfrentarse a ellos, solamente de ver lo que hay allí.

—Acabaremos liados a tiros —advirtió detective—. Lo sabes tan bien cómo yo.

—La expedición está decidida —dijo Oscar—. Aumentaré el número de efectivos, helicópteros y hombres. En los tres días que tardaréis en alcanzar la ciudad, hay tiempo para reunir cincuenta o setenta y cinco hombres más, que esperarán en Santa Isabel, por si los necesitarais. De ser así, en unas horas llegarían a la ciudad. Yo estaré con ellos en Santa Isabel.

—¿De dónde sacas tantos hombres, Oscar? —le preguntó el detective.

—De las favelas —respondió Oscar—. Puedo reunir docenas de hombres armados y los que escogeré para que os acompañen, valdrán cada uno por tres.

—Aun así no salen las cuentas —dijo Holme.

—Pues por cinco —dijo Oscar.

—Está bien —acabó cediendo Holme—. Tú ganas.

—¿Tienen perros? —preguntó entonces de sopetón Oscar a la niña.

—No. —Dede movió la cabeza negando.

Holme sorprendido por esa pregunta, miró a Oscar, interrogándole con la mirada.

—Fred me mataría, si tenemos que matar a un perro —dijo Oscar seriamente.

Catherine no pudo evitar pensar: «Yo también te mataría».

—Por cierto, Dedé: ¿qué son los chavantes? —preguntó el detective, que se había quedado con la copla.

—Caníbales —dijo sin pestañear la chiquilla.

La seriedad de su expresión hizo que Oscar soltara una carcajada que contagió a Catherine y a Nic. Dede, mirando a unos y a otros, arrugaba el morro, pero entendió al fin que iban a la ciudad y empezó a reír de contenta.

Una hora más tarde almorzaron, después, Oscar les dio una vuelta por la ciudad. Al anoecer, cenaban en el apartamento.

—¿Qué hacéis los niños allí? —preguntó Oscar a Dedé.

—Vemos y oímos con la máquina —explicó esta con la boca llena de pizza.

—No entiendo. ¿Qué dices que veis y oís?

La niña tragó una porción gigantesca de pizza apenas sin haberla masticado.

—Todo —dijo luego—. Lo vemos y oímos todo.

—¿Está hablando de la red Echelon, o algo así? —les preguntó entonces Oscar a Catherine y a Nic.

—Puede ser —dijo el detective—. No es muy explícita y, cuándo lo es, utiliza palabras que solo Catherine entiende.

—No seas exagerado, Nic —intervino esta—. Los niños deben visionar durante horas imágenes de personas principalmente. ¿No es así Dedé?

La niña asintió, mientras engullía otro pedazo de pizza.

—¿Pero y qué sentido tiene tener a niños viendo películas en medio del Amazonas?

—Puede que no sean exactamente películas —apuntó Holme—. La niña es reacia a explicar algunos detalles. No sabemos con seguridad qué es lo que ven.

Dede, pendiente desde su insaciable hambre de todo cuanto los adultos decían, los miraba reflexiva y como sopesando una intervención.

—Hay que salvar a los niños —dijo al final, concluyente.

—¿Te das cuenta? —Holme levantó sus cejas—. Sabe mucho. Siempre acaba en ese punto.

—No seas tan duro con ella y ponte en su lugar —lo reprendió entonces Catherine.

—Perdona, Dede —dijo Nic, arrepentido—. ¿Quieres contarnos algo?

Catherine intervino entonces, le preguntó por su padre. Deseaba hacerlo desde el primer momento, pero tenía miedo de escuchar algo horrible.

—Dede, ¿conociste a mi padre, el doctor Monroe?

La pregunta en pasado de Catherine provocó un visible *shock* en la niña.

—Ha muerto hace pocos días —añadió Catherine, comprendiendo la causa del estupor en la niña.

Al escuchar aquella noticia, la niña, se acercó a la doctora abrazándose a ella. Ambas estuvieron llorando durante un buen rato.

Después, la niña se puso a hablar y a hablar. Les contó que ella y los demás niños ayudaron al padre de Catherine a escapar y que antes este les prometió que les liberaría. Que en la clínica, ella esperaba al doctor Monroe. Que después supo que ella era su hija, pero que el doctor no aparecía. Y que ella no sabía si ellos iban a rescatar a los niños o solo salvar al doctor Monroe. Y que ella no sabía, volvía a repetir. Habló por los codos; habló de murallas de piedra, de videoniños y audioniños; de gentes extrañas, de batallas, de libros escritos en idiomas desconocidos, de que no quería engañarles; de que no se enfadasen con ella; de que tenían que salvar a los niños... Repitió de pe a pa, conversaciones completas de Catherine y Holme: «¡Ah, Dede! ¡Nic no es mi novio!». «No comas tanto te va a hacer daño». «De poca monta. Dígalo, doctora. Es la verdad»...

Mientras la niña hablaba, tanto Oscar como el detective tomaban nota de todo tipo de información que iba dando sobre los sistemas de seguridad de la ciudad, las posibles entradas, las alarmas, las alambradas, los puestos de vigilancia, el relevo de la guardia... Todo indicaba que la ciudad era en realidad un fortín que encerraba en su interior un misterio del cual Dede era un botón de muestra. La ciudad de Fawcett

estaba dedicada a una extraña labor, a cubierto de cualquier curiosidad indeseable, y desvelar tal misterio se había convertido en una imperiosa necesidad para Holme y para Catherine, y ahora, también, para Oscar. Las revelaciones de Dede les intrigaban sobremanera. Algo se cocía en la selva brasileña, y aunque ellos no ignoraban que sus fuerzas quizás no eran suficientes para aclarar el asunto, sabían que, de momento, no podían confiar en nadie: la Administración podía no ser fiable y era dudoso que otros organismos internacionales prestasen atención a algo tan fantástico cuya única prueba era una niña un tanto especial.

Dos días más tarde remontaban el río Araguaia en cuatro grandes *bataloas*, unas embarcaciones de unos doce metros de eslora y a las que se habían añadido un puente en forma de toldo y dos motores fuera borda. En la primera de ellas iban Holme, Catherine, Dede, Oscar, uno de los hombres de Oscar, un guía singular, pues, hablaba griego y latín, llamado Vasco que habían contratado en Santa Isabel, un indígena que parecía reverenciarle y, finalmente el piloto. En las demás embarcaciones iban el resto de los hombres de Oscar, un cocinero y su ayudante, a los que Vasco había contratado para la ocasión y los pilotos.

Calculaban que con dos jornadas de navegación llegarían a las proximidades del Area Indígena de Tapirapé-Carajás. Una vez allí, se internarían en la selva en dirección hacia el oeste, hasta dar con la ciudad. Oscar regresaría con los pilotos de las canoas y esperaría en Santa Isabel, con los helicópteros hasta que le avisasen.

La vista de la expedición, pertrechada de aparatos electrónicos, municiones y armas; causaba la impresión de que unos viajeros del tiempo de un mundo tecnológicamente avanzado, se internaban en las selvas primigenias, cuando el mundo era joven, rudo y peligroso.

Un poco antes del amanecer amazónico fue Oscar el primero que rompió el silencio natural, pues los motores fueraborda metían un sordo sonido.

—Es todo un espectáculo de belleza la selva.

—Sí, desde luego. Pero, no es nuestro mundo —respondió Holme.

—¡Ya! Será —dijo Oscar—, porque hemos perdido el contacto con la naturaleza. Los indígenas se hallan tan a gusto en esta selva como nosotros en el salón de nuestras casas.

—A esta selva, igual que a nuestros gobiernos, amigo Oscar —dijo Nic—, no creo que le importe en absoluto.

—No pienso así —respondió Oscar—. Creo que si estamos aquí es por algo.

Todos menos el piloto que no les oía y el indígena ayudante del guía amazónico, que miraba al frente, prestaban atención a la conversación de Oscar y Nic.

La niña parecía querer intervenir, pero no se atrevía, fue Catherine, al darse cuenta la que le animó.

—¿Quieres decir algo Dedé? —le preguntó.

—El señor Oscar, habla del principio antrópico —dijo la niña.

—Ya empezamos... —dijo Nic, oliéndose un espiche de la niña.

—¡Nic! —le riñó Catherine.

—Lo siento Dedé —dijo Nic—, pero a veces eres un poco plasta.

—¡Nic! —dijo Catherine—. Eres mayorcito para meterte con una niña.

—Lo siento Dedé. Estoy dejando de fumar —alegó Nic, al ver que todos lo miraban—. Continúa por favor.

—El principio antrópico —comenzó Dede a hablar justo cuando despuntaba el

primer rayo de sol sobre el dosel del Araguaia— tiene dos modalidades: la débil y la fuerte. En la primera se supone que el Universo es tal como es por la existencia de conciencia humana en este preciso momento. La coincidencia de la vida media del Sol y las constantes universales, tales como la gravedad, y otro gran número de coincidencias numéricas en diversas leyes naturales, hacen que la vida inteligente solo sea posible en una pequeña fracción del tiempo de vida del Universo. Algunos científicos rechazan que tales coincidencias sean producto del azar. El principio antrópico fuerte va aún más lejos, ya que implica que cualquier tipo de Universo imaginable ha de estar orientado en su conjunto a la consecución de la vida consciente. Este principio se ha desarrollado debido a las dificultades que plantea el carácter del observador en la mecánica cuántica.

—¿Y tú crees que estamos aquí porque somos algo único y el universo lo sabe? —intervino Catherine.

—No —respondió Dede—. La selección natural en el marco de la teoría de la evolución lo explica de una manera rigurosa y simple. La naturaleza es «ciega», no persigue ningún fin determinado, de hecho, no persigue ninguno. Además, existen pruebas para negar el principio. Así, por ejemplo, la extinción de los dinosaurios hace sesenta y cinco millones de años fue lo que propició la extensión de los mamíferos y, por ende, la del ser humano. Esta extinción se produjo por la caída de un cuerpo celeste en el Yucatán, en el golfo de México. Y entonces, mediante qué razonamientos puede explicarse que el Universo, envió un proyectil expresamente contra la Tierra, con el objeto de desarrollar la conciencia, y luego, se toma perezosamente un tiempo de sesenta y cinco millones de años, para que esta aparezca. Un universo tan vago, se parece enormemente a un universo que no tiene ganas de hacer nada por nadie.

—Yo también opino como la chiquilla —dijo Nic—. Yo recibí un fax, debido al azar, y que no era para mí, y ahora, por eso estoy aquí.

Intervino entonces Vasco, que había estado siguiendo atentamente la conversación:

—Veis aquel jaguarete —dijo señalando con el dedo hacia la ribera—. Ni a él, ni al tapir o al capibara, tras los que andará, le sirve saber si el universo está hecho o no para el hombre. Acabará cazándolos o se irá sin comer. Eso es todo en su mundo. Y en el nuestro.

—Creo que debe haber algo más —dijo Catherine, mirando con curiosidad a Vasco—. Un mundo así de predadores y presas no tiene sentido para nosotros. No hablo de religión, pero si de algo, aunque no sepa bien de qué.

Vasco sonrió, pero no añadió nada. Se oyó de nuevo en el amanecer que se desperezaba sin prisa, mientras las embarcaciones doblaban un amplio recodo del río, la voz cantarina de Dede:

—Quizás la naturaleza no sea ciega del todo, sino tan miope, que parece ciega.

—¿O sea que puede haber algo? —preguntó Catherine.

—Puede que sí... y puede que no, Cat —contestó la niña.

—Pero tiene sentido o no, el universo —insistió Catherine.

—El principio Anthropic dice que el universo es una placenta del ser humano, yo no lo creo —contestó la niña—. Sin embargo, el ser humano es diferente, y eso no se puede negar.

—¿Dónde demonios has aprendido a hablar así? —exclamó Holme.

—No te metas con Dedé —dijo Catherine, riéndose—. Es una niña muy lista y simpática...

—¡Ahí va el jaguarete de nuevo! —exclamó Vasco, reclamando la atención de todos—. Y lleva un capibara entre sus fauces. —Luego se dirigió a Dede—. Ese trozo de naturaleza no puede ser ciego, ¿verdad, chiquilla? Si no, no hubiese cazado al capibara.

—¡Basta ya! —exclamó Catherine—. Dejaos de meteros con la chiquilla.

—El amanecer nos está iluminando —dijo Oscar, dando un doble sentido a sus palabras.

—«La Aurora —empezó entonces Vasco— se levantaba del lecho del brillante Titón, para llevar la luz a los dioses y a los hombres...».

—La *Iliada*. Primer verso del canto XI —remató Dede mientras Vasco la miraba y se transparentaba en él la admiración que empezaba a causarle la niña. Los demás los observaban con asombro.

Las embarcaciones siguieron surcando el río durante varias horas seguidas, y hacia el mediodía hicieron una pequeña parada para comer. Al atardecer, y una hora antes de que anocheciese, Vasco decidió elegir una de las *praias* del río para acampar y pasar la noche. Una vez hubieron amarrado las embarcaciones, Vasco se dirigió a Oscar y a Holme y les dijo:

—Creo que es necesario que me cuenten cuál es el verdadero objetivo de esta expedición. Puedo llevarles hasta el punto que indican esas coordenadas que me han dado, porque hasta un tonto lo podría hacer, pero necesito saber si tengo que mandar a Xirú para que monte guardia.

Holme habló primero:

—Vamos en busca de un lugar que creemos que se llama Ciudad de Fawcett. La niña conoce la ciudad, nosotros la hemos... raptado —indicó con el gesto a Catherine y siguió—. Nos ha dicho que ese punto está a una jornada de río y a otra a pie por la selva. El padre de Catherine, estuvo en la ciudad dedicándose a algo, y necesitamos saber a qué exactamente, pues sabemos que hay más niños como Dede. El señor Oscar nos ha proporcionado ayuda y nos acompaña con sus hombres.

—Efectivamente, sé de qué ciudad me hablan —dijo Vasco—, aunque no sabía cómo la llamaban. De hecho, he tenido un par de encontronazos con esa gente que trapichea por allí, y, para su desgracia, Xirú se cargó a un par de ellos que nos dispararon y yo tuve que matar a otro más. Además, no serán bien recibidos en cuanto entren en esa zona. En ella viven los indios tapirapés, que odian a esos

hombres a muerte y, lo que es peor, confunden a cualquier blanco con ellos. Y en este lugar del mundo nadie hace preguntas. Aquí primero se dispara y después se examina el cadáver, y no por curiosidad de si se ha equivocado, sino para desvalijarlo. Creo que Xirú hará guardia. El precio por acompañarles sube al doble, y yo tomo el mando de la expedición. Desde luego, nosotros participaremos en cualquier balacera que se produzca.

—¡Aceptamos! —exclamó Oscar.

—Bien —prosiguió Vasco—. Se formarán tres pabellones con los fusiles, a la izquierda será zona de servicios fisiológicos. Dormiremos en varios grupos, separados por unos diez metros, alrededor de los pabellones de armas. Xirú hará guardia durante la noche, probablemente en la copa de un árbol.

—Mis hombres harán también guardia —dijo Oscar.

—Bien, pero no es necesario, Xirú, no duerme y apenas come, además, tiene el oído, la vista y el olfato más desarrollado que se puedan imaginar. Aunque hubiese diez hombres de guardia, él también la haría. Pueden confiar en él plenamente. Si le vieses dormir, no se preocupen, porque sus sentidos están tan alerta, como los de un pastor alemán. Geraes —prosiguió Vasco señalando a su otro hombre— preparará la cena y organizará el campamento. Todos han de obedecerle, pues creo que es la primera vez que pisan la selva, ¿verdad?

—Este tipo de selva, sí —refunfuñó Holme, un poco mosqueado porque Vasco se mostraba tan prepotente.

Aún así, Oscar ordenó a sus hombres que estuvieran vigilantes. El atardecer amazónico ponía en marcha el pulmón más grande del planeta. Las nubes teñidas de rojo se deshacían en jirones, mientras algunas estrellas comenzaban a brillar. Un martín pescador pasó fugazmente por encima de la *praia* donde estaban acampados, dejando en el aire una estela azulada; al fondo, surgiendo de las copas de los árboles de la otra orilla del río, dos garzas reales descendieron suavemente sobre una de las innumerables isletas que salpicaban la corriente.

Catherine miraba maravillada la belleza de aquel sitio y evocaba con melancolía el recuerdo de su padre mientras suaves ráfagas de aire acariciaban sus mejillas. A poca distancia, en el campamento, que se había organizado siguiendo las instrucciones de Vasco, este y sus hombres se encontraban cenando. Comían *feijao*, una especie de alubia negra con arroz, mientras unos trozos de pescado se cocían en una olla para hacer luego de segundo plato espolvoreados con *farinha*, una harina que se extraía de la mandioca. El bullicio que entre todos causaban recordaba al de cualquier acampada en una civilizada geografía de Europa o Norteamérica. Por otro lado, los mosquitos no eran más molestos de lo que podían ser en esa civilizada geografía, y la temperatura y la humedad, aunque incómodas al principio, eran soportables y ahora no representaban más que una ligera incomodidad.

Al cabo de una hora, todos se habían acostado, todos menos Xirú, que desde lo alto de la copa de un árbol, y a pesar de parecer dormir, estaba alerta a cualquier

amenaza. Holme se aproximó a Catherine y a la niña y se recostó cerca de ellas. Creía que ambas dormían, pero de repente, sonando extraordinariamente sensual en medio de la noche amazónica, se oyó la voz de Catherine, que se había dado cuenta de la presencia del detective.

—Todavía no me hago a la idea de lo que está ocurriendo —le dijo—. Todo parece un sueño, aunque mezclado con grandes dosis de pesadillas. No sabemos bien a dónde vamos ni lo que buscamos, ni tampoco lo que al final encontraremos.

—Cómo dirían los franceses —respondió Holme—, *c'est la vie*. Se removió un poco en su posición y pudo apreciar perfectamente el perfil de Catherine recortándose contra el anochecer. La verdad es que estaba preciosa. No podía ignorar que le atraía fuertemente, tanto física como emocionalmente. Sintió una pequeña desazón a la vez que una sensación placentera. De nuevo la voz de Catherine, le sacó de su ensimismamiento.

—¿Tan irreal puede ser la vida?

—Ya lo creo. Fíjese en Vasco. —Nada más decirlo Holme se dio cuenta de lo cobarde que era ¿Por qué tenía que desviar la conversación, y sacarla a empujones del plano íntimo en que la estaba situando Catherine?

—¿En Vasco?

—Sí. Citando la *Iliada* en medio del amazonas y yo creo que sin venir demasiado a cuento. Y qué decir de Dedé, que aunque aparentemente es una niña, su mente...

—No me refería solo a eso cuando he dicho lo irreal que puede llegar a ser la vida —interrumpió Catherine—. Si no más bien a nosotros. Estamos aquí acostados, contemplando las mismas nubes y respirando el mismo aire y hace unos días, ni nos conocíamos. Eso es lo que me parece increíble y a la vez..., maravilloso y sin sentido.

—Quizás haya algún sentido en todo lo que ha ocurrido hasta ahora, pero yo no lo veo —contestó Holme.

—Sí, quizás tengas razón, o quizás no. Buenas noches, Nic.

—Buenas noches, Catherine.

—Buenas noches, Catherine. Buenas noches, Nic —dijo la pequeña, que por lo visto no había perdido detalle de nada. Y el coro, pero esta vez dándole las buenas noches a la niña, volvió a repetirse.

—¡Lo mato, lo mato, lo mato! —Cuando estaba enfadado el teniente Klein repetía tres veces cada frase, aunque eso a él le importaba un pimiento—. ¡Hijo puta, hijo puta, hijo puta!

—¡Vamos, teniente! El capitán no tiene culpa —intentaba apaciguarlo el sargento McMurray.

—¡Mandarnos aquí! ¡Aquí! ¡No hay derecho! —Mientras hablaba se secaba los goterones de sudor que le corrían por la frente.

—Tampoco es para tanto. Nunca he estado en Brasil, pero parece bonito...

—¿Bonito? ¿Con este olor a fritanga? ¡Y espere! ¡Espere a estar en la selva, rodeado de jíbaros que nos cortarán la cabeza para hacerse un llavero con ella!

«¿Llaveros? ¿Pero si en la selva no hay cerraduras?», pensó el sargento, e iba a contradecirle, pero se lo pensó mejor. El teniente era capaz de matarle allí mismo por ese comentario, visto el humor del que estaba.

—Y digo yo... —continuó el teniente, hablando más bien para sí mismo que para el sargento—, ¿por qué tienen que mandarnos a plena selva? ¿Porque un gilipollas del FBI se haya inmiscuido no sé cómo en nuestro caso y haya dicho que están en la selva de Brasil? ¿Y si hubiese dicho que están en la Luna, también nos hubiesen mandado allí? ¿Pero cómo sabe ese gilipollas que están en la selva? No sé lo que es, pero hay algo que no me huele bien en este asunto.

—Tendrán información vía satélite, teniente —argumentó el sargento.

—Ya. De sus coronillas. ¿Verdad, sargento? Pero si ni siquiera evitaron la muerte de Kennedy, y no mencionemos lo otro..., y tenemos que estar adorándoles cómo si fuesen dioses que todo lo saben. ¡Venga ya! ¡Aquí hay gato encerrado! ¡A mí no me la dan!

El teniente y el sargento, estaban en las cercanías del mercado de Vero-Peso, en Belem, al noreste del Brasil. Habían llegado en un vuelo directo apenas tres horas antes, y esperaban a un agente del FBI, con el que suponían que después volarían hacia el interior de la selva.

—¡Cuánto tarda este cabronazo, en aparec...!

—Llevan mucho tiempo esperándome —les abordó por detrás Reginald Memphis, sobresaltándolos—. Con este calor se habrán asado. ¡Bueno!, dicen que el sol de Brasil no produce insolación.

El agente del FBI se presentó acompañado de dos pistoleros, que a los saludos de los dos policías, respondieron con dos: «¡Humm!».

Una vez hechas las presentaciones, Reginald Memphis, se percató que las cosas no podían irle mejor: aquellos dos parecían el descarte de una promoción de policías. Eran, a todas luces un auténtico par de catetos.

—Tengo ya —continuó hablando el agente del FBI—, los permisos de la policía estatal brasileira. Cogemos un aerotaxi hasta Vila Rica, un poblado en medio de la

selva. Los que buscamos andan por aquella zona.

—¿Y cómo vamos a localizarlos en la selva? —preguntó con muy mala leche el teniente—. ¿Preguntando acaso a los monos?

—Ja, ja —dijo simulando una risa el agente Memphis—. Qué chistoso es usted. Ya veo que no les hace ninguna gracia el venir hasta aquí. Descuiden. Los encontraremos.

—¿Y cuál es el plan a seguir? Nos han dicho que sigamos sus instrucciones —dijo el sargento, mientras se jamaba un codazo del teniente, hacia el suroeste del abdomen.

—Una vez en Vila Rica contrataremos unos guías, adentrándonos en la selva tras ellos —respondió el agente—. No puedo decirles cómo obtengo la información de que dispongo, pero estén seguros que les cogemos a ellos dos y a la niña.

—¿Niña? ¿De qué niña habla? —preguntó casi bramando el teniente.

—¿No están informados? —Memphis se dio cuenta de que había metido la pata. Oficialmente, él se hallaba en Brasil para resolver los casos de las desapariciones de varios científicos que, como era sabido, se habían dado simultáneamente a la desaparición del doctor Monroe. Sin embargo, y extraoficialmente, se hallaba allí porque desde las altas esferas de Brasil se había contactado con el FBI para llevar el caso del secuestro de la niña y él había sido el elegido para encargarse de ello. En realidad, se hallaba allí única y exclusivamente por la niña, pero se le había dejado claro que los policías no tenían que saber de la existencia de esa niña. De hecho, era porque, muy cabezón, el capitán Richardson no había dejado que lo arrinconaran del caso, que ahora Klein y McMurray estaban metidos en el asunto. «¡Al Brasil! ¡A sudar y a joderse! ¡Y si no que espabilen!», había decidido Richardson después del ridículo que por culpa de ellos dos había hecho en la televisión—. Supongo —continuó hablando Memphis— que no habrán considerado necesario decirles nada sobre ello, y les ruego que no lo comenten con sus superiores, pues podría haber una gran bronca entre los cuerpos.

El teniente se quedó mirando a Reginald Memphis sin decir nada, aunque cualquier observador medianamente entrenado en leer las expresiones se hubiese percatado sin dificultad alguna de qué estaba pensando en realidad: «¡Listillo, listillo, más que listillo! ¡Os matan a Kennedy y lo otro, en vuestras narices, y seguís dándoos de sabihondos!».

Cogieron un taxi y se dirigieron al aeropuerto, allí, el agente del FBI, lo tenía ya todo organizado. Un aero-taxi, los llevaría hasta Vila-Rica. El piloto les dijo que pararían a medio camino para repostar y que a última hora de la tarde llegarían a su destino. Si lo estimaban oportuno, dispondrían de un pequeño destacamento policial. En teoría y para la policía brasileña, buscaban a una pareja de presuntos asesinos, acusada además del rapto de una niña norteamericana. Por ese motivo se habían desplazado desde Estados Unidos. Al sargento y al teniente les quedó claro, pues, que hasta entonces eran los dos únicos, junto con su capitán, a quienes no se les había

querido informar de la existencia de la pequeña.

El aero-taxi se puso a ronronear por la pista y rápidamente comenzó a coger velocidad de despegue. En aquellas inmensas distancias que había que cubrir para ir de una población a otra, era el único medio de transporte adecuado. De hecho, la mayoría de los propietarios de los ranchos, los *fazendeiros*, disponían de avioneta y de un pequeño aeródromo en medio de la selva. La piper alzó el vuelo y enfiló en dirección a la selva.

Dentro del aparato, el sargento clavó sus ojos en el teniente, interrogándolo con la mirada.

—Claro que se va a enterar el capitán, ya lo creo que se va a enterar —dijo en voz baja el teniente.

Al mismo tiempo y en medio de la selva, un pequeño comando de hombres se aprestaba a montar en un helicóptero de transporte militar.

—Escuchadme bien —habló el mayor Axe—: Ojo con que le ocurra algo a la niña. A los demás os los podéis cargar sin miramientos.

—No se preocupe —respondió el que parecía ser el jefe—. Crearemos un círculo de fuego alrededor de la niña y lo iremos estrechando hasta que solo quede ella. Después la traeremos sana y salva.

—Eso espero —se limitó a decir Axe—. «¿A cuento de qué viene toda esa payasada de un círculo de fuego? ¿Acaso no bastaba con decir un simple “entendido”?», pensó, sin embargo.

El helicóptero alzó el vuelo, semejando durante unos instantes una gigantesca libélula del cretácico. Dentro, el comando formado por siete hombres, se acabó de acomodar, y luego el jefe del comando encendió una pequeña pantalla en la que apareció un puntito pulsante: la pulsera de Dede.

—Escuchad —les dijo a sus hombres—, nos apostaremos en una orilla del río a esperar a que se aproximen. Una vez que nos haya depositado, el helicóptero dará una pasada y nos informará de cuántos vienen. El efecto sorpresa lo perderemos, pero no podemos contar con él, porque solo podremos disparar si tenemos un blanco claro y adulto. Tened en cuenta que hay una niña a la que tenemos que rescatar y que bajo ningún concepto puede resultar herida. Así, que ya lo sabéis: ajustad bien las miras telescópicas, porque el río puede tener más de quinientos metros de anchura por donde pasen, y no abatáis a los que manejen la embarcación, porque podría ponerse en peligro la vida de la niña. Nuestro objetivo será hostigarlos e ir reduciendo sus efectivos, y si huyen por la selva, les perseguiremos hasta darles muerte y recuperar a la niña. ¿Lo habéis entendido todos perfectamente? —Un rumor sordo de asentimiento le dio la respuesta.

El helicóptero había alcanzado ya el río, situándose por encima de la mitad de la corriente y poniendo rumbo río abajo, en dirección a su objetivo. Calculaban que en menos de media hora divisarían el objetivo y descenderían mediante escalas del helicóptero. Luego los tiradores tomarían posiciones, y el piloto les comunicaría la posición y el número de los que tenían que abatir. A partir de aquí ejecutarían su misión, sin el más mínimo fallo. Joao Freitas, el jefe del comando pensó en las próximas juergas que se correría en el Carnaval de Río, si todo salía bien, Axe no podría seguir retrasándole las vacaciones, como hizo la vez anterior cuando aquel hijo de puta de científico se dio el piro y nadie supo cómo había conseguido salir de la ciudad. A no ser, que la mierda de rumores que corrían sobre lo que estaban haciendo los científicos con los niños... «¡Qué coño, eso era imposible!».

Río abajo, las *bataloas* se habían hecho al agua al despuntar el amanecer y avanzaban mansamente próximas a una de las riberas. Tanto Nic como Catherine

evitaban mirarse de frente. Oscar charlaba animadamente con Dede, y Vasco sonreía socarronamente de vez en cuando al detective y a la doctora.

De repente, Xirú que manejaba la canoa, hizo gestos a Dede para que mirara hacia el centro del río, donde había un grupo de nutrias, surgiendo y zambulléndose en las aguas.

—*Ariránhas* —farfulló Xirú.

La niña le sonrió. Poco después, Xirú paró el motor de la *bataloa* e indicó algo a Vasco, este ordenó parar a Geraes y a los otros dos pilotos los motores de las embarcaciones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Holme

—*Shsst* —chisteó Vasco al tiempo que con la mano indicaba a todos que se mantuvieran en silencio.

Xirú movió entonces la muñeca manteniendo el dedo índice abierto y haciendo con la mano cerrada un molinete. Vasco le indicó que se acercase a la orilla y que las otras embarcaciones hiciesen lo mismo.

—Un helicóptero —dijo luego a los demás.

—¿Un helicóptero? No se ve ni se oye nada —dijo sorprendido Oscar.

—Xirú, nunca se equivoca —dijo Vasco—. Puede oír el latido de un corazón a un metro de distancia, oler el miedo y seguir el rastro de una nube. Si lo llegan a conocer, creerán todo lo que les digo. Esperemos. Puede tratarse de un helicóptero forestal de los que vigilan las reservas indígenas.

Al cabo de pocos minutos apareció sobre las copas de los árboles, un punto negro sobre el que se vislumbraba una turbulencia, y que se acercaba hacia ellos, hasta que a unos cuatrocientos metros de distancia, se situó en la orilla opuesta y manteniéndose fijo en la misma posición.

—¡Tengo contacto visual con ellos! —exclamó el piloto del helicóptero.

—¡Mierda! ¡Mierda! —exclamó Joao Freitas—. ¡Nos han visto! ¿Por qué carajo se habrán parado? ¡Es imposible que nos hayan detectado tan pronto! Es igual. Descenderemos. Arrojad las escalas, que empezaremos a descender. —Cerró el visualizador y lo metió en su mochila mientras sus hombres lanzaban una escala por cada lado del aparato y se ponían en posición de descenso.

—¡Xirú! —gritó Vasco.

El indígena se agachó sobre la cubierta y, levantando la tapa de un arcón alargado que hacía las veces de arsenal, extrajo un fusil de asalto, un antiguo CETME, usado por el ejército español antes de incorporarse a la OTAN. Luego lo puso en posición de tiro a tiro, movió el librillo del punto de mira y, calculando la distancia visualmente y dando unos cuantos saltos se situó sobre el techo del puente de la *bataloa*.

—¡Abajo! —ordenó el jefe del comando.

Dos de los hombres comenzaron a continuación a descender por las escalas, uno por cada lado del aparato, compensando así el centro de gravedad del helicóptero,

mientras otros dos se situaban en posición de descenso. Todo se hacía de una manera precisa y fulgurante. Sin embargo, cuando ya había cuatro hombres descendiendo por las escalas, el aparato se bamboleó ligeramente y se escuchó una rapidísima serie de cuatro detonaciones. La primera pareja de hombres se desplomó entonces sobre la *praia*. Por su lado, el de la escala de la izquierda se soltó herido de muerte un instante después, y el de la escala de la derecha fue agarrado de una mano por un quinto hombre que permanecía todavía dentro del helicóptero. No obstante, y por los cambios en las masas, el aparato fue zarandeándose, y sus vaivenes hicieron perder a ese quinto hombre los apoyos y lo precipitaron al vacío junto con el hombre al que trataba de sujetar. Joao Freitas se asomó incrédulo al vano del portillo del helicóptero. Se preguntaba cómo era posible que los abatieran con esa precisión estando a cuatrocientos metros de distancia de ellos. Además, estaba seguro de que los disparos habían provenido de un único tirador. Debían retirarse sin perder tiempo. Allí ya no tenían nada que hacer.

—¡Vámonos! —ordenó al piloto. Y entonces no supo por qué, tuvo un mal presentimiento. No tardó en cumplirse, porque en vez de girar hacia la izquierda, enseñándole la popa del helicóptero al tirador, el piloto giró hacia la derecha, enseñándole el frente.

—¡Cuidado! —lo avisó Freitas.

En aquel momento se oyó otra detonación, a la vez que la cara del piloto hizo un movimiento brusco y se quedó ladeada e inmóvil mirándole. De inmediato Freitas comprendió que no volvería a ver ningún carnaval. Entre las cejas del piloto, un rotundo orificio disputaba el protagonismo a cualquier otra realidad.

El helicóptero se bamboleó, dio un par de cabezadas y se desplomó con estrépito sobre el suelo en el que yacían los cadáveres de los hombres que unos instantes antes, vivos aún, lo ocupaban. Al estrellarse se produjo la explosión de los depósitos de combustible, y una de las hélices salió despedida girando sobre sí misma en dirección hacia la superficie del río, donde rebotó de plano para ascender ligeramente, volver a rebotar y hundirse definitivamente en el agua, como la cola de un cetáceo.

—Bravo —felicitó Vasco a Xirú.

Una vez los efectos más dramáticos de toda aquella pesadilla se desvanecieron, Catherine dejó de tapar los ojos a la pequeña Dede. Poco después, poniendo en marcha los fuerabordas de las *bataloas*, se acercaron lentamente hasta la *praia*, donde estaban las ruinas del aparato. Allí desembarcaron y, muy alertas por si había algún superviviente todavía, se pusieron a explorar todos los restos.

—Xirú —dijo Vasco reclamando su atención—, aquí fallaste. —A la vez que volteó uno de los cadáveres y le indicó un orificio en el cuello. El resto de cuerpos mostraba siempre un agujero en la cabeza. Xirú entrecerró los ojos, agradeciendo el elogio de Vasco disfrazado de reproche.

Husmearon durante algunos minutos entre los restos, hasta que uno de los hombres de Oscar trajo una mochila, con un visualizador de GPS en su interior. Oscar

lo tomó en sus manos y lo puso en marcha. Un puntito centelleaba en la pantalla.

—Está indicando nuestra posición en este momento —dijo.

Todos se reunieron en torno a la pantalla.

—Me había dado la impresión —dijo Holme—, de que el helicóptero se había estacionado en esta posición antes de vernos, esto explica por qué.

—¿Y dónde está el emisor de la señal? —inquirió Oscar.

Casi al unísono todas las miradas se volvieron hacia Dede. Esta se les quedó mirando asustada.

—No te asustes. Creo que aquí está el emisor —dijo Catherine, a la vez que con la mano cogía la muñeca de Dede—. Tiene que ser esta pulsera la que emite la señal.

Oscar examinó la pulsera, buscaba una apertura y por fin la halló. Sin duda la pulsera era una obra maestra de la nanoelectrónica, un pequeño pero potente emisor, se escondía dentro de ella.

—¡Nos han tenido localizados todo el tiempo! —exclamó Holme.

—No lo creo —respondió Oscar—. Es de un alcance limitado, quizás cien kilómetros, no mucho más.

—Bueno, ahora sabemos algo que ellos ignoran que sabemos —dijo Vasco, que parecía emocionado por la aventura—. Podemos gastarles una broma, si les parece bien.

—Por mí, adelante —dijo Holme.

—Si es tan amable, Catherine... ¿Puedo llamarla así? —dijo Vasco—... y vuelva a la *bataloa* con la niña...

En cuanto estas dos se hubieron retirado y ya no pudieron ver lo que estaba haciendo, Vasco sacó su machete y de unos cuantos golpes, seccionó el antebrazo de uno de los cadáveres. Después, le pidió la pulsera a Oscar y comprobó si esta encajaba en la muñeca y como no entraba, arregló a base de machetazos el muñón hasta que cupo en la muñeca. Luego, comprobó que estaba firme en ella y metió lo que quedaba del antebrazo con la pulsera incluida, en la mochila. Los demás le miraban atónitos sin decir nada.

—Un poco más adelante hay caimanes —se limitó a decir Vasco.

Al de un rato las *bataloas* estaban navegando, esta vez con más precauciones, cerca de la orilla y con varios vigías, que oteaban en dirección hacia la ribera, el firmamento y el centro del río. Al divisar en una de las *praias* un grupo de caimanes, Vasco en un movimiento fulgurante para que no le viesen ni Catherine ni Dede, extrajo de la mochila lo que antes había metido, y lo arrojó con perfecta puntería en dirección a los mismos. Un instante después, el emisor emitía la señal desde el estómago de uno de los caimanes. Aguantaría varias horas hasta que los ácidos del estómago estropeasen las baterías, y, para entonces, ellos estarían muy próximos a su destino. Holme no pudo menos que pensar que Vasco tenía una astucia que rayaba lo increíble.

—Hemos perdido contacto con el comando, *senhor*.

El mayor Axe, frunció el ceño, aunque ello no mejoró lo más mínimo su percepción de la situación.

—¿Y la baliza de la niña?

—Eso es lo extraño *senhor*. Parece que se vuelven sobre sus pasos. Están cruzando y en sentido río abajo.

El mayor Axe se volvió hacia uno de sus subordinados y le ordenó que pusiese en alerta la base. Además, ordenó también que tres patrullas vigilaran los alrededores de la ciudad, pues, no veía claro que estuviesen retrocediendo, aunque tampoco podía imaginar lo que realmente estaba ocurriendo. Mientras tanto, y cien kilómetros al sur, los caimanes se dirigían a darse el gran festín con los cuerpos del comando, que yacían inermes cerca de la ribera. Entre ellos iba la agraciada con el aperitivo del antebrazo.

Un poco antes de anochecer, la piper sobrevolaba el río Araguaya, el piloto, seguía esa ruta para dirigirse hacia Vila Rica, por ser sumamente sencillo orientarse con la corriente. Al llegar cerca del punto de destino, tomarían la perpendicular hacia el oeste. A escasos minutos de vuelo, se hallaba Vila Rica. Reginald Memphis, miraba por una de las ventanillas y pudo ver, entre los destellos que producían las aguas del río, un grupo de embarcaciones. Algo en su interior le dijo que en aquellas lanchas, iban la niña y los sujetos que estaban persiguiendo. Su misión desde que salió de Nueva York, se había modificado. Debía procurar que nada de lo que estaba pasando o de lo que pasase en aquel lugar del planeta llegase a conocimiento público. Los dos agentes de policía harían las veces de testaferreros de la realidad que él y el mayor Axe, iban a fabricar. Sin embargo, su metedura de pata, mencionando a la niña, alteraba los planes originales. Probablemente los dos policías habrían de ser sacrificados. Así era la vida: unos pagaban ignorantes los errores de otros. Él, con sus dos compinches, más los dos guías que le esperaban en Vila Rica y que había enviado Axe, darían caza al detective y a la hija de Monroe liquidando a todos, incluidos los dos policías, y después, en función de los hechos ya elaboraría su informe. Luego, faltaría repatriar los cuatro cadáveres y a otra cosa mariposa.

Anocheecía cuándo las *bataloas* vararon en una de las *praias*. Esa noche no encenderían fuego ni luces, para evitar ser descubiertos. Acomodados ya en el lugar, al de poco rato a través de la conexión vía satélite, tuvieron una videoconferencia de Masha, salpicada de diversas interrupciones y bastante ruido digital. Les explicó que la Agencia Nacional de Seguridad, la NSA, había tomado cartas en el asunto. Que el gran chivato de la agencia, la red Echelon, estaba analizando todas las comunicaciones de esa parte del mundo, en los últimos años y que, además, varios científicos de renombre habían sido llamados a formar un comité de investigación que entre otros asuntos trataría sobre la desaparición de científicos y la utilización de potentísimos ordenadores y de ciertas informaciones sobre fantásticos *ciberniños* en el corazón de la selva brasileña. Parecía que existían pruebas de que altas instancias del poder y personalidades importantes estaban implicadas en todo aquello, y convenía, pues, andarse con pies de plomo y no fiarse de nadie. Después, dio recuerdos a Oscar de parte de Fred y dijo a Catherine que la perrita se encontraba bien y que el cadáver de su padre había llegado, ayer, a Nueva York. Por último, les pidió que todos se cuidasen mucho y que tenía muchas ganas de volver a verlos.

Antes del amanecer, el campamento comenzó a cobrar actividad. Vasco fue el segundo en levantarse y ayudó a Geraes a preparar un bufete frío. Media hora después, ya todos habían desayunado. Justo cuando el primer rayo de sol alumbró por encima de las copas de los árboles, uno de los hombres de Oscar emitió un gemido, llevándose en un acto reflejo la mano derecha al cuello, como si lo hubiese picado un mosquito. Acto seguido, se derrumbó.

—¡Tapirapés! —Exclamó Xirú.

—¡A cubierto! ¡Dardos venenosos! —gritó Vasco.

El campamento se convirtió en un desorden y confusión de movimientos, ruidos, gritos y voces. Varios de los hombres de Oscar fueron alcanzados por un dardo en la espalda y se desplomaron sobre la hierba. En ese instante un griterío surgió en plena selva y al menos tres docenas de flechas y azagayas más, cayeron sobre el campamento. Sobre el cocinero Geraes impactaron al mismo tiempo, una jabalina de madera que cimbrió al hincarse sobre su pecho y una flecha que le traspasó el brazo izquierdo. En seguida todos en el campamento quedaron divididos en dos zonas desde las que abrían fuego sobre los indígenas. Una de ellas estaba formada por ocho hombres de Oscar y, en el otro extremo se hallaban Holme y los demás. En medio de ambas, dos docenas de cadáveres alfombraban el suelo. La situación se hacía desesperada por momentos, el número de indígenas aumentaba continuamente, a tenor de la lluvia de flechas y azagayas que les lanzaban.

—No aguantaremos mucho más tiempo así —dijo Vasco, y luego, dirigiéndose a Xirú, le ordenó—. Mira por dónde podemos salir.

—Los hombres de Oscar están llevando la peor parte, no podemos abandonarles

—intervino Holme.

—No tenemos capacidad para establecer una cortina de fuego y que se reúnan con nosotros, pero es cierto que no podemos dejarlos ahí, si es que nosotros conseguimos encontrar una salida —respondió Vasco.

Los hombres que en la expedición llevaban las comunicaciones y el piloto del dron, yacían de bruces en medio de los dos grupos. La caja con el dron, ocupaba el centro de la espeluznante escena. Uno de los hombres de Oscar parapetado tras un árbol caído, dio un salto audaz y en zigzag, se acercó hasta los cuerpos de sus compañeros. Los dos grupos protegieron su acción con fuego graneado. El hombre arrastraba uno de los cuerpos con la mochila de comunicaciones, cuando estaba a mitad de camino, una azagaya lo atravesó de parte a parte.

—Están jugando con nosotros —dijo Vasco.

Otro de los hombres salió entonces a rescatar al herido. Vasco gritó con todas sus fuerzas: «¡No!». Fue inútil. Varias flechas se clavaron en el pecho del hombre y con tal fuerza que lo derribaron de espaldas.

—Eran hermanos —dijo Oscar, con la voz quebrada.

En ese momento, varias detonaciones se escucharon detrás de ellos, Catherine se sobresaltó. Vasco y los demás siguieron impertérritos. El fusil de Xirú era inconfundible. Al de pocos minutos apareció este. Habló rápidamente con Vasco.

—Xirú me dice que podemos escapar por la ribera —tradujo Vasco para los demás—, que ha liquidado a los indígenas que nos esperaban apostados. Dice que las *bataloas* están inutilizadas y que hacia el otro lado también hay tapirapés esperándonos. Tus hombres Oscar, solo podrán escapar si se reúnen con nosotros. Y hay más. También dice que en breve nos rodearan dejándonos encerrados y que, si no escapamos ya, moriremos todos.

Vasco miró a los ojos a todos y se detuvo especialmente en los de Catherine. Ella, sin saberlo, probablemente les había salvado la vida en un primer momento, pues lo más seguro era que los tapirapés no se hubieran cebado con ellos por miedo a herir a la mujer y a la niña, las cuales, reservaban como postre, para después de la matanza. Avisaron a los hombres de Oscar de la situación, aunque no hacía falta avisarles pues ya se habían dado cuenta, e intentaron dejar el pequeño refugio formado por el tronco caído de un árbol, tras el que se guarecían, y reunirse con ellos, pero fue imposible. La lluvia de flechas de antes se convirtió en una auténtica granizada de lanzas arrojadas y de dardos venenosos, que al dar sobre el árbol caído producían un ruido mortecino. El tableteo de los fusiles ametralladores tampoco intimidaba a los indígenas que permanecían prácticamente invisibles tras el follaje. Aun así, numerosos gritos de dolor atestiguaban que las balas disparadas ciegamente y al azar en todas direcciones se cobraban su tributo.

—Nos tenemos que ir. El tiempo se está acabando —advirtió Vasco.

—Iros vosotros si queréis —dijo Oscar—, pero yo me quedo con mis hombres.

—No serviría de nada —dijo Vasco—. En cuanto nos vayamos nos dejarán unos

minutos de ventaja, confiando en que caigamos en la trampa que nos tenían preparada. Y luego, saldrán en nuestra persecución para cerrar la pinza. Tus hombres tienen más de treinta metros de descubierta hasta dónde se hallan los indios, los podrán mantener a raya si les atacan al descubierto. Seguramente, esperarán a que se haga de noche y, entonces, atacarán en masa. Si nosotros conseguimos escapar, los dividiremos, y aumentará así la probabilidad de que algún grupo sobreviva.

Los hombres de Oscar, que se habían hecho cargo de las circunstancias en que se hallaban ambos grupos, le indicaron a su jefe, mediante gritos, que escaparan ahora que podían y que ya ellos tratarían de resistir hasta la noche y huir entonces. Aunque, a decir verdad, en realidad sabían que sobrevivir a una situación así era muy improbable.

Oscar estuvo sopesándolo y, aunque nada convencido, finalmente accedió a retirarse. El único de sus hombres que iba con él partió junto con Catherine y Dede tras Xirú, que se adelantó por la ribera, y mientras tanto, él, Vasco, y Holme, efectuaron varias descargas frenéticas de munición para, después de escuchar varios gritos de dolor, ponerse en marcha tras los pasos del resto del grupo, dejando, a los seis hombres de Oscar abandonados a su suerte.

Al cabo de unos doscientos metros alcanzaron a Xirú, Catherine, Dede y el hombre de Oscar. Ya todos juntos, se internaron en la selva, en dirección a la ciudad de Fawcett. Durante algún tiempo, escucharon esporádicos disparos, hasta que de repente se oyó un tableteo enloquecedor.

—Están atacando a pecho descubierto —dijo Holme.

—Tendrán decenas de bajas, pero habrán tomado sus brebajes para el combate, y la muerte no les asusta —contestó Vasco.

—¡Ha cesado el tableteo! ¡Y ahora vuelve a sonar de nuevo! —dijo Oscar.

El ruido de los disparos, esta vez, se percibía distinto. Vasco, miró a Xirú. Este le indicó con un gesto, que solo quedaba ya un hombre con vida, o al menos disparando. Al de poco cesaron los sonidos de la pequeña batalla.

—¡Ahora, vendrán a por nosotros! ¡Hemos de darnos la máxima prisa! —habló Vasco.

Apremiando el ritmo, el grupo siguió avanzando por entre el espeso follaje. Xirú encabezaba la fila y Vasco la cerraba. En medio, Holme, ayudaba a la niña y a Catherine en su marcha por aquel desarraigado terreno, mientras Oscar y su hombre se intercalaban adelante y atrás para cubrir cualquier contingencia. Llegado el mediodía, y cuando llevaban ya cuatro horas de intenso camino, decidieron parar para descansar un poco y de paso hacer revisión de sus pertrechos. De municiones y armas iban sobrados. Llevaban también alimentos para dos días, y, restringiéndolos suficientemente, aguantarían un par de días más. Por lo que hacía a las comunicaciones, solo disponían de un ordenador portátil, una micro-batería y una cámara de vídeo. La idea original de hacer streaming valiéndose del dron, se había desbaratado. Y se dirigían hacia el objetivo sin ese propósito inicial, el de grabar y

difundir al mismo tiempo lo que allí se ocultaba y que era lo que parecía conferir un gramo de cordura a la expedición. Ahora, no tenían más remedio que confiar en algún golpe de fortuna, y desde luego, en Vasco y su indígena. Calculaban que, si no hacían más paradas, lo cual dependía sobre todo de la fortaleza de Dede, llegarían a la ciudad hacia el anochecer. En todo caso, al día siguiente estarían a las puertas de la misma. Sabían que les estarían esperando, pero no tenían otra opción.

A media tarde, una vez ya descansados y vueltos a su andanza, encontraron en medio de la selva una pequeña senda que siguieron hasta que, dos kilómetros más allá, Xirú se detuvo de repente a los pies de unos árboles gigantescos. En ese momento, Dede se acercó a él y, tomándolo del brazo, le indicó dos puntos en el follaje. Inmediatamente, Xirú se alzó el fusil hasta la cara y enjaretó dos disparos seguidos, haciendo que de dos ramas se desplomaran dos indios carajás. Sin pensarlo, se acercó corriendo hacia ellos, retiró con cuidado las largas cerbatanas que aún tenían los dardos en su interior y se quedó con una de ellas, a la que sacó el dardo y lo guardó en el carcaj de uno de los indios atándoselo a continuación, a la cintura.

—¡Dios mío! —exclamó Catherine—. Vuelven a atacarnos.

—No. Estos son carajás —respondió Vasco—, y los otros eran tapirapés. Aunque supongo que la agresividad que hay en esta parte de la selva, tiene que tener algún fundamento. E imagino que la cercanía de la ciudad de Fawcett es la causante de que nos ataquen sin más ni más.

Holme se acercó entonces a Dede y le preguntó si había sido ella la que le había indicado a Xirú la presencia de los dos indígenas.

—Sí. Le indiqué dónde estaban —asintió la niña.

Vasco que acababa de hablar con Xirú, le dijo a la niña:

—Es increíble, tienes una memoria eidética. Me acaba de decir que él no los había visto; solamente los había oído, y por eso se detuvo, pero hasta que tú no se los señalaste no supo con certeza dónde se hallaban.

—Bueno... yo simplemente miré dos veces seguidas el follaje y me fijé que entre una y otra, hubo dos cambios en la imagen. En la corporación nos entrenan la vista para ello —dijo la niña.

—Dos cambios —dijo Holme—, de haberlo sabido antes, nos hubieras servido de ayuda en el atolladero del amanecer...

—Lo siento... No siempre soy consciente de en qué momentos puedo ayudar, con mis habilidades.

—No importa —tomó parte Catherine—. Nos has salvado la vida, y nadie te reprocha nada.

—Será mejor que busquemos un lugar para pasar la noche —dijo Holme—. Debemos estar ya cerca de la ciudad y es probable que hayan escuchado los disparos. Mañana al alba proseguiremos con más ganas. Creo que por hoy todos estamos hartos del olor a pólvora y de todo lo que ha acontecido.

El sonido de ese último par de disparos de Xirú, había llegado lejano a los oídos

de Reginald Memphis y de la expedición que comandaba que se hallaba cómo a unos tres kilómetros de distancia. Su grupo formaba parte de una pinza que estaba envolviendo a Holme y a los suyos. Un comando que había salido de la ciudad, avanzaba desde el sur; Memphis, lo hacía desde el norte. Al este se hallaba el río Araguaia y los Tapirapés. Al oeste, la misteriosa ciudad de Fawcett. El grupo de Holme, se hallaba en medio. Un ratón en las garras de un águila, tendría más probabilidades de escapatoria.

—Lo habéis oído —preguntó Memphis.

Todos asintieron con la cabeza. Eran, en total, seis hombres. Entre ellos estaban los dos policías y un único guía, un hombre blanco que pertenecía también a la ciudad y que ahora les orientaba. Memphis se separó del grupo acompañado por él con la excusa de explorar el territorio, y cuando consideró que era imposible que le oyeran los dos policías, se puso en comunicación con el grupo que avanzaba desde el sur.

—¿Habéis oído los disparos? —dijo, entre pitidos y ruidos que obstaculizaban la audición.

—Sí. Los tenemos delante. A menos de dos kilómetros —respondieron.

—En cuanto amanezca nos aproximaremos a ellos —dijo Memphis—. El primero que los vea esperará a los otros. Después, leña al mono.

—En ese momento se cortó la comunicación.

—¡Mierda de selva! ¡No se puede ni hablar decentemente! —profirió Memphis.

Llamó a continuación a Axe, dándole cuenta de la situación. Este le comunicó que un comando de la ciudad, vigilaba la zona por la que presumiblemente aparecería el grupo de la niña y volvió a recordarle que tuvieran cuidado de no hacerle daño. Sin embargo, cambió su primera orden. Ahora le interesaba que los hicieran prisioneros, pues, Havel, deseaba saber hasta dónde llegaba la información que tenían, y si esta podía comprometer gravemente las investigaciones en curso. Axe le dijo que ya había avisado de las nuevas órdenes a los otros grupos y, cuando Memphis, le preguntó qué debía hacer ahora con los dos policías de su comando, su respuesta fue clara: como era obvio, debían morir igualmente, pero junto con el resto de los prisioneros.

—No vayamos a entregar cuatro cadáveres, con varios días de diferencia en su descomposición. Seríamos unos chapuceros... ¿No cree, Memphis? —terminó su larga perorata Axe.

—Por supuesto. Ante todo seriedad. —Iba a añadir «teutónica», pero no lo hizo.

—Sin más, señor Memphis —terminó un tanto abruptamente la conversación el mayor Axe.

—Sin más, mayor Axe. —Se dio cuenta que al comienzo de la conversación le había apeado el tratamiento a Axe, y este, se lo había recordado sutilmente, llamándole señor Memphis. «Será cabrón», pensó para sus adentros. «En esta puta selva y con esas tonterías».

—¡Volvamos! Espero que no metamos la pata nadie —dijo, al guía que le

acompañaba.

Al mismo tiempo, a varios miles de kilómetros de allí, en algún lugar secreto próximo al Museo de Historia Natural, en Manhattan, un selecto grupo de personas se hallaba reunido. Un hombre alto y de rostro atezado, se dirigió a los presentes.

—Bienvenidos damas y caballeros. Mi nombre es James Watson. No soy nieto del Premio Nobel. —Miró a ver qué efecto producían sus palabras y prosiguió—: Pertenezco a la NSA y dirijo todas las vertientes del asunto que vamos a tratar. La mayoría de ustedes conocen si no totalmente al menos sí parcialmente el tema. Sin embargo, hay varias personas que no han oído hablar de él. Por tanto, se les dará una explicación básica del mismo. Las personas que vayan hablando se presentarán a las demás, y así nos conoceremos todos. Por favor, hable usted primero, agente Jones.

—Mi nombre es Jones y pertenezco a la NSA —continuó el aludido—. Si están al tanto de las noticias y me imagino que sí, sabrán que hay un enorme revuelo sobre un asunto acerca de raptos de niños en Brasil y de científicos estadounidenses implicados en experimentos secretos. Y además, hay un aura de pedofilia que lo invade todo. Sin embargo...

—¡Vaya al grano, Jones! —lo interrumpió secamente James Watson.

—¡Sí, señor! Nuestra red —continuó— ha detectado desde hace tres años que hay algo que se está produciendo en medio de la selva amazónica y que compromete a la seguridad nacional de los Estados Unidos. Creemos que un grupo muy poderoso económicamente y con fuertes apoyos que ahora no vienen al caso —al decir esto último, miró de soslayo hacia su jefe— están desarrollando un nuevo tipo de ordenador, de una potencia de cálculo increíble e inimaginable. No sabemos a qué piensan dedicar dicha potencia y es por ello por lo que estamos alerta.

—Gracias, Jones —interrumpió Watson—. Agente Iglesias...

—Soy la agente Lara Iglesias y, en mi condición de experta en inteligencia artificial, pertenezco a uno de los equipos volantes de la NSA. La característica fundamental del ordenador del que hablaba el agente Jones es que está conformado por mentes humanas —se produjo un rumor en la sala de incredulidad—, enlazadas entre sí por medio de..., por medio de, por decirlo rápidamente, una peculiar y asombrosa interface informática.

—Gracias, doctora Iglesias —interrumpió de nuevo Watson—. Agente especial Snell...

—Soy la agente especial Snell y llevo este caso desde el principio. Lo que tenemos entre manos es un peligro mayor que cualquier otro contra el que la seguridad nacional haya tenido que enfrentarse, incluido el de las torres gemelas. —Se produjo de nuevo un rumor de incredulidad—. Responderé con mucho gusto a sus preguntas.

—Con el permiso de los demás, preguntaré el primero. Perdón... Me presentaré antes. Soy el Senador Alonzo. Para preguntar, primero habré de enterarme: ¿de qué

demonios exactamente están hablando? Con tanta interrupción no me he enterado de nada.

—Lo lamento, senador —dijo el director Watson—. Pensé que el Procedimiento Cuántico de Información, desarrollado por nuestra agencia para este tipo de reuniones, era el más apropiado.

—¿Procedimiento qué? —preguntó el senador—. No pierdan tiempo y dinero en enseñar a hablar a sus agentes como en una clase de instituto. ¿O es que sus agentes no han pasado por el instituto? No nos quiera engatusar con palabrejas, señor Watson. Como decían mis antepasados, «al pan, pan, y al vino, vino».

—Lo lamento, senador —volvió a excusarse Watson—. Agente Snell, explique los hechos sin circunloquios, por favor.

La agente Snell miró a su jefe sin compasión. En realidad, se había regodeado en la situación estúpida en que acababa de quedar y pensaba de hecho que se lo merecía. Lo que ella sufría con los procedimientos de los informes no lo deseaba ni para su peor enemigo.

—Señores y señoras —dijo entonces la mujer—, un grupo poderoso de inversores pertenecientes a varios países está invirtiendo una suma enorme de capital en el desarrollo de un nuevo ordenador, un ordenador formado por mentes infantiles convenientemente entrenadas. Esas actividades, claro está, y como delito que son, se ejecutan en secreto. Nosotros las llamamos Proyecto Menino, porque «menino» significa «niño» en portugués. El grupo empresarial que lleva este proyecto está formado, entre otros, por accionistas norteamericanos, chinos, ingleses, brasileños, alemanes, japoneses, españoles y australianos, todos por tanto de países aliados o con los que mantenemos excelentes relaciones políticas y comerciales. El objetivo final que persiguen con este ordenador es un misterio para nosotros y ello ha sido la causa de que les dejemos actuar y no intervengamos hasta ahora. Sin embargo, ya varios hechos nos habían ido preparando para una intervención, y ahora los últimos acontecimientos han precipitado la decisión.

—Agente Snell —interrumpió un hombre con unas gafas tan altamente graduadas que casi dejaban ver su rostro completo comprimido a través de los cristales—. Soy el Doctor Rufus Braston. Comenta usted que se han producido varios hechos. ¿Podría decirnos cuáles?

—Desde luego, doctor. Verá, hace nueve meses que terminaron de construir una especie de embudo enorme la finalidad del cual desconocemos por completo. Por otra parte, en el último crack bursátil ninguno de estos grupos perdió dinero y, sin embargo, todos ellos habían perdido en el anterior crack.

—¿Quiere decir —intervino un hombre que no se presentó— que ese ordenador predice las cotizaciones bursátiles?

—No soy economista —dijo la agente Snell—; soy matemática. Pero no, no creo que se puedan predecir las cotizaciones bursátiles.

—Es lo que ha insinuado —volvió a intervenir el hombre.

—Sí. Es lo que he insinuado. Pero no me lo creo.

—Pero... —insistió el hombre.

—La bolsa es un mercado eficiente, predecir sus cotizaciones equivale en el lenguaje matemático a la cuadratura del círculo. Un imposible, vamos. Sin embargo, antes del crack estos grupos recibieron mensajes cifrados que fueron detectados por nuestra red, y aunque nosotros no pudimos descifrarlos, sabemos que después de aquello estos accionistas se salvaron de la quema bursátil y, lo que es más, contribuyeron con sus movimientos a aumentar la caída financiera. Por eso es que creemos que el ordenador ha empezado a funcionar ya, aunque también creemos que su intervención en la bolsa es un subproducto del fin a que está destinado.

—¡Pues vaya subproducto! —exclamó uno de los hombres asistentes a la reunión—. Soy el doctor Moisés Hanson —se presentó finalmente—, especialista en cibernética, y juego mucho a bolsa.

Unas cuantas carcajadas sonaron al unísono, haciendo más llevadero el árido discurso de la agente Snell, que continuó hablando.

—Por lo que sabemos, alguien, ignoramos cómo, es capaz de influir en el corazón financiero del mundo. No es necesario remarcar la gravedad de este hecho, ni el poder que supone. Pero, con todo, desconocemos el objetivo final del ordenador mencionado, cuya capacidad puede lograr que se haga realidad cualquier sueño que la mente humana pueda albergar.

—Puede tratarse de un ingenio armamentístico de nuevo cuño —dijo el Senador Alonzo, al que las parrafadas anteriores le empezaban a contagiar el vocabulario.

—No —fue categórica la agente Snell—. De creerlo así, ya habríamos intervenido.

—¿Están seguros? —preguntó entonces el doctor Moisés Hanson.

—Totalmente —dijo ella—. Ninguna de sus compras de material, que han sido numerosas, tiene que ver con ningún tipo de arma. —Iba a añadir «conocida», pero se dio cuenta de que ello prolongaría otra vez el turno de preguntas. Y como aquello podía hacerse interminable, y al fin y al cabo todos aquellos políticos y los expertos que les acompañaban como asesores solo estaban allí para aprobar un plan que ya estaba desarrollado del todo, debía procurar que dijeran amén informándoles solamente de lo básico.

—Excelente, agente Snell —intervino su jefe James Watson—. El oficial Smith les expondrá el plan que hemos diseñado. Adelante Smith.

—Soy el oficial Sm...

—¡Smith! ¡Ya le he presentado! —lo interrumpió su jefe de forma abrupta—. Haga el favor de ir al vino. Perdón... Quise decir al grano.

La intervención del Senador Alonzo, al comienzo de la reunión le había descolocado, y desde entonces prácticamente no oía ni a sus hombres. Y es que la personalidad más importante y de la que dependía la aprobación del plan era la de él, la del senador. Esperaba, por tanto, que la impresión que se llevase al final de la

reunión fuese positiva. Por supuesto, el Procedimiento Cuántico de Información, que consistía en administrar la información mediante dosis discretas, habría que ser modificado. Había sido una idea suya, muy alabada por el jefe y que parecía asegurar que la aprobación de planes sería coser y cantar. De todas formas, Watson tenía intención, si la reunión terminaba con los resultados que esperaba, de especificar en el informe de la misma que se había utilizado exhaustivamente dicho procedimiento. Solo en el caso de que la reunión fuese negativa omitiría esta información.

—Antes de que hable el oficial Smith, desearía hacer una pregunta a la agente Snell —interrumpió la senadora Adams. Luego dirigiéndose a la mujer, le dijo—: Sin rodeos, díganos qué nos estamos jugando los Estados Unidos de América.

—Nuestro poderío económico y, con él, el militar y político, incluido el liderazgo del mundo.

—¿Y todo ello por un ordenador?

—Así es. Un ordenador capaz de crear un código cifrado indescifrable para nosotros y nuestros ordenadores. Un ordenador capaz de apoderarse de Wall Street. Un ordenador que intuimos que no solo se va a dedicar a los negocios, y que con su potencia de cálculo se apoderará del mundo. Y Norteamérica dejará de ser el faro del mundo, para convertirse en una simple bombilla.

—¿Y cuál es el motivo de que nosotros no podamos tener ese ordenador? —intervino Andrew Simpson, especialista jurídico y asesor del Senador Alonzo.

La doctora Lara Snell se sobresaltó. Todos los que estaban allí después de las explicaciones conocían meridianamente que el ordenador lo conformaban mentes de niños, raptados o recogidos de las calles, probablemente sometidos a una selección. «¿Qué hacían con los niños que no servían?». Y sin embargo, la doctora Lara Snell sabía que los EE UU, no podían llevar a cabo los experimentos de diseño de ese ordenador, no por los niños en sí, si no por el escándalo político que armarían gentes como Alonzo o Andrew Simpson, que era precisamente especialista jurídico, si es que estando en la oposición descubrían que el gobierno de turno desarrollaba tal proyecto. Lo de menos eran los niños. Las ciudades norteamericanas, al igual que las del resto del mundo, se hallaban llenas de materia prima infantil a la que se abandonaba a su suerte sin remedio. ¡Pero cuidado! ¡Qué nadie intente hacerles daño y que se entere de ello la opinión pública, porque entonces la ley de Lynch, se pondría en marcha! Ella también estaba dentro del sistema y formaba parte de él, aunque, al menos, era consciente de sus contradicciones. Respondió a Andrew Simpson.

—La dimensión moral de nuestro país. Ese es el motivo de que no podamos desarrollar ese tipo de ordenador.

Todos asintieron ante las trascendentes palabras de la agente Snell. Aunque, el doctor Moises Hanson, pensó además: «Adiós a las ganancias en bolsa».

—Y respóndame, doctora, a una última pregunta —dijo un hombre que no se

presentó—. ¿No hay fórmula para que ese ordenador, cuándo esté terminado sirva a los intereses de EE UU, a pesar de su condición inmoral?

—No la hay. El gobierno brasileño se haría cargo de él en cuánto se enterase. Nadie en su sano juicio compartiría ese poder, es más, la opinión pública mundial, lo impediría si llega a conocimiento de ella. Lo cual es doblemente negativo para nuestros intereses, pues nuestra opinión pública es la más poderosa del mundo, y probablemente otros se aprovecharían del ordenador o de las migajas que queden de él. Aún así quedaría suficiente poder para instaurar un nuevo orden económico mundial del cual nuestra nación ya no sería el centro.

—Pero seguiríamos siendo el centro moral del mundo —intervino el senador Alonzo.

La agente Snell esta vez se quedó patidifusa. No sabía si el senador deliraba o hablaba seriamente. En cualquier caso, era asombroso. «Ya me gustaría verte, dentro de quince años y cuando Brasil domine el mundo, recibiendo a multimillonarios brasileños en un rancho de Arizona y convertido en una especie de guía moral, un bodhisattva, lo único, de hecho, a lo que podrías dedicarte», pensó la mujer para sus adentros mientras le miraba.

—Así es senador Alonzo —dijo la agente Snell—. Sin embargo, los contribuyentes norteamericanos confían en que mantendremos, al menos, su poder adquisitivo. Por ello creo que el oficial Smith debe explicar nuestro plan, cuyo objetivo no es otro que salvaguardar el poder de Norteamérica. Oficial Smith...

La agente Snell se había apoderado ya de la reunión y su jefe la dejaba dirigir a su antojo. Los demás, demasiado acostumbrados a reuniones en las que siempre se jugaba el destino del mundo, tenían ya prisa por terminar. De hecho, y mientras hacía como si dirigiera el proyecto, del que en realidad se encargaba Snell, Watson deseaba volver a sus vacaciones en Brasil para pasar el día tomando el sol en Copacabana. Por su lado, el doctor Moisés Alonso, con la información recibida acerca de la bolsa, tenía deseos ya de llegar a casa para reventar su ordenador analizando todas las cotizaciones, las de antes y las de después del crack. Al fin y al cabo, él también tenía una mente privilegiada, y aunque solo descubriese una ligera tendencia para invertir seguro, sería suficiente para convertirse en multimillonario. Finalmente, el senador Alonzo también sentía apremio por irse, pues había quedado con un corredor de fincas para ver una señorial mansión en Nuevo México, cerca de sus antepasados. La senadora Adams era la única a quien no le preocupaba llegar tarde a casa. Se acababa de divorciar y nadie la echaría de menos.

A Smith le tocaba ahora explicar el plan. Verdaderamente no le hacía demasiada gracia. Hubiese preferido estar dando tiros y oliendo a hombres en medio de la selva del Brasil, aunque no pudiera poseerlos. Y en realidad, si estaba allí era por Watson, al que le gustaba invitar a su cara bonita y luego humillarla. Por suerte, en la intimidad era él, Smith, quien dominaba. El hombre estaba asombrado al darse cuenta de que las personas que tenían que decidir jamás disponían de información de

primera mano. ¿Qué ocurriría si Napoleón o Alejandro, que dominaron el comercio, la guerra, la política y la cultura, hicieran acto de presencia en el mundo actual? Sin embargo, todos los dirigentes del mundo funcionaban de igual manera, por lo cual ninguno disponía de ventajas relativas con respecto a los otros, y el mundo seguía funcionando igual que en los tiempos de Alejandro. ¿Qué se deducía de todo ello? Que al mundo le importaba un carajo la excelencia de la acción humana. Sabía que existía un contrasentido en todo ello, pero parecía que a los hombres les daba igual que los dirigiera un borrego que un sabio. Y probablemente eso era así porque a los hombres les faltaba información de primera mano.

Smith se dispuso a explicar el plan.

—Nuestro plan consta de tres etapas. En la primera de ellas se neutraliza la potencia del enemigo, en la segunda se procede a recuperar a nuestros científicos y cualquier tipo de información sensible, y, finalmente en la tercera se aniquila cualquier rastro del ordenador, incluido sus infraestructuras.

—No quisiera desviarnos del tema —intervino Andrew Simpson—. Pero mi mujer y yo estábamos pensando en adoptar algún niño. ¿Sería posible esto, o están incluidos en las infraestructuras?

La agente Snell se anticipó a su jefe. Sabía que el problema de los niños era el problema más importante que tenían y había decidido ir personalmente ella con los comandos de ataque para tener información de primera mano sobre los pequeños y tomar una decisión. Y sabía que, tanto si estos eran considerados como infraestructuras como si eran considerados como información sensible o simplemente eran abandonados a su suerte, eso sería una mancha indeleble en su conciencia para siempre.

—Los niños serán entregados a sus progenitores y, si no los tienen, a las instituciones apropiadas —explicó Snell a Simpson. Luego con cierta ironía, añadió—: ¿Alguien más quiere un niño?

El agente Smith, al ver que se hizo un pequeño silencio, consideró que podía seguir hablando.

—Para llevar a cabo el plan trazado, contamos con helicópteros de combate y transporte. Anularemos previamente las comunicaciones del enemigo mediante una *ebomba*, una bomba que produce un apagón electrónico. Entraremos, rescataremos, saldremos y destruiremos. Este es nuestro ERSD, y se ejecutará de inmediato, a partir que le den su visto bueno.

—Bien, damas y caballeros —intervino James Watson—. En este plan solo interviene la NSA y ocurra lo que ocurra, permanecerá siempre en secreto. Les pedimos, pues, que den su visto bueno y estampen su firma electrónica con su código de seguridad. Tienen delante de cada uno de ustedes una hoja de firma en la pantalla de la tableta.

Todos los presentes firmaron cuando vieron que el senador Alonzo lo hacía.

—Gracias a todos. América se lo agradecerá —concluyó Watson.

La reunión se dio por concluida. Los presentes, excepto Watson y sus subordinados, abandonaron la sala. Habló entonces Watson.

—Cojonudo, agente Snell; adelante con nuestro plan. Ya dije que no hacía falta explicar demasiado: cuanto menos sepan, mejor. Y el procedimiento cuántico ha funcionado bastante bien a pesar de que el senador Alonzo se hizo un lío, probablemente porque no entiende bien nuestro idioma —dijo riéndose—, ¿no les parece?

—Desde luego —estuvo de acuerdo Jones—. Y ese que no ha dicho quién era, seguro que era del FBI y estaba aquí solamente para saber si nos chivábamos que metido en el ajo y además como un doble agente tienen a alguno de los suyos.

—Je, je. Seguro —dijo Watson—. Y si las cosas salen bien, sin comentarios, si salen mal la culpa será para ellos.

La agente. Snell no pudo evitar pensar en las dos veces que las cosas habían salido mal y que les había costado una sangría humana. Treinta y seis comandos muertos en dos operaciones dirigidas directamente por su inefable jefe y en contra de su parecer. Ella era la única que conocía de los que estaban allí, que además había dos policías de Homicidios, metidos en el embrollo. ¿Qué capullo los habría enviado allí? ¿Qué hacer con los niños? Esa última era la machacona pregunta que constantemente se hacía.

—¿Cuántas bajas actualizamos esta vez? —preguntó Smith.

—No lo sé —dijo Watson—. ¿Cuántas hay en espera?

—De las dos operaciones quedan treinta y cuatro. A dos ya los incorporamos a la acción de Oriente Medio. Pero de esa operación nos quedan cuatro. A uno lo podemos incorporar a la operación de Belfast, a otro, a la operación TRM, en Belgrado y los dos que quedan, pueden incorporarse a esta misma operación. Y seguimos con treinta y cuatro. Los podemos incorporar de golpe en esta operación, si no tenemos bajas.

—Excelente —dijo Watson—. Agente Snell, procure que no se descuadren las cuentas. —Y Watson se sonrió para adentro, asombrado de cómo a veces era tan ingenioso.

El doctor Havel se paseaba nervioso con las manos entrelazadas a su espalda. El mayor Axe lo estuvo observando un buen rato sin perder detalle hasta que finalmente, desentrelazando sus manos, el hombre se volvió hacia él.

—Nuestros inversores están preocupados —le dijo—. Parece que se está montando un buen revuelo allá fuera. Habrá que actuar con sumo cuidado.

—¡Que se jodan los inversores! —exclamó Axe—. Esta es una inversión de riesgo. Han de asumirlo.

—Desde luego —dijo Havel—. Pero nosotros nos jugamos también mucho.

—Sí. Nuestras vidas —remarcó Axe.

—¿Qué va a hacer ahora? —interrogó Havel.

—He puesto en marcha a los chavantes.

—¡Dios santo! A esos salvajes...

—Son muy efectivos —dijo Axe—. Recuerde que se deshicieron de los comandos americanos. Aunque es una pena, pues ya solo quedan ocho. Ayer me dijeron que dos de ellos se habían despedazado entre sí a mordiscos.

—¡Son antropófagos! —insistió Havel.

«Benditos antropófagos», pensó más bien Axe para sus adentros. De no haber sido por ellos estarían criando malvas. La sorpresa que se llevó el segundo comando americano cuando vino a rescatar al primero y se encontró con que se los estaban comiendo. Que carnicería se organizó.

—Si todo resulta como espero —continuó Axe—, tendremos a la niña y a los americanos en nuestro poder a más tardar al atardecer de mañana. Podrá interrogarles al día siguiente.

—Recuerde que la niña es sagrada —recordó Havel.

—No se preocupe que he tomado mis medidas —respondió Axe—. Yo mismo participaré en primera línea... Bueno en segunda... Detrás de los Chavantes. No es conveniente ponerse delante de esa jauría.

—¿Seguro que los podrá controlar? —insistió Havel.

—Seguro. Mi *katana* —y al decir esto se tocó el sable japonés que siempre portaba encima—, cortará la mano del que toque a la niña.

—Qué teatrero es usted —dijo Havel—. Me asombra.

Axe sintió un impulso homicida al oír expresarse de tal guisa a Havel. Lo reprimió acariciando la empuñadura del sable, extrayéndolo ligeramente de la vaina. Con las yemas de sus dedos acarició la hoja. Con ello consideró zanjada la afrenta a su Totsuka. Sin embargo no pudo reprimirse del todo y respondió a Havel.

—La próxima vez que vaya a Nueva York con la niña, será conveniente que vaya yo también. Por la seguridad de ambos.

—La niña ya no volverá a salir más de aquí —respondió Havel.

«Pues si ya no tienes que irte, a ver qué excusa te buscas ahora para marcharte a

ver a tu amiguita», pensó Axe. Y siguió ensimismado: «¿Qué tendrá esa mujer que una mulata no tenga el doble?».

—Está anocheciendo. Voy a comprobar que todo esté en orden —zanjó así Axe la conversación.

—Está bien. Mantégame informado de todo —decretó Havel.

La selva amaneció embrujada. Las neblinas del río se deshacían en jirones y por entre ellos los martín pescador zigzagueaban dejando destellos de azul eléctrico. Entre las copas de los árboles, una nutrida banda de monos cacajaos chillaba sin descanso mientras los guacamayos ara jacinto revoloteaban por las ramas. Los mosquitos y las moscas se arracimaban en enjambres buscando alimento, y no muy lejos, una especie de gaviotas volaba casi a ras de la superficie del río, bebiendo o pescando seguramente. El bullicio de vida y energía era inmenso. Las cotorras, garzas, somormujas y la vida en todas sus variedades parecía despertar con la llegada de la luz.

Xirú era el único que contemplaba todo el espectáculo. Estaba subido en la copa de un árbol y desde allí velaba el sueño de sus compañeros. El primero en despertarse fue Vasco que empezó a movilizar a los otros. Al cabo de un rato, todos estaban desayunando, aunque con expresión quejumbrosa y tratando de aliviar los dolores que el dormir directamente sobre el suelo de la selva había causado en sus cuerpos. Holme se palpó los relieves de la espalda, que sentía rígida y cargada pero no solo por haber dormido sobre tierra dura. Y es que aunque había empezado durmiendo al lado de Catherine para protegerla, a media noche Dede había despertado y se había acostado entre ambos, cogiéndole el brazo y poniéndolo encima de ella como para que le diera seguridad. El detective no se había atrevido entonces a retirarlo, y para mantenerlo allí había tenido que dormir toda la noche en la misma postura, lo que, ahora, le pasaba evidente factura.

—¡He soñado con una ducha de agua caliente! —exclamó Catherine con cierta melancolía en su voz—. ¿Sobreviviremos, Nic?

—No podemos volvernos atrás —dijo este—. Retroceder es más peligroso que seguir adelante. Sigamos con el plan, al menos hasta donde podamos. Quizás en la ciudad tengamos oportunidad de comunicarnos para pedir ayuda. Masha armará un buen revuelo, cuándo conozca nuestra situación.

—Yo estoy de acuerdo —intervino Oscar—. Si hemos llegado hasta aquí hemos de proseguir. ¿Usted qué opina Vasco?

—Lo mismo. Efectivamente no tenemos otra opción que seguir. Puede que más adelante se nos presente una oportunidad para regresar por el río, pero hasta entonces hemos de seguir.

—Quizás la niña tenga también algo que decir —intervino Catherine.

—Creo que todos tenéis razón —y miró a Catherine al decir esto—. La suerte está echada. —La expresión que había utilizado, resumía el pensamiento de todos, y continuó—. El propósito que nos guía es lo importante. Ahí cerca hay unos niños como yo... Sí, ya sé que podemos ser antipáticos y sabelotodos, pero no hemos tenido oportunidades para ser de otra forma. —Esta vez se dirigió a Nic—. Ayudadnos. Solo somos niños.

Catherine la abrazó impetuosamente, y ella se apretó a su cuerpo todavía con más fuerza. Holme se acercó entonces a ambas y acarició la coronilla de la niña. Vasco y Oscar se miraron. Allí, en medio de la selva amazónica, donde cualquier rastro humano era borrado de una estación a otra, quedaban aún, invisibles, rastros de emociones humanas, rastros que ni la misma jungla podía borrar. La llegada de Xirú y el hombre de Oscar volviendo de una exploración por los alrededores del campamento, les devolvió a todos al instante real. Se pusieron en marcha. Xirú se adelantó para explorar, y Vasco abría camino a machetazos para el resto. Por su lado, Holme protegía a la niña y a la mujer y Oscar y su hombre vigilaban la retaguardia. Sus cálculos eran llegar al atardecer a las proximidades de la fortaleza. No se molestaron en borrar sus huellas, los Tapirapés, caso de que los siguieran, que era lo más probable, eran capaces de seguir un rastro sobre el agua. Lo que sí convenía era darse prisa y llegar cuanto antes a la ciudad, porque quizás los Tapirapés, la considerasen una zona tabú y vedada al paso.

Por otra parte la presencia de los indígenas podía llegar a ser un serio problema caso de que tuvieran que regresar por la selva, y quizás sería conveniente construir almadias y volver por el río. En cualquier caso, en su momento se tomaría la decisión oportuna. Por ahora no eran más que planes alternativos, que podían acabar disolviéndose como un azucarillo en la boca a tenor de las circunstancias futuras.

Al cabo de una hora de marcha, Dede se puso a perseguir a una cría de cochinillo amazónico que atravesó de repente el sendero. Catherine se fue tras ella y ambas desaparecieron entre la vegetación. Al verlo, Holme les gritó que regresaran, y solo un instante después se oyeron varios gritos mezclados con los chillidos del cochinillo. Sin pensarlo un momento, Nic se lanzó en tromba y atravesó el follaje tras los pasos de la mujer y de la niña. Se detuvo en seco al llegar al borde de un agujero oculto por la maleza. Tendría unos cinco metros de diámetro y unos dos de profundidad, y un tronco de árbol, que parecía puesto allí con algún propósito, lo atravesaba de parte a parte a una altura de unos treinta centímetros de la superficie. Un metro más allá del tronco se hundían lenta pero inexorablemente en un pozo de arenas movedizas Catherine, la niña y el cochinillo. Rápidamente el detective se descolgó por el talud ayudándose de una liana y dio unos pasos sobre el tronco. Al ver que era algo inestable, se sentó en él y así fue poco a poco acercándose a horcajadas a la mujer y a la niña. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que era imposible salvarlas a ambas a la vez y que tenía que elegir. A Catherine el agua cenagosa le llegaba hasta el cuello, pues había luchado con ella tratando de auxiliar a la niña. A esta otra le cubría hasta el hombro.

—¡Salva a la niña! —le suplicó Catherine mirándolo profundamente.

Nic alargó entonces su brazo intentando alcanzar la mano de Dede, pero esta la retiró bruscamente.

—¡No! ¡Primero a Babe!

—¡Dede! —bramó Nic—. ¡Solo es un cerdo! —Mientras lo dijo miró

instintivamente a Catherine para ver cómo estaba, y a pesar de que las arenas le llegaban ya hasta el borde de los labios, le pareció que sonreía.

—¡He dicho que primero a Babe! —dijo la pequeña.

—¡Dede! ¡Por dios! —gritó de nuevo Nic, encontrándose con la misma respuesta.

—¡No! ¡Primero a Babe!

Holme accedió finalmente y alargó la mano hacia el cochinito, que no cesaba de gruñir y que estaba ya prácticamente hundido, manteniendo solo en el exterior la cabeza y una parte de la pezuña. Intentó rodearle el hocico con la mano, pero el animal le mordió.

—¿Quieres agarrarte bien, bandido?! —gritó malhumorado.

Entonces se sorprendió al ver que la niña, al escuchar esa frase suya, soltaba una risita, que se cortó por la entrada de arena y agua en su boca. Parecía increíble que incluso en esa situación pudiera conservar el humor. Rápidamente el hombre volvió a concentrarse en el cochinito y logró al fin atraparlo por el hocico. Luego fue alzando el brazo y haciendo que poco a poco el cuerpo del animal emergiera de las arenas. Cuando ya lo tuvo entero en el aire, lo bamboleó y con gran esfuerzo lo lanzó fuera de la charca. Las patas traseras cayeron de nuevo en el borde de la arena, pero haciendo contrapeso con el resto del cuerpo finalmente Babe se recuperó y dando gruñidos se perdió entre la maleza. Nic se volvió hacia Cat y Dede. No estaba seguro ya de poder salvar a ninguna de ellas. La niña le miraba sin parpadear, como si hubiera tomado conciencia física de la muerte, y Catherine miraba a ras de su propio rostro, pues apuntaba al cielo en un último intento de seguir respirando. En ese momento, Vasco y Xirú aparecieron al borde de la charca.

—¡Xirú! ¡La cerbatana! —le gritó Nic llevándose la mano a la boca.

El indígena comprendió de inmediato lo que se le ordenaba y con un movimiento de vaivén de la mano lanzó rotando y vertical la cerbatana. Nic la atrapó por el centro al vuelo, la asió de nuevo con un movimiento rápido por el extremo, y, alcanzando con el otro extremo el rostro de Catherine, le dijo casi sin respirar:

—*Catherin póntela en la boca.*

La mujer hizo un esfuerzo desesperado para sacar una mano y cogerla, y eso rompió el precario equilibrio que mantenía en las arenas, pues estas le cubrieron el rostro por completo. Sin embargo, fue solo un instante y pronto emergió de golpe y pudo embocarse la cerbatana. Nic, viendo, pues, que Catherine tenía una oportunidad, decidió ir a por la niña, de la que solo sobresalía ya la frente. Para ello hundió el antebrazo y la mano en aquellas arenas hasta que dio con el brazo de Dede y pudo tirar de él hacia sí. Al hacerlo, notó una tensión extraordinaria en sus músculos. Sus piernas, fuertemente apretadas al tronco tendido, formaban una especie de tenaza mientras con el brazo agarraba a la niña y tiraba con fuerza para sacarla. Justo en el momento en que sobresalió la cabeza, y como una garra de águila, la mano de Xirú hizo presa sobre su cabellera y empezó a tirar. Nic soltó entonces a la niña y viró su cuerpo hacia el lugar en el que se hundía Catherine. De las arenas sobresalía media

cerbatana. El detective se estiró y estiró hasta lo indecible y sumergió la mitad de su cuerpo y los brazos en las arenas. Cuando se encontró con el cuerpo de Cat, lo palpó hasta que dio con su cinturón. Entonces comenzó a tirar con fuerza, apoyándose en su pierna derecha y presintiendo que en cualquier momento podían romperse sus músculos. Justo entonces una mano comenzó a tirar de su cinturón, en un tiempo breve, pero que se hizo interminable, Catherine emergió finalmente y unos segundos después, se hallaba en la orilla, donde, exhausta, quedó tumbada boca abajo. Ya tranquilo, el detective se levantó como pudo y se acercó a Xirú, poniéndole su mano derecha encima del hombro. La mantuvo allí durante veinte largos segundos, sin fuerzas para decirle nada y mirándole a los ojos. Luego se acercó a Dede, que estaba acurrucada junto a Vasco, y le revolvió el pelo de la cabeza, quejándose esta mimosamente, pues todavía tenía el cuero cabelludo dolorido por el salvamento de Xirú.

—Si os parece, descansaremos una o dos horas y luego proseguiremos la marcha —sugirió Vasco.

Todos estuvieron de acuerdo. Después, Xirú desapareció para volver al poco rato y decirle algo al oído a Vasco, quien a continuación se dirigió a Nic y a Catherine:

—Xirú ha encontrado una poza a poca distancia. Os podéis bañar en ella. Él ya lo ha hecho.

Un cuarto de hora más tarde, Nic, Catherine y la niña, se bañaban en la charca. La pequeña Dede, sumergiéndose lentamente en el agua y con gran teatralidad, le mostraba a la pareja cómo la habían tragado las arenas. Cuando la niña estuvo bajo el agua, Catherine le dijo a Nic:

—¿Seguro que no te aprovechaste? Me dio la impresión de que me tocaste todo varias veces.

Nic respondió arrojándole agua a la cabeza por respuesta y ambos se echaron a reír. Entonces emergió la niña, que sin saber qué les causaba tanta gracia, también rompió a reír.

—A ver quién llega antes —retó entonces Nic a la niña, que se puso inmediatamente en marcha hacia la orilla y antes de ir tras ella, el detective se dirigió a Cat un momento.

—¿Sabes? —le dijo—. La niña te adora. Te imitó: tú antepusiste tu vida a la de ella y ella antepuso la del cochinito a la suya.

Y sin esperar respuesta se puso a bracear hacia la orilla, pues la niña le estaba mirando con cara de engañada. Poco después se pusieron en marcha hacia el lugar dónde estaban el resto de sus compañeros, pero antes y con gran ceremonia, la niña le dio un beso en la mano que aún tenía las marcas de los dientes del cochinito.

A media tarde, y cuándo el grueso de la expedición estaba atravesando un claro formado por la caída de varios árboles abatidos por los rayos de una tormenta, apareció Xirú corriendo y con el rostro demudado. Vasco se adelantó a recibirle, habló con él durante unos pocos instantes y luego se volvió hacia Holme.

—No entiendo lo que me está diciendo Xirú —le dijo—. Parece que ha debido ver algo. Voy a adelantarme con él. Regresaremos enseguida.

Reaparecieron por entre el follaje al cabo de una hora mientras todos, expectantes, les miraban. Vasco se acomodó y no prolongó más el silencio.

—A un kilómetro de aquí aproximadamente hay unas construcciones ciclópeas —informó—. Imagino que será la famosa ciudad de Fawcett, que en realidad no creí que existiese. Desde lo alto de las murallas se divisa lo que tiene que ser forzosamente el complejo, con una cúpula arbolada.

—¡Entonces, es cierto! —exclamó Holme—. La ciudad existe... Y lo que Dede nos ha contado de ella...

—Será verdadero —continuó su frase Vasco—. Sugiero si os parece bien, que pernoctemos hoy a los pies de la muralla y que mañana tratemos de buscar el modo de entrar con la ayuda de la niña.

—Me parece bien —asintió Oscar, y todos aprobaron con la cabeza.

—Me sigo preguntando cómo saldremos de allí si es que conseguimos entrar —dijo Catherine.

—Os ayudaremos —dijo Dede.

—¿Y cómo lo haréis? —interrogó Catherine.

—Verás, hay un pasadizo y nadie más que nosotros, los niños lo conoce. Es la misma salida que utilizó tu papá, el doctor Monroe.

—Sí... Gracias por ayudar a mi padre, Dede —dijo Catherine volviendo la cabeza para ocultar sus lágrimas.

—De nada... —respondió la niña, cuya intención no había sido hacerla llorar.

—Sigue, Dede, por favor —la instó entonces a continuar Nic.

—Pues bien, descubrimos un pasadizo de salida por el que el padre de Cat escapó sin que ellos supieran nunca cómo lo había logrado. Recuerdo que yo y los otros niños nos burlábamos de ellos a sus espaldas mensajeándonos entre nosotros. Luego un compañero nuestro, un niño que se llama Kappa, vio cómo el mayor Axe agarraba del brazo y tiraba al suelo al amigo del doctor Monroe, el doctor Iranzo. Ya no volvimos a verlo más. Quizás lo tengan encerrado, o eso creemos al menos.

—¡El doctor Iranzo! —exclamó Catherine—. Se lo dio por desaparecido en el mar. Ocurrió poco tiempo después de la desaparición de mi padre.

—Otro científico que desaparece —dijo Holme—. Y todos reaparecen en medio de esta jungla. ¿Le conocías? —preguntó a Catherine.

—Estaba considerado un físico matemático de primer orden, especialista en

paradojas lógicas y geométricas y..., bueno, eso lo hacía en sus ratos libres..., en los viajes por el espacio-tiempo.

—Tu padre y el doctor Iranzo —dijo Dede— eran los últimos *faustos* que quedaban en la ciudad.

—¿Faustos? —interrogó Catherine.

—Sí. Así se les llamaba a todos los que se incorporaban al proyecto por propia voluntad y por el afán de saber. Excepto el doctor Li Po y sus dos ayudantes la doctora Chen Tzu y el doctor Chevalier, que dirigen el proyecto desde el comienzo, el resto han sido todos *faustos*. Solo quedan ellos tres y algún profesor.

—¿Y niños cuántos quedan? —preguntó Vasco.

—Veinticuatro niños, contándome a mí. Al principio éramos cientos, y nos hicieron tests, muchísimos tests. Sin embargo, y dado que éramos todavía muy pequeños, recuerdo muy vagamente lo que nos preguntaban. En cualquier caso, de entre nosotros, seleccionaron a cien, y de estos cien ya solo quedamos veinticuatro.

—¿Y qué ha ocurrido con los demás? —inquirió de nuevo Vasco.

—Ya no están. —La voz de la niña tembló ligeramente.

—¿Quieres decir que han muerto?

—Sí. Bueno, alguno quizás no. Muchos niños se quedaron catatónicos, otros dejaron de hablar o perdieron sus aptitudes. Y al menos tres se suicidaron. Hubo otros que no querían moverse de un rincón y que, en cuanto su espalda no tocaba las dos paredes de la esquina, lloraban y gritaban con todas sus fuerzas. Para trasladarlos, los hombres de bata blanca los metían en una caja con ruedas. También, cada vez hay menos personas. Los helicópteros negros ya solo vienen de vez en cuando.

—¡Qué horror! ¿Helicópteros negros? —preguntó Holme, a la vez que hacía un gesto interrogativo.

—Sí —contestó Dede—. Así les llaman. El que viaja en ellos no puede ver nada. Los usan para traer y llevar a todo el que ha estado aquí, para que nadie conozca dónde se halla la ciudad.

—Y hay menos helicópteros porque cada vez hay menos gente, ¿verdad? —intervino Catherine.

—Así es —contestó Dede.

—¿Cuántas personas quedan? —interrogó Oscar.

—Entre guardias, técnicos, científicos y nuestras cuidadoras, unas doscientas personas. Los obreros, capataces e ingenieros que han construido los pabellones, llegaron a ser más de quinientos. Pero hoy ya está todo terminado y por tanto ya no queda ninguno de ellos. Luego, también están los Chavantes.

—¿Los qué? —preguntó Holme.

—Os lo dije: caníbales..., y os reísteis —contestó la niña.

—Ah, es verdad... —balbuceó Nic.

—Son indios Chavantes que el mayor Axe ha domesticado. Solo le obedecen a él. Algunos de ellos están locos.

—El mal de Kreuzel-Jakob —intervino Vasco, como surgiendo de una larga meditación—. Se contrae por comer cerebros humanos. Algunas ideas no son nada digestivas —remató su intervención con el ánimo de rebajar su tremebunda afirmación.

La niña había tenido otras veces, pocas, largos parlamentos. Sin embargo, en ese momento parecía predispuesta a estar horas hablando sin parar. La certidumbre de estar en las puertas de la ciudad y los días pasados junto a Catherine y Nic habían eliminado las reservas que siempre mostraba al hablar de la ciudad. La pregunta clave, a qué se dedicaba aquella gente, y la posibilidad de que la niña se lo hubiese reservado, había empezado a bullir desde hacía un rato en la mente de todos. Al fin, fue Catherine la que finalmente se adelantó a los demás.

—¿Conoces cuál es el objeto del proyecto? —le preguntó.

La niña miró inmediatamente hacia el suelo, como pensando. Esa pregunta ya se la habían hecho otras veces y siempre había dado evasivas.

—Solamente a medias. El objetivo final solo lo conoce el doctor Li-Po y el señor Havel. Creo que nadie más lo conoce.

—Ni siquiera intuís cual puede ser —insistió Holme.

—Los niños manejamos las máquinas —respondió Dede—. El doctor Monroe me dijo que somos como pilotos de Fórmula 1 y que la velocidad es el tiempo.

—¿La velocidad es el tiempo? —preguntó Vasco.

—Yo no lo entendía tampoco y el doctor Monroe, cogió un día un libro de historia y, señalando el final del mismo, me dijo: «¿Ves? Nosotros estamos aquí, al final del libro. Lo llamamos presente. Si quieres ir al principio del libro, por ejemplo a la construcción de las Pirámides de Egipto hace cuatro mil quinientos años, has de pasar sus páginas hasta llegar a su comienzo. Supón que sean cien páginas. ¿A qué velocidad has llegado a las Pirámides? A cuarenta y cinco años por página. Esta es la velocidad del tiempo».

—Te has explicado estupendamente, Dedé —dijo Holme—, pero no he entendido gran cosa. ¿Quizás alguno de vosotros sí? —dijo, interrogando con la mirada a los demás.

Todos negaron con la cabeza. Aunque Vasco lo hizo por camaradería con todos los demás, pues él realmente si creía entender algo. Se trata de una descripción del tiempo estratigráfica.

—Tendremos que hablar con ese tal Li-Po o con Havel —dijo Vasco—. Espero que compartan amablemente su secreto con nosotros. Sin embargo —añadió dirigiéndose a Dede—, hay algo que no me encaja del todo: una vez que el mecanismo o la máquina o lo que sea, se ponga en marcha, ¿qué podría impedirles prescindir también de vosotros?

—La restricción de Sísifo —contestó Dede sin dudar.

—Nunca he oído hablar de ello —dijo Vasco, que consideraba a gala, estar al tanto de todo el conocimiento puntero que se creaba en el mundo, a pesar de vivir en

el Amazonas.

—Todos conocéis la historia —habló Dede—. Sísifo subió una enorme piedra a la cumbre de una montaña y esta cayó, la volvió a subir y volvió a caer, y así continuamente. Los dioses le castigaron a permanecer así por toda la eternidad. Puesto que todos los procesos tienen un punto de equilibrio y después se desorganizan hay que crear un programa recuperador de la autoconfiguración que devuelva el programa madre a su equilibrio. La cuestión es que el programa recuperador del equilibrio, es de mayor tamaño que el propio programa que se desequilibra y, a su vez, necesita también de un programa recuperador. Y así hasta el infinito. Durante el proyecto se ha descubierto y probado este hecho fundamental, los programas fallan, aunque sean súper redundantes, es decir, aunque se los proteja a cualquier precio para que no cometan un fallo, fallarán en algún momento inesperado. Entonces, por decirlo de algún modo, se vuelven caóticos, y es imposible que recuperen su estado, aun contando con un programa de autoconfiguración. Enferman y, para recobrar su salud, nos necesitan a nosotros.

—Maravilloso —exclamó Vasco—. Me recuerda al Sensorium Dei de Newton: el dedo de Dios, corrigiendo en algún momento de la eternidad las orbitas de los planetas que a la larga acaban desestabilizándose.

—Los pequeños dioses, así nos llama la doctora Chen Tzu a los niños —dijo Dede.

—Pequeños dioses, esclavos de criminales —añadió Holme.

—¿Qué es lo que hacéis, exactamente, los niños? —preguntó Vasco.

—Buscamos lo que nos dicen. El doctor Iranzo, dijo que éramos como tuneladoras o topos que excavábamos el tiempo. Él nos llamaba «los topillos». Tenemos una bola en cada mano, que maneja el haz —la niña, levantó las manos y movió los dedos—. Lo dirigimos a nuestro antojo, y podemos ver..., el cine del tiempo. Grabamos y grabamos y grabamos, siguiendo las coordenadas, aunque, muchas veces, las personas no están donde marcan las coordenadas y hay que buscarlas. Si te equivocas, las puedes borrar. Hay que mover las manos con mucho cuidado. Yo borré las palabras que escribió un hombre en la arena y al que los que acompañaban llamaban Yeshua. El doctor Li Po se enfadó muchísimo conmigo, y no me dejó continuar. También, me castigó sin cenar.

—Yeshua. Jesús —dijo Vasco—. ¿Lo viste?

—Sí. Al hombre lo clavaron en una cruz y gritó antes de morir: «¡Elí, Elí!, ¿lemá sabactaní?».

—«¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?» —repitió Vasco.

Todos quedaron impresionados por el discurso de Dede. Sus palabras que habían ascendido acompañando a las lianas por entre los enormes árboles gomeros y los mangles hasta alcanzar los epifitos que se hallaban en las cumbres arbóreas, causaron asombro y sorpresa, en los que la escuchaban.

De común acuerdo y sin apenas hablar, todos se dispusieron ahora para pasar la

noche y prepararse para el día siguiente, todos excepto Xirú, que se había adelantado y estaba ya posicionado en una especie de torreón desde el que dominaba toda la escena. Vasco fue el primero en echarse a dormir, y Dede, agotada, le imitó rápidamente. Por su lado, Oscar, ayudado por su hombre, estuvo preparando el ordenador junto con la cámara y la batería.

Catherine fue tras Holme, que se había alejado y palpaba la sillería de la construcción a cuyo pie se habían guarecido. Se hallaba de espaldas a ella, y en cuanto esta se acercó detectó rápidamente y sin siquiera girarse la fragancia que su piel desprendía.

Al sentir detrás suyo a Catherine, dijo:

—Es una muralla oscura como la noche sin luna. ¿Quién la habrá construido? ¿Las Amazonas?

—Seguro que una civilización de mujeres y hombres —respondió Catherine.

—La piedra no parece de este mundo —dijo Holme.

Catherine, se aproximó más a él. Sobre el fondo pétreo la espalda de Holme invitaba a tocarla. Puso su mano sobre su hombro y sin quererlo las yemas de sus dedos rozaron la piel a través de un desgarró de la camisa. Catherine sintió un estremecimiento y adelantó los dedos de la otra mano hasta tocar la piedra, que aún seguía caliente por el sol recibido durante el día. A pocos centímetros, la mano de Nic descansaba también sobre la muralla. Tragando saliva y conteniendo la respiración, la doctora Monroe deslizó de nuevo sus dedos hasta tocar los de él. Una corriente pareció establecerse entonces entre ambos y el detective se volvió hacia ella.

—¡Me parece imposible que estemos aquí! —exclamó Catherine mirándole a los ojos—. Hasta ahora pensaba que yo era una persona racional pero ahora lo dudo. Las circunstancias que se han dado para que estemos en la selva al pie de esta muralla, no parecen reales. Más bien son como un sueño o una pesadilla.

—Circunstancias —siguió Holme—, equívocos, mentiras y medias verdades, y además una niña. ¿Estamos locos?

Ambos se miraron, mientras, radiante, la luna surgía sobre la pluvisilva y se recortaban en sus caras las hojas de un árbol del plátano. Y, de pronto, como puestos en marcha por alguno de los rayos argénteos, sus cuerpos se aproximaron el uno al otro. Se abrazaron tiernamente y las bocas de ambos se encontraron. Los carnosos labios de ella se abrieron para dejar pasar la lengua de él. En ese momento, sobre la tierra del guazú y bañados por la luz de la luna, sintieron que sus vidas gozaban de un momento de esplendor.

Faltaba poco para amanecer y sobre aquel lugar de la selva, se cernían funestos acontecimientos. Todos estaban listos para la acción. Sus posiciones estratégicas estaban claras. Si el grupo de la niña se hallaba situado sobre el centro de las manecillas de un reloj, el mayor Axe, sus guardias y sus indígenas antropófagos se hallaban sobre la marca horaria de las doce. En las nueve se situaba un comando de la corporación, y en las seis estaba el detective Reginald Memphis con sus hombres, el sargento y el teniente. Varios indios tapirapés esperando al acecho estaban diseminados en un arco que se iniciaba en las siete y que acababa en las cuatro. Formando una tangente a las tres, el río representaba un muro insalvable de agua. Si desde el centro de las agujas del reloj se tendía una línea recta que pasase por entre las dos y las tres, en un punto de ella, todavía a cierta distancia para ser percibido por los radares de la fortaleza, el comando de la NSA se aproximaba raudamente a bordo de sus helicópteros. Todos los involucrados que iban a protagonizar la acción eran ajenos a la presencia de los demás. A lo sumo, conocerían a otro actor. Nadie podía ser capaz de prever el desarrollo de los acontecimientos, que se configuraban como una bandada de aves descendiendo sobre una charca; nadie podía ser capaz de averiguar dónde se posaría cada ave.

Las plantas epifitas, parecidas a las orquídeas que medraban en el dosel del bosque amazónico, fueron las primeras en recibir los primeros rayos del sol. Un poco después, Xirú también los sintió. Desperezándose como un mono aullador, descendió de la copa dónde había dormido, y se deslizó a través del tronco del árbol ayudándose de las lianas que colgaban hasta el suelo. Aunque era un ser muy primitivo, su inteligencia natural, le permitió discernir que a los primeros a los que había que despertar eran Catherine y Holme, que se arrebujaban uno junto al otro, al lado de un rastro de hierbas aplastadas por el rodar y el trajín nocturno. Después, Xirú despertó a Vasco. El resto de los durmientes lo hizo con los primeros sonidos del día. Enseguida, una vez levantados, se repartieron las tareas entre todos, y media hora más tarde la pequeña comitiva se ponía en marcha. Deambularon durante tres cuartos de hora en torno de las murallas, buscando un paso a través de ellas. Por fin Xirú encontró un corredor, que parecía haber sido una antigua puerta. Se hallaba medio derruido, pero permitía apreciar las ciclópeas dimensiones que tuvo en su día la ciudad. Al penetrar en lo que ahora era un inmenso recinto, observaron la hercúlea tarea realizada por la naturaleza, gracias al inexorable transcurso del tiempo, desde que la ciudad fue abandonada por causas desconocidas: enormes piedras se hallaban esparcidas, cubiertas por matas y arbustos que convertían aquel patio en extensión de la misma selva. Gruesas raíces sobresalían por debajo de los muros que habían sido derribados mientras, enfrente, gigantescos árboles se erguían enhiestos y aprovechándose de la falta de competencia en aquel lugar. Existía, en el interior, una cantera, cosa muy curiosa pero que se explicaría por la necesidad de que fuese protegida. Una cantera en

medio de la selva era más valiosa que una mina de oro en California. La piedra de la cantera debía de tener origen meteorítico, ya que se hallaba incrustada en un gran socavón alrededor del cual descansaba la ciudad dentro de un cráter. Apenas eran perceptibles estos hechos, pues la vegetación y las enormes construcciones que aún quedaban en pie obstaculizaban cualquier apreciación.

Mientras tanto, a no mucha distancia de allí, Reginald Memphis avanzaba sudoroso, y dando machetazos a las lianas que entorpecían su camino. Le seguían sus hombres y el sargento y el teniente. Un cuarto de hora antes había hablado con el mayor Axe, que le había dado instrucciones concretas sobre cómo proceder: atraparían a la niña en medio de las ruinas de la ciudad. Axe les cerraría el frente mientras Memphis y los suyos les cortaban la retirada y otro grupo armado les impedía el paso por el oeste. De repente, Memphis se volvió hacia sus hombres levantando la mano e indicándoles que parasen. Lugo hizo un gesto y, en un abrir y cerrar de ojos, estos rodearon al teniente y al sargento y los desarmaron y encañonaron.

—¿Qué carajo están haciendo? —gruñó el teniente.

—De momento aquí se acaba vuestro viaje —le dijo Memphis—. Luego, una vez que hayamos cogido a esos cabrones, volveremos por vosotros. —A continuación dirigiéndose a sus secuaces, gritó—: ¡Atadlos y amordazarlos! ¡Amarradlos a ese árbol!

—Ya decía yo que esto no me olía nada bien... —se quejó el teniente al sargento.

Sin embargo, McMurray ni siquiera tuvo tiempo de contestar, porque ya le habían llenado la boca con un pañuelo que seguro que no estaba reservado para esa labor y se habían asegurado de que no fuera escupido ayudándose de una cinta recién quitada de una frente sudorosa. Con el teniente operaron de igual manera. Sin embargo, y como al parecer los hombres de Memphis no querían poner otro pañuelo propio, rebuscaron en las ropas del teniente hasta que encontraron en su bolsillo unos cuantos papeles que podrían servirles para el mismo fin, en concreto unos documentos indispensables para proceder a la detención de personas en un país extranjero. Con horror, el teniente Klein vio cómo hacían con ellos una pelota para metérsela luego bien apretada en su boca. Para evitar que la expidiera, se la sujetaron además con su propio cinturón, de manera que, en un breve lapso de tiempo, el pantalón que vestía se le deslizó hasta los pies. Al ver sus calzoncillos, que eran de peces de colores y que le llegaban hasta el tobillo, los facinerosos, incluyendo el propio Memphis, explotaron en una zafia risotada. Por su lado, las risas del sargento quedaron primero contenidas por el pañuelo con el que había sido amordazado y después poco a poco fueron empezando a causarle asfixia. Fue el propio Memphis quien se percató de ello y lo ayudó aflojando un poco la presión de la cinta sobre su boca.

—A partir de ahora, silencio absoluto.

Todos miraron por última vez al teniente que tenía la cara enrojecida por el bochorno sufrido y al verle así, otra vez, volvieron a estallar en risas. El teniente, de

haber podido, los hubiera fulminado allí mismo, incluyendo al sargento.

Llevaban ya un rato avanzando de nuevo por el camino cuando Memphis otra vez los detuvo indicándoles con el brazo que parasen su marcha. Muy cerca, como a unos cien metros, le pareció haber visto algo. Entonces se subió sobre un enorme tronco inclinado abatido por otro que había sido alcanzado por un rayo. Desde lo alto, divisó un pequeño claro y, al fondo, entre los huecos del follaje, vio a los perseguidos. Al fin los tenía enfrente.

Cogió su teléfono y envió rápidamente un mensaje de texto: «Les tengo a la vista, ¿hago?». «¿Qué coño dice?», se limitó a responderle el mayor. Memphis, sumamente irritado por la pertinaz idiotez de su jefe, se puso a teclear de nuevo en el móvil. «Puedo verles y olerles el culo. Espero instrucciones», concluyó al fin. Estaba ya harto de Axe. Había tenido diversos encontronazos con su carácter hosco e impertinente. Él se consideraba un mercenario, desde luego que sí, pero lo cierto es que solo le podían alquilar. No estaba en venta ni se dejaba comprar. Era su manera de mantener su integridad moral. Y, sin embargo, el mayor se la pisoteaba siempre que podía. En la agencia donde trabajaba, cada vez que había un ascenso el primer descarte era él, y eso teniendo en cuenta que, formando una masa con la substancia gris de los cinco niveles jerárquicos que habían allí por encima de él, esta no alcanzaba a rellenar uno solo de los surcos de su cerebro. La llegada del mensaje de Axe sonando en el móvil interrumpió sus reflexiones. «Muérdaselo», le decía. Tuvo que reconocer que en esta ocasión le había sorprendido. Se dirigió a sus hombres:

—Les tenemos delante, chicos. Las órdenes son ir al ataque, pero con cuidado; que nadie dispare hasta que yo dé la orden, ¿entendido?

Todos asintieron a la vez. A continuación, empezaron a desplegarse formando un arco que se iba ensanchando cada vez más a medida que avanzaban. De vez en cuando podían ver a los perseguidos a través de las hojas y las ramas. Estaban realmente muy cerca de ellos.

El mayor Axe coordinaba la operación envolvente. Había ordenado a los chavantes colocarse en primera línea, en cuclillas, apostados para saltar por sorpresa sobre el grupo que se acercaba. Enfrente había un claro de suficientes dimensiones para acogerlo entero, así que niña y compañía no tendrían más opción que rendirse. Además, otro comando se acercaba rápidamente a ellos desde el oeste y, si intentaban retroceder, el negro les cerraría la retirada por detrás. Todo estaba calculado al milímetro. Conocía la fuerza del enemigo y su posición exacta y tenía su objetivo claro: atraparlos a todos, a la niña sana y salva, y al resto, en la medida de lo posible, también. De repente, se empezó a oír como un murmullo sordo que iba creciendo haciéndose cada vez más audible y que dejó al mayor estupefacto. «¡Helicópteros! ¿Cómo es posible que no me hayan avisado?», pensó. Miró entonces su comunicador. Estaba apagado. La rabia le inundó hasta anegarlo completamente. Si otro hubiese cometido tal fallo, le habría metido su katana hasta la empuñadura. Su estupor fue en aumento al ver aparecer ocho helicópteros que empezaron a descender sobre el claro.

No podía creer lo que estaba viendo. De hecho, tampoco ninguno de sus hombres podía creerlo y todos miraban hacia arriba con los ojos como platos.

A bordo de los helicópteros, los comandos de élite de la NSA se prepararon para el aterrizaje. En dos de ellos viajaban la agente Lara Snell y su jefe Watson respectivamente. En este último, además, iba también Smith, el agente que Watson tenía amancebado. Lo pilotaba el propio Watson, según decía para recordar sus aventuras en Afganistán, aunque para la agente Lara Snell solo era una estupidez más de las suyas, pues tenía más horas en simulador de vuelo que en vuelo real. Los helicópteros fueron posándose sobre el claro. Los primeros comandos que descendieron se dirigieron raudos hacia las rocas para ocupar posiciones defensivas, mientras que los demás fueron derechos hacia los chavantes, que les esperaban salivando en el lindero del bosque. Momentos más tarde, los tres comandos deslizados entre las hierbas eran degollados sin remedio. El resto presentaba una cruenta batalla, llevándose primero por delante a cuatro chavantes, pero poco a poco encontrando más dificultades. Para empeorar las cosas, el último de los helicópteros, que no acababa de posarse y que estaba pilotado por Watson, al fin descendió, pero lo hizo justo sobre una piedra enorme cubierta de musgo. La agente Snell, que con varios de sus hombres estaba cuerpo a tierra, presintió el desastre. Un par de segundos más tarde, Watson, junto con Smith y el resto de los comandos, eran carbonizados por la tremenda explosión y el fuego subsiguiente. Al menos tres hombres más que rodeaban el helicóptero, rodilla en tierra, formando un arco defensivo, murieron en el acto. La agente Snell lamentó que todas aquellas vidas se hubieran ido al infierno, excepto que lo hubiera hecho la de Watson, por quien sentía un desprecio absoluto. Muerto este, pasaba a ser ahora ella la comandante en jefe. Ordenó, pues, replegarse hacia el sur. En ese momento, otro helicóptero comenzó a arder y sus hombres comenzaron a responder a los disparos que venían del norte y del este. Hacia el sur se encontraba Memphis, que observaba desde lejos todo lo que estaba pasando. Había decidido no atacar a sus compatriotas a menos que fuera estrictamente necesario, y solo ahora que la cosa se estaba agravando ordenó finalmente a sus hombres disparar. El mayor Axe estaría preguntándose por qué no lo había hecho desde hacía ya rato. Aunque él tenía una coartada excelente: la niña estaba en medio.

Los disparos de los hombres de Memphis pasaron por encima de las cabezas de Holme y su grupo, que estaban parapetados tras unas piedras desde que oyeron a los helicópteros, y al menos cuatro comandos fueron abatidos antes de darse cuenta de que les disparaban desde su espalda. La agente Snell oyó entonces unos gritos.

—¡Aquí! ¡Aquí! —decía una voz. Era Holme, cuyo grupo había unido su fuego al de la NSA.

Axe ordenó a parte de sus hombres hacer fuego sobre el grupo del detective. Confiaba que la niña estaría protegida, pero no tenía más remedio que correr ese riesgo: sus hombres caían como moscas y, aunque seguían siendo superiores en

número, salvo una pequeña unidad de diez estaban ya todos en el centro de combate. El fragor de la batalla había subyugado al ruido de la selva cuando, de repente, se escuchó un griterío salvaje: eran los tapirapés, que atacaban a los hombres de Memphis. Estos fueron pillados por sorpresa, y aunque dieron cuenta de al menos una docena de ellos, fueron abatidos a machetazos y rematados cada uno por varias jabalinas. A Memphis le salvó aparentemente su patriotismo, el hecho de haberse apartado de sus hombres para que no se dieran cuenta de que no disparaba ni un tiro contra sus compatriotas, aparentemente porque, algo más tarde, fue igualmente descubierto por los indígenas, encontrándose en el aprieto inesperado de que para salvar su vida solo podía huir en dirección a los perseguidos. Descargó su arma sobre dos tapirapés y salió corriendo sin pensarlo dos veces. Inmediatamente, una docena de ellos se puso a perseguirlo. Y eso fue, en concreto, lo que realmente le salvó la vida, pues, de no tener detrás a los indígenas, lo hubiesen abatido de un disparo o bien los comandos de la NSA o bien el grupo de la niña.

—¡No disparen! ¡Soy del FBI! —empezó a gritar hasta quedarse sin resuello.

Al oírlo, Vasco y Oscar abatieron a sus perseguidores, que, por correr contra las balas, fueron blancos sumamente fáciles. Algunos comandos de la NSA que se habían guarecido entre las piedras pararon ahora la ofensiva de los tapirapés con sus armas automáticas, causando una carnicería y reduciéndolos a un puñado. A partir de ese momento, los indígenas dejaron de ser un problema: se sumergieron de nuevo dentro de la selva y desaparecieron.

Memphis alucinaba. Acababa de ser salvado por los que perseguía y se encontraba parapetado junto a ellos. No sabía si reír o llorar. Vasco no le quitaba el ojo de encima. Con un gesto, le indicó que estuviera atento a la dirección por la cual habían salido precipitados los tapirapés, por si acaso les daba por volver a aparecer. «Madre mía... Ahora solo haría falta que Axe me viese disparando contra sus hombres...», pensó él.

El mayor Axe ya había ordenado a sus hombres cerrar el cordón ofensivo en torno al grupo de comandos de la NSA y de la niña. Había sufrido cuantiosas bajas, pero aún mantenía una superioridad numérica abrumadora. Según sus cálculos, cinco a uno. El asedio podía durar bastante. Los perseguidos y los comandos de la NSA se encontraban bien parapetados tras las rocas y piedras, pero no se les podía sacar de allí a base de tiro limpio, pues la niña correría un inmenso peligro. Sin tener clara la mejor opción a seguir, Axe decidió esperar. Llamó a Havel y le informó de la situación procurando destacar los aspectos más positivos de la misma. También se encargó de hacer traer avituallamiento, pues el cerco duraría al menos hasta la noche, en la que seguramente ordenaría a los chavantes hacer un asalto silencioso.

En el parapeto, la situación no era precisamente buena. El grupo de Holme había perdido un hombre, el último de Oscar. Además, tanto este como Vasco estaban ligeramente heridos, y Xirú y Holme tenían algunos rasguños. Solo la niña y Catherine estaban sanas y salvas. Por otro lado, el grupo de comandos formado por la

agente Snell y seis supervivientes más estaba deshecho: dos comandos agonizaban, un tercero estaba inconsciente y probablemente moriría en una o dos horas, y, finalmente, otro más estaba herido de gravedad, siendo por tanto solamente la agente y un par de comandos los que estaban íntegros. El imprevisto campo de batalla estaba cubierto de cadáveres y de restos de varios helicópteros, aunque un par de ellos estaban todavía intactos. También en las lindes de la selva se veían numerosos cadáveres, y ya, dentro del lindero, los de los tapirapés. Todo el combate apenas había durado quince minutos, pero había dejado un saldo de más de cien muertos. Aunque la agente Snell y sus hombres sanos empezaron en principio a atender a todos los heridos, al poco rato, y dándose cuenta de que la mayoría de ellos estaban ya en el andén que lleva al otro mundo, terminaron dedicándose en exclusiva a unos pocos. Mientras, el fuego graneado había cesado y había sido sustituido por algún disparo cada diez o quince minutos, cuando algún tirador creía percibir la posibilidad de hacer blanco. En la práctica, había vuelto en calma.

La agente Snell, se recostó contra la roca más grande, quitándose el casco que tenía una abolladura, probablemente producida por alguna esquirla de los helicópteros. A su lado se sentaron Holme, Vasco y Catherine con la niña, a la que tenía abrazada, protegiéndola como un escudo humano. Memphis, estaba al fondo, a unos cinco metros, junto con Oscar. Y Xirú, mientras, escudriñaba la selva, en busca de una vía de escape. Los dos comandos tenían sus fusiles sobre sus rodillas y miraban pensativos a su alrededor.

—¡Creo que le toca a usted explicarse! —se dirigió Holme a la agente Snell.

—Yo también lo creo —respondió la agente—, nos han salvado la vida y le doy las gracias por ello. No sé si están al corriente de lo que se está cocinando, pero imagino que igual saben más que yo, al menos no han caído en una emboscada tan estúpida. Me parece imposible que nos estuvieran esperando.

—Y no lo estaban —afirmó Holme—. La emboscada era para nosotros y dio la casualidad que aparecieron ustedes.

—En cierto modo —intervino Vasco— también ustedes han salvado nuestra vida. Compartamos toda la información de que disponemos. Salta a la vista que nos va a tocar perder. Estamos peor que una caravana de carretas rodeada por los indios. A menos que tenga un Séptimo de Caballería en su manga.

La agente Snell sonrió, hizo las presentaciones de sus hombres y de ella misma y recibió las de los demás por boca de Holme. A continuación, comenzó a detallarles todo lo que sabía.

—Ahí delante —dijo indicando expresivamente con las manos— una organización criminal está desarrollando un proyecto desconocido. Sabemos que utilizan criaturas como esta niña que tienen y que raptaron en Nueva York —añadió mirando a Dede—. Por supuesto, no les estábamos persiguiendo por ello. Nuestro objetivo es destruir la organización criminal. Si conocen para qué utilizan los niños, díganmelo, pues es una parte de mi misión el averiguarlo. —Luego hizo una pequeña

pausa y, finalmente, terminó su parlamento—. Imagino que la niña les habrá contado para qué los necesitan...

—Más o menos —dijo Holme—, pero ignoramos el objetivo final que persiguen. ¿No es así, Dede?

—La niña no lo sabe, Nic —interrumpió Catherine con ademán de enfado.

—Lo siento, Catherine. Perdóname Dede.

—Está bien —intervino Vasco—. Creo que nadie de nosotros sabe gran cosa y va a ser difícil averiguarlo después de muertos. A no ser que este muchacho —dijo levantando la voz y dirigiéndose a Memphis— nos diga si sabe a ciencia cierta por qué está aquí.

Memphis tenía el cerebro a plena potencia. Había ideado varias explicaciones para cuando se las pidieran, pero las había ido descartando todas. Finalmente, se había decidido por una, por la que le pareció más verosímil y que encajaba en gran parte con la verdad.

—Con dos policías del área de homicidios de Nueva York y un par de guías, les hemos venido siguiendo para detenerles —empezó explicando—. Luego los indígenas nos han atacado por sorpresa y hemos echado a correr todos, cada uno en una dirección. Yo he tenido la suerte de que los indios se han cebado con los demás permitiéndome llegar hasta aquí. Ha sido una suerte para mí y una desgracia para ellos.

—Pues deténganos a todos, si es capaz de sacarnos de aquí —dijo Holme.

Memphis se relajó un poco, hecho que no pasó desapercibido al detective. El agente del FBI se percató de que había cometido un error al subestimarle y corrigió el rumbo de la conversación rápidamente.

—Muy chistoso —dijo—, ¿pero cómo vamos a salir de esta? ¿Disponemos de alguna ayuda? —preguntó mirando a la agente Snell.

—De ninguna.

—Pues estamos bien jodidos —se quejó Memphis, enfatizando el «bien».

—Nuestra única posibilidad —dijo la agente Snell— es romper el cerco y escapar. Lo haremos por la noche. Mis comandos y yo nos arrastraremos cuando oscurezca y abriremos un hueco por el que escaparemos todos.

—No desconfío de su competencia ni de la de sus hombres —intervino Vasco—, pero el único capacitado para hacer esto es Xirú.

—Es su escudero —aclaró Holme ante el gesto de reparo de la agente Snell, y acto seguido, mirando a Vasco, matizó todavía más—. Perdón. Quise decir su fiel amigo.

—¿Tan bueno es? —preguntó la agente.

—No hay nadie que le pueda superar —afirmó Vasco con convicción.

—Desde luego, y lo ha demostrado con creces —estuvo de acuerdo Holme—. No se hable más. Durante la noche escaparemos. Que Xirú vaya delante; luego le seguirán ustedes y, por último, saldremos nosotros con la niña. Creo que el punto más

débil es el lugar de donde ha venido usted. —Miró a Memphis al decir esto.

Al otro lado de la barricada, el mayor Axe elaboraba sus planes para capturar la posición. Enviaría una avanzadilla de noche, que reptando tomaría la posición, a ser posible sin disparar un tiro. Contaba para ello con los caníbales y estaba dispuesto a permitirles que se comieran —pensó crudo, pero realmente era vivo— a quien quisieran. Eso sí, siempre que lo hicieran lo suficientemente lejos del centro para que a sus hombres no les diesen arcadas y vómitos al escuchar los gritos de dolor y espanto de las víctimas. La última vez que se comieron a uno de los comandos americanos, tuvo que intervenir y rematarle él mismo, y además, para no perder su liderazgo para con los chavantes, tuvo que hacerlo arrancándole el corazón. Eso era lo que más le dolió. Por otro lado, él tomaría parte en el asalto, pues había prometido a Havel que protegería a la niña y realmente no se fiaba ni de sus hombres ni de los chavantes. Sus hombres eran tan subordinados como los marineros de *La isla del tesoro*, porque, presas siempre de un pánico soterrado en el combate que los anulaba como auténticos guerreros, actuaban sin medir sus actos. De hecho, un lobo era infinitamente mejor combatiente que ellos, que pensaban que eran la cumbre de la evolución. Solamente los chavantes se aproximaban a su ideal de guerrero, pero por su lado estos eran tan zafios que no podían llevar a cabo una misión delicada. Encomendársela era tanto como pedir a un elefante que te sacara una pestaña del ojo. Así que a él no le quedaba otra que estar en primera línea. Además, se imaginaba también que los cercados aprovecharían la noche para escapar, y por ello tenía que estar vivo y adelantarse a sus movimientos.

El día pasaba lentamente; la luz era amiga y enemiga al mismo tiempo de los combatientes; los ruidos de la selva lo inundaban todo. Mientras la tarde daba sus últimas pinceladas de color rojizo y la yema solar resbalaba tras las copas de los árboles, el mayor Axe ultimaba los detalles del próximo ataque. Después, en un lapso de tiempo brevísimo, la oscuridad se hizo total. Ordenó a los chavantes que avanzaran hacia el grupo de Holme y él se situó detrás de ellos con varios hombres más. Todos estaban avisados de lo que estaba ocurriendo. Sabían que, protegidos por la oscuridad de la noche, en cuanto comenzase el combate cuerpo a cuerpo debían abalanzarse sobre las rocas.

Mientras, Xirú había abandonado la posición y reptaba con la facilidad de una serpiente en dirección sur, hacia la linde del bosque. Le llegaba el olor de los hombres que estaban escondidos entre el follaje y, por el particular aroma de su sudor, sabía que estaban nerviosos. Le quedaban unos veinte metros por llegar al lindero cuando escuchó el aullido de los chavantes al cargar sobre sus amigos. Pensó en volverse, pero en ese instante vio que varios hombres se dirigían hacia donde él estaba. Avanzaron un trecho de unos diez pasos, se tiraron al suelo y volvieron a levantarse y a correr de nuevo. Xirú cogió el cuchillo que llevaba entre los dientes y prácticamente no hizo más que ponerlo vertical. Uno de los hombres, con la vista probablemente dirigida hacia las rocas, se ensartó de lleno en él, y a Xirú solamente le quedó apretar con fuerza, con la otra mano, su cabeza contra el suelo. Murió así, el hombre, sin que se escuchara el más mínimo gemido. Segundos después, el resto de hombres alcanzaban ya las rocas, en donde la pelea era cuerpo a cuerpo. Xirú, a sabiendas de que no quedaba nadie en la linde, se levantó de un salto y desapareció entre la floresta.

Entre las rocas, la pelea era desigual. Los chavantes habían degollado a los dos comandos, pero a costa de quedar reducidos a uno solo. En la oscuridad, el último chavante había dejado a Catherine inconsciente de un manotazo y tenía cogida por la muñeca a la niña. Mientras en una brevísima fulguración su cerebro pensaba en la posibilidad de cortarla en dos tajos —y no era para nada este un pensamiento cruel, sino más bien curioso y juguetón—, en la otra mano blandía en alto el machete con la intención de descargarlo sobre su pequeño hombro. A Axe, que se dio cuenta rápidamente de su intención, se le heló la sangre al verlo. «¿Qué hace este loco?! ¡La quiero viva, joder!», se dijo a sí mismo. Luego, en una erupción volcánica, su cerebro hizo hervir de golpe la sangre que se le había congelado y, de un salto, se abalanzó sobre el chavante y le sujetó el brazo que blandía el machete. Sucedió que, en el trajín, su mano derecha, al tocar la cintura del chavante, dio con la vaina del machete. Entonces, Axe extrajo la chaira, la lima plana que se usa para afilarlo, y se la introdujo por debajo de las costillas hasta la empuñadura, con tal furia que su dedo meñique partió una costilla. El chavante se volvió hacia él y sus ojos le miraron como

un animal mira al que acaba de darle muerte. Axe lo soltó y tragó saliva. Le había costado, pero, usando la katana o sin ella, había cumplido su promesa a Havel. Iba ya a coger a la niña cuando se detuvo. Holme estaba apuntándole con una pistola. Sin embargo, pronto comprendió que el hombre le perdonaba la vida por haber salvado a la niña, pues, dolorosamente y con expresión derrotada, permaneció inmóvil en aquella postura sin llegar a dispararle. En cualquier caso, Memphis apareció por detrás de él golpeándolo y dejándolo inconsciente. Él y Axe se miraron. No quedaba nadie en pie. Todos habían sido reducidos y la posición había sido tomada.

Axe mandó hacer el recuento de sus hombres. Había tenido nueve bajas mortales y tres heridos de poca consideración. Respecto a los capturados, las cosas habían ido mejor: dos muertos y el resto solamente magullado o ligeramente herido, y —lo más importante en realidad— la niña estaba indemne. Ordenó que volvieran en sí a todos y a Memphis que junto con otros hombres se dirigiera a la selva en busca del teniente y del sargento. Este esperaba que aún estuviesen con vida, pero no los tenía todas consigo, pues los tapirapés, en su retirada, podían haberlos descubierto y, de ser así, seguro que les habían acribillado sin piedad. Por fortuna, al llegar al lugar pudo comprobar que ambos seguían amarrados y a salvo, y al cabo de poco rato estaban ya a punto de ser cacheados junto al resto de prisioneros.

Axe quería saber si tenían algún arma. A la agente Snell y a Catherine las cacheó él mismo para evitar que sus hombres se propasasen. Como nadie había previsto hacer tantos prisioneros, hubieron de improvisar distintas ataduras con las que les amarraron las manos a la espalda. Un rato después, Axe avisó a Havel de que todo estaba bajo control.

Entre descansar y preparar a los prisioneros para la marcha casi había amanecido, y con las primeras luces del alba se pusieron camino a la fortaleza, apenas a media hora de camino. Iban en fila india, intercalándose entre los prisioneros los mercenarios de Axe y agarrando este a Dede de la mano.

—Espero que no esté molesto conmigo. No me quedó más remedio que golpearle —le dijo Memphis a Holme rompiendo el silencio en el que iba la comitiva—. Ahora ya estamos en paz —añadió.

—¿En paz?

—Pues claro. Me salvaron a mí y yo le devuelvo el favor. Está vivo, ¿no?

—Sí ¿Pero por cuánto tiempo?

—Solo le he devuelto el favor, pero yo diría que su seguro de vida podrá cobrarse en las próximas veinticuatro horas. —Dejó escapar una risita.

—Me alegra que esté de tan buen humor, y le doy las gracias por haberme salvado la vida, pero la próxima vez hablaremos en el infierno y usted ya estará allí cuando yo llegue.

—No es para ponerse así —dijo Memphis mostrándose contemporizador—. La verdad es que no sé lo que harán con ustedes. Solo soy un puto peón en este asunto.

Holme se le quedó mirando.

—¡Ahora caigo! —exclamó de repente—. ¡Usted es el pistolero de la clínica!
¡Nos viene siguiendo desde Nueva York!

—¡Bingo! Además, estoy interesado en todo este tinglado. He de hacer un informe oficial, y aunque mis instrucciones son echar tierra al asunto, la verdad es que estoy un poco picado por la curiosidad. Realmente, ¿qué coño está cociéndose aquí?

—¡Póngase a la cola de la ventanilla de información!

—Pero... ¿no lo saben? —insistió Memphis.

—¡Ni puta idea! —Holme dio por zanjada la conversación y se dedicó a valorar la situación.

Realmente, las cosas podían haber ido peor, pero no mucho más. Habían sobrevivido, pero solo disponían de una esperanza: Xirú, en quien Holme había aprendido a confiar ciegamente y que, por lo que parecía, había podido escapar. Por otra parte, quizás averiguasen el misterio o el secreto que se escondía en la fortaleza, y Holme estaba seguro de que al menos a Vasco le dolería ser rescatado por Xirú antes de conocer ese misterio. Sin embargo, no podía negar que, para él, también eso se había convertido en algo obsesivo, algo, de hecho, por lo que había realizado ese largo viaje y corrido numerosos peligros y fatigas.

Toda la comitiva iba inmersa en sus propias reflexiones. Vasco, cuyo pensamiento había sido adivinado por Holme, ansiaba conocer lo que se ocultaba tras los muros de la fortaleza. Temía también que Xirú hiciese alguna locura que le costase la vida. Aquel indígena se había convertido para él en una parte de su propio ser, en la mejor de ellas, y no estaba seguro de poder soportar que se sacrificase por él. La agente Snell, por su parte, deseaba también conocer ese misterio hasta entonces inescrutable, y pensaba además en el informe que, caso de salir con vida, habría de pasar. Sabía que, como todo, ese informe debía de atribuir a causas externas los fracasos acontecidos, pues, de otra manera, sus superiores no lo admitirían. Además, era consciente de que los que luchaban por los escalafones aprovecharían cualquier fallo que tuviera. Le dio pena reconocerlo y pensar que tendría que hacer como su jefe, pero no le quedaba otra que mentir como una bellaca. Catherine, que se encontraba justo detrás de la niña y del mayor, se sorprendió a sí misma al no sentir el más mínimo miedo. Deseaba proteger a Dede y ese deseo le había dado una entereza admirable. Se sentía con la fuerza de una leona protegiendo a su cría. Por otra parte, pensaba en Holme, en la noche anterior a su lado, y le parecía increíble que acontecimientos y emociones tan dispares pudieran darse en el lapso de tan solo unas horas. Oscar, sumido en su tristeza, recordaba a sus hombres muertos y se preguntaba si volvería a ver a Fred. Casi al final de la cadena humana iban el sargento y el teniente. Este último no hacía más que maldecir y maldecir. Mascullaba todo tipo de improperios, muchos de los cuales eran audibles por el sargento, que trataba de calmarle con la mejor intención pero de la peor de las maneras posibles. Sus palabras de ánimo, totalmente fuera de lugar en plena selva y en la situación en la que se

hallaban, eran más apropiadas para infundir ánimos a un chiquillo que está llorando a moco tendido porque se le ha resbalado al suelo el helado que a un prisionero al que habían golpeado, vejado, engañado, atado, amordazado y, lo peor de todo, sometido a humillante burla. En la cabecera de la comitiva, el mayor Axe tiraba suavemente de la niña y trataba de entablar una conversación con ella.

—Díme, pequeña, ¿estás contenta de volver a la ciudad?

—¡No!

—¿Cómo que no?! ¿Es que te hemos tratado mal?

—Peor que eso.

—Explícate, pequeña. —Axe conocía la gran inteligencia de la niña y no se andaba por las ramas tratándola como si no entendiera nada.

—Me habéis esclavizado.

—¡Ah, es eso! Todos somos esclavos, pequeña. ¿O crees que yo no soy un esclavo del deber? Y mira a tu alrededor. Todo el mundo es esclavo de algo. De una pasión, de una necesidad, de una ignorancia, de una debilidad... Y los más esclavizados son aquellos que se consideran libres. Esos son los peores, pues, en su ceguera, hacen creer a otros que es posible ser libre, cuando todos somos esclavos.

—No engañe así a la niña —intervino Catherine, que iba detrás del mayor y había oído todo.

Axe se volvió sin detener la marcha, echando encima de ella una mirada despectiva.

—¡Ah! —dijo—. Ya veo de dónde ha sacado la niña sus ideas. ¿Le ha hablado la niña de su padre? Él era un esclavo de la ciencia. Si yo le contara...

—¡Canalla! ¡Deje a mi padre en paz! ¡Está muerto! —gritó Catherine.

—Claro que está muerto. Yo mismo fui quien ordené que lo mataran. —Axe había elevado tanto el tono de voz que lo oyeron todos.

—¡Suéltame! —gritó la niña, intentando zafarse de su mano.

Entonces, Catherine se abalanzó sobre él, que recibió un empujón que lo desequilibró. Rápidamente uno de sus hombres agarró a la mujer, y Holme, al verlo, se revolvió para enfrentarse a ellos. No obstante, fue reducido al acto por otros dos hombres. El sargento y el teniente se miraron. «Caso resuelto», parecía decir la cara del primero. El mayor zarandeó a la niña enérgicamente y la hizo volver a la sumisión de nuevo. De esta manera, la comitiva volvía otra vez a la normalidad.

—La verdad duele, querida —finalizó Axe, dirigiéndose a Cat—. Si busca un bálsamo para su angustia, fabríquese una mentira.

Axe estaba realmente malhumorado, y Holme sabía que era porque le dolía la pérdida de los chavantes. Con aquellos antropófagos había cazado jaguares y hombres. Él era la única persona a la que obedecían y respetaban y sabía de su ascendiente sobre ellos. Se sentía un verdadero jefe y eso le producía una felicidad como no había conocido nunca. Eran guerreros antropófagos, desde luego, asesinos para el resto de sus hombres, pero para él eran sus guerreros y de nadie más podía

decir lo mismo. Dio de nuevo un tirón a la niña, esta vez con suavidad. La ciudad estaba a la vista.

Los ojos de todos los que nunca la habían contemplado se dilataron de asombro al traspasar un corredor y franquear la gran puerta acorazada, pues se abrió ante ellos un panorama inesperado. Una gran explanada se extendía ladera abajo, a unos cien metros de profundidad. Por encima de sus cabezas, formando un dosel artificial, se proyectaba el techo con numerosas cúpulas, semejando la tapa de una huevera. No se distinguía ninguna luz natural y aun así se veía como a plena luz del día. La sensación era la de estar bajando por la caldera de un volcán. Abajo, en la explanada, había diversos pabellones hacia uno de los cuales llevaron a los prisioneros. Los metieron dentro y Axe se llevó a la niña consigo.

Al hallarse solos, algunos prisioneros se tumbaron en el suelo y otros se recostaron contra la pared, pues estaban derrengados después de la lucha y de haber pasado la noche en vela. Catherine se arrimó a Holme y, sentados con las manos a la espalda, se besaron. Al poco rato, el teniente se dirigió personalmente a ambos.

—Espero que acepten nuestras disculpas. Les comunico que ya no son sospechosos.

—Gracias, teniente —le dijo Holme—. ¿Qué tal el último chorreo del capitán?

—Será el último —dijo.

—No diga eso, teniente —intervino el sargento—. Saldremos de esta y será usted ascendido a capitán.

—Deberíamos pensar en un plan de evasión —sugirió entonces la agente Snell.

—Quizás Vasco sepa —dijo Holme— lo que pueda ocurrírsele a Xirú para sacarnos de aquí.

—No tengo ni idea —reconoció Vasco—, pero estén seguros de que lo intentará por todos los medios a su alcance. A no ser que le maten antes, Xirú no cejará hasta liberarnos. Y si de verdad le matan, espero que antes lo hayan hecho conmigo.

—No nos pongamos fúnebres. Aún estamos vivos y no se nos debe olvidar que la niña también lo está —dijo Holme—. Y creo que ha demostrado de lo que es capaz. Ahora debemos estar alerta, atentos a la menor oportunidad que se nos presente, tanto para escapar como para luchar.

—Yo también lo creo así —dijo la agente Snell—. Aunque me lo imagino, no sé en realidad lo que harán con nosotros. Sea como sea, antes que nada deberán interrogarnos para averiguar qué es lo que sabemos sobre ellos. Mi misión era destruir por entero este lugar y, en lo que a mí respecta, sigo con esa misión.

—¿Y los niños? —preguntó Catherine.

—Nos los llevaremos con nosotros —explicó la agente Snell.

—¿Pero qué pasará con ellos? —insistió Catherine.

—Lo que voy a decirles es extraoficial. —Snell bajó la voz—. Los niños iban a llevarse secretamente a Estados Unidos para ser sometidos a unas pruebas. Ya sé que suena horrible, pero las cosas son así. Yo tenía preparado un plan para ellos, pero

ahora todo se ha ido al traste.

—¿Y qué plan era ese? —Catherine la miró llena de curiosidad.

—Me quedaría con ellos en la selva fingiendo una avería en el helicóptero y los entregaría a las autoridades brasileñas.

—Yo puedo hacerme cargo de los niños —dijo Oscar—, y puedo tenerlos conmigo todo el tiempo que se precise.

—Es un gesto que te honra, Oscar —dijo Holme.

—¿Y nosotros, Nic? ¿Qué pasará con Dede? Esa chiquilla forma parte ya de nosotros... Quiero decir que somos responsables de ella.

—Catherine... Creo que... habrá que cambiarle el nombre.

Los prisioneros se evadían de una forma noble de la realidad, pues sus posibilidades de supervivencia eran prácticamente nulas.

—Y bien, teniente: ¿qué dice usted? —chinchó Holme.

—Bueno, mi mujer y yo no tenemos niños, pero qué carajo, si estamos a punto de palmarla y estamos hablando de salvar unos niños, nos tienen que traer suerte estos buenos pensamientos, porque no todo van a ser cabronadas. Así que mi mujer y yo apadrinamos o como se llame a uno de los niños.

—¡Bravo, teniente! —exclamaron todos.

—Bueno —intervino el sargento—, considere que ese niño tiene un tío.

—Gracias, sargento. A veces le mataría, pero es usted mi mejor amigo. Nunca se lo había dicho y ya era hora, ¡carajo!

Todos comprendieron que el sargento, embargado por la emoción, iba a echarse a llorar, por lo que se dieron la vuelta o hicieron que se disponían a dormir dejándole así un momento de intimidad que él agradeció en el alma.

Al cabo de un rato que para los que estaban prisioneros fue muy largo, se abrió la puerta del pabellón destacándose, en el umbral, la figura del mayor Axe. Estaban todos sentados cuando de repente vieron su silueta en contrapicado y a contra luz, y quedaron entonces impresionados y como en suspense, sintiendo tambalear por unos segundos su esperanza de escapar de allí. Axe les indicó que se levantasen y le acompañasen.

—¿A dónde nos lleva? —preguntó Holme.

—Enseguida lo sabrán —le respondió escuetamente.

Se dirigieron por entre varios pabellones hacia un edificio de forma hexagonal. Una vez dentro, se hallaron en una especie de sala de demostraciones. Varias pantallas colgaban de las paredes, había butacas extraordinariamente cómodas y todo el recinto emanaba un lujo refinado. A tamaño reducido, parecería una sala de juntas para accionistas principales. Axe les indicó que se sentaran en primera fila, a lo que, con las manos atadas a la espalda e inclinándose hacia delante, accedieron todos. Justo en ese momento se abrió una puerta lateral por la que aparecieron el doctor Havel, Dede y varias personas más con bata blanca todas.

—Vaya, vaya... Así que estas son las moscas que nos estaban incordiando —dijo Havel, situándose sobre un pequeño altillo y frente a los prisioneros.

—Algo más que moscas, señor Havel —replicó Axe, picado por aquella despectiva manera de hablar que le rebajaba a él al papel de un matamoscas.

—Pues parecen unos corderitos —insistió Havel.

—Con dientes de lobo —puntualizó cortante de nuevo el mayor.

—Bien. Dejémoslo —concluyó Havel. Luego, dirigiéndose a los prisioneros, les dijo—: Damas y caballeros, me presentaré. Soy el doctor Havel y dirijo esta corporación. Están aquí porque deseo saber si su presencia representa un peligro para nuestros planes. Así que díganme, ¿representan un peligro para nuestros planes?

—Quisiera aclarar un malentendido —dijo Holme, que fue el primero en hablar—. Se me ha cargado un mochuelo que no es mío.

—¿Usted es el detective?

—Sí.

—Verá, me pareció una buena idea cargarle a usted la muerte del doctor Monroe. Aunque usted no es el Holmes tonto del haba al que creíamos haber encargado el trabajo. Tampoco parece más listo que él, ya que está aquí apresado. Nos ha incordiado mucho y además fue una estupidez raptar a la niña, señor Holmes.

—Holme, sin la ese —señaló Nic.

Havel intentó esbozar una sonrisa sin conseguirlo del todo. Luego fue mirando uno por uno a los prisioneros, deteniéndose en la doctora Monroe.

—Usted debe ser la hija del doctor Monroe, ¿verdad? —Y sin esperar su confirmación, siguió hablando—: El doctor Monroe fue un excelente colaborador, y

tuvo brillantes ideas. —Al pronunciar estas palabras, los ojos del doctor Li Po, que estaba a su lado, centellearon celosos—. Lástima que al final le entrara el remordimiento y dejara de ser brillante. Tengo entendido que usted también lo es en su profesión —dijo. Luego, aparentando hacer un esfuerzo con la vista, añadió—: Y es un diamante de mujer. ¿Quién le pule las facetas? ¿El señor Holme, sin la ese?

—¡Canalla! —exclamó Nic de inmediato.

Axe se acercó entonces a él atizándole con la mano y haciéndole sangrar el labio.

—Déjelo —intervino Havel. Justo en ese momento, Dede le arreó un cabezazo en la ingle y su cerebro dejó literalmente de pensar para concentrarse en el dolor agudísimo que le ascendía de la entrepierna. Se quedó sin habla, traspuesto. El doctor Li Po lo ayudó a sentarse y la doctora Tzen Zu atrapó a Dede, inmovilizándola contra su cuerpo.

Todos los prisioneros jalearon a la pequeña y hasta el mismo Axe tuvo que hacer esfuerzos desesperados para no echarse a reír a mandíbula batiente. Al cabo de un rato, Havel se recuperó y, mirando fieramente a los prisioneros, les dijo:

—Todos ustedes son adultos, así que saben que no van a salir vivos de aquí. Sin embargo, espero que me digan lo que saben. No soy partidario de la tortura, pero en este caso haré una excepción. Mayor Axe, coja a la niña.

—Si espera de mí que torture a la niña —le dijo este— es que no me conoce. Lo tendrá que hacer usted. Se le dan muy bien las niñas, ¿no? —preguntó, burlándose.

El rostro de Havel se puso rojo como la grana. El doble sentido de aquellas palabras le humillaba a la vista de todos.

—Está bien, Axe —alcanzó a decir, apeándole al hacerlo el tratamiento de mayor—. Quizás se crea usted un caballero andante, pero le advierto que en este mundo ya no quedan princesas. Deme a la niña —ordenó ásperamente a la doctora Chen Tzu—. Sé que todos ustedes son personas inteligentes —dijo dirigiéndose a los prisioneros—, y espero que solo una ligera presión sobre el brazo de la niña pueda transmitirles el dolor a sus cerebros... Es una aplicación del principio de Pascal —añadió tratando de recuperar su dignidad y mediante una analogía que a todos les pareció estúpida—. ¿No le parece ingenioso, doctor Li Po?

—Sí, señor Havel —corroboró riéndose quedamente el aludido.

Adelantándose a todos, Nic Holme expuso sucintamente los motivos y las circunstancias que les habían llevado, a cada uno de ellos, hasta allí. Cuando terminó de hablar, Havel, que parecía estar convencido de la veracidad de su relato, interrogó con la mirada a Axe, que asintió levemente con la cabeza indicándole de esta manera que la exposición de Holme era convincente. Por otra parte, ambos ya habían estudiado con detalle la situación, llegando a la conclusión de que disponían de un as en la manga: el agente del FBI, que borraría como la cola de un zorro todas las huellas.

—Así que han venido hasta aquí —dijo Havel— sin tener idea de lo que se iban a encontrar. Habrán intentado sonsacarle algo a la niña, desde luego; pero seguro que

no saben cuál es el objetivo de todo este tinglado y darían su brazo derecho por saberlo, ¿verdad que sí?

—No daremos nada —respondió Nic—, porque nos lo va a contar gratis.

—¿Por qué está tan seguro, señor Holme?

—Porque es usted un parlanchín.

—¿Quizás debería dejarles morir ignorantes del objetivo del proyecto? —se preguntó a sí mismo Havel, dilatando su respuesta.

—Para nosotros —Vasco intervino porque había captado la intención de Holme de ganar tiempo— es un misterio el uso de los niños, además de ser un crimen injustificable.

—No tengo el gusto de conocerle, señor...

—Vasco. Así me llaman.

—Bien. Señor Vasco, dudo que usted pueda entender el fin que perseguimos, y menos, aún, la manera en que lo llevamos a la práctica. Se necesita una mente preparada y muy bien dotada...

—Inténtelo. No creo que nadie de aquí, y pido perdón a todos por mi arrogancia, esté más preparado que yo para entenderlo.

—¿De veras? ¿En qué se basa para afirmar eso?

—Hace años fui catedrático. Tengo varios doctorados, señor Havel: en filosofía de la ciencia, en filología clásica, en antropología social y en lógica matemática. Por si le parece poco, hablo además seis idiomas, aparte del griego y el latín.

—Me asombra usted. ¿Qué hace en este rincón del mundo con todo ese bagaje? Doctor Li Po —dijo luego dirigiendo su mirada hacia el aludido—, no conocía usted por lo que veo a las mejores mentes para desarrollar nuestro proyecto. Tenía esta joya delante de sus narices y ni siquiera la vio.

—Supongo que han tenido problemas con el cálculo —movió el anzuelo Vasco—, porque de no ser así hubieran utilizado solo ordenadores. Habrán debido de chocar contra una pared de cálculo que no habrán podido traspasar, el límite de Bremermann. ¿No es así, señor Havel?

Havel se quedó mudo unos instantes. «¡Pues claro que he oído hablar del puto límite de Bremermann! Si no, ¿a cuenta de qué llevaríamos gastada la fortuna que llevamos gastada?», pensaba. Sin embargo, no recordaba bien lo que significaba. Él era un doctor. Ni siquiera eso. Era un licenciado en medicina. Y sus matemáticas llegaban a las fórmulas de la presión arterial y poco más. Así que buscó una solución de compromiso para evitar el ridículo.

—Dede, preciosa niña —dijo entonces volviéndose con extremada dulzura hacia la niña y aunque por dentro todavía sentía escalofríos al recordar el cabezazo que esta le había propinado un rato antes—, dile al profesor Vasco si hemos o no superado ese límite.

—¡No! —respondió secamente Dede.

Havel quedó confuso durante unos instantes, aturdido por aquella inesperada

respuesta, y balbuceó:

—¿Cómo que no?! Lo hemos superado... —Su voz quedó en suspenso y de repente pareció haber hecho un descubrimiento—. ¿Has dicho que no lo hemos superado, o que no quieres decirlo?

—He dicho que no.

La autoridad de la niña no ofrecía duda alguna para los presentes. Havel miraba la media sonrisa que afloraba en la cara de Vasco. Este no tenía aspecto de triunfo, pero sí aparentaba cierta condescendencia sobre la situación un tanto ridícula en la que él se hallaba.

El doctor Li Po le echó una mano, aunque, en realidad, no lo hizo para ayudarle a él sino para humillar al pavo real de Vasco.

—El límite de B —dijo, explicando para toda la audiencia— es que el ordenador más grande que podamos construir, incluso del tamaño del universo físico, solo puede analizar una pequeñísima fracción del universo de datos analizable. En cuanto alcanza esa fracción, se acabó; no podría analizar un solo bit de información más, en cada segundo. ¿Sabe cuántos segundos se necesitan para nuestro proyecto, con un ordenador del tamaño del universo? ¡La eternidad! Yo... Nosotros... hemos salvado este escollo con los niños: mediante ellos hemos conseguido sobrepasar el límite de B.

—Si usted lo dice... —murmuró Vasco con cierta incredulidad.

—¿No se lo cree?! —exclamó el doctor Li Po.

—Es que no imagino qué pintan los niños en todo esto, la verdad.

—El padre de la doctora sería el más indicado para explicarlo —dijo sardónicamente el doctor.

Holme estuvo a punto de interrumpir de nuevo el espiche del doctor al ver el efecto que hacían sus palabras en Catherine, pero se contuvo. Todos estaban ansiosos por conocer lo que se cocía en torno a los niños.

—Los niños... —murmuró el doctor Li Po al tiempo que extendía la mano y acariciaba la cabeza de Dede. Al hacerlo, rozó levemente el pecho a la doctora Chen Tzu, que tenía sujeta a la pequeña en sus brazos, y esta lo miró rápidamente con cara de pocos amigos—. Los niños... —repitió de nuevo el doctor Li Po—. ¡Esas mentes maravillosas! ¡Tan plásticas y vírgenes! Sus mentes absorben el conocimiento como las esponjas el agua. Son fértiles como la cuenca del Yangtsé. Plante en ellas una semilla para crear un fruto que solo existe en su imaginación y obtendrá un árbol frondoso, lleno de ese fruto y de otros que ni siquiera había imaginado. ¿Por qué hemos utilizado niños? Pues simplemente porque necesitamos lo inesperado. Si hacemos un programa para resolver un problema, significa que sabemos exactamente cómo resolver ese problema por medio de ese programa, y, sin embargo, nadie sabía exactamente cómo hacerlo hasta que llegaron los niños. Ellos lo han resuelto. Ellos se han saltado el límite de B.

—¡Imposible! —exclamó Vasco—. Antes creo en un milagro.

—Igual los milagros se producen debido a eso —dijo el doctor Li Po—. Espere a la explicación final y entonces creará en los milagros, señor Vasco.

—Tiene razón. Y dígame, ¿realmente para qué necesitan sobrepasar el límite de B?

—Para resolver la paradoja de Banach-Tarsky.

—Es absurdo —dijo Vasco—. Esa paradoja no tiene realidad física; solamente es pura matemática.

—Me estoy perdiendo —intervino Holme—. Cada vez entiendo menos. ¿No pueden hablar más claro?

—La paradoja de Banach-Tarsky —empezó Li Po— dice que es posible coger una esfera del tamaño de una naranja, cortar su superficie en pedazos infinitamente pequeños y volver a juntarlos haciendo una esfera del tamaño del Sol. La viceversa también es posible, y puede así reducirse el Sol al tamaño de una naranja. La dificultad real de esta paradoja es que nos cuenta que esto es posible, pero no cuenta cómo exactamente. Para calcular esas secciones, esos pedazos o mondas, hemos tenido que superar el límite de B, y para eso hemos usado niños. Hemos construido una llamémosle microesfera de densidad infinitamente creciente, a la que podemos hacer rotar casi a la velocidad de la luz. No es mayor que una canica, pero su masa virtual es equivalente a varias veces la del Sol. Con ella podemos ver y oír el pasado. Esta esfera, levita sobre una roca meteorítica descomunal, cuya fuerza gravitatoria, es la que le da estabilidad. Las murallas y la ciudad, están levantadas con los fragmentos del impacto. Y cómo no nos dejarían montar este tinglado en el interior de Ayers Rock, lo hemos tenido que montar aquí. En un lugar propicio y a salvo de miradas indiscretas.

—Sigo sin entender nada, pero me suena a chifladura de máquina del tiempo —indicó Holme.

—Es usted un poco cabezón —atestiguó Li Po—. Imagínese un colchón y, sobre él, una colcha adornada con estampas históricas —siguió, buscando una analogía visual—. A los pies de la cama la colcha tiene a Alejandro Magno y, yendo hacia el centro de ella, las imágenes de Jesucristo, de Buda, del asesinato de Lincoln y de todo lo que usted quiera, sucesivamente, hasta el presente. El centro de la cama representa esto: el ahora, el presente. Ahora imagine que sobre ese centro deposita una bola muy muy pesada. Lógicamente, el colchón se hundirá y, al ser arrastrada por el peso de la bola, la colcha se recogerá. Así, si la bola pesa lo suficiente, irá hundiendo el colchón y llegará un momento en que la imagen de Alejandro estará en el centro de la cama, en el presente. Pues bien, el colchón o la cama representa el espacio-tiempo, y las imágenes de la colcha, los hechos de la historia. Nuestra canica deforma la colcha y nos permite registrar los acontecimientos del pasado. Así de simple.

—Eso no es posible —adujo Vasco—. A no ser que disponga de una teoría nueva sobre la naturaleza del tiempo.

—¡Pues claro! —exclamó Li Po—. Las antiguas teorías sobre los múltiples

universos, cuartas dimensiones, taquiones que nadie ha visto, cuerdas que no sirven para atar nada y un muy largo etcétera. Mi mente, al final, dio con la clave: si todo proceso genera un residuo, ¿dónde están los residuos de los hechos? Sí, amigo mío. La naturaleza tiene su limbo. Y nuestra canica lo explora como un escáner una fotografía. ¿No se lo cree? Pregúntele al detective si se pegó o no un revolcón con la doctora ayer por la noche. Es usted muy bueno follando, señor Holme.

—¡Cerdo! —exclamó Nic rápidamente.

—He pronunciado bien su nombre, ¿verdad? —ironizó el doctor a sabiendas que remataba el incontestable hecho de que poseía la máquina del tiempo.

—No puede ser —balbuceó Vasco.

—¡Claro que sí! —La expresión de Li Po desprendía verdadera satisfacción. Se notaba que se recreaba en la situación.

—Pero entonces nos habrían atrapado mucho antes...

—¡Ja! Cada segundo de exploración vale veinte mil dólares —aclaró Li Po—, así que no les exploramos hasta un poco después de que abatiesen al comando del helicóptero, y aun así el mayor Axe no aceptó de buena gana la intervención de la limboesfera. Él prefiere la electrónica tradicional.

—Creo que no acaban de entenderlo del todo —intervino uno de los hombres de bata blanca, el profesor Breton—. Soy Jean Breton —se presentó enseguida, y luego, rápidamente, añadió—: La limboesfera va a generar unos beneficios anuales, descontados impuestos, de novecientos treinta mil millones de dólares, y el crecimiento de estos ingresos será exponencial. La esfera creará un centro de poder omnímodo, y en la práctica sus dueños dominarán el mundo.

—Eso son paparruchadas —intervino el teniente—. Ningún gobierno permitiría eso.

—Desde luego que no —respondió el profesor Breton—, pero le voy a explicar cómo no va a tener más remedio que permitirlo. Imagine un asesino en serie. La esfera lo descubrirá y la humanidad estará muy agradecida. Y es que la esfera nos permite disponer de la vida privada e íntima de cualquier persona. ¿Sabe lo que eso significa?

—¿La vida privada e íntima? ¿Es que acaso hay alguna diferencia?

—Por dios, teniente... Vamos a ver: cuando usted va al supermercado, eso es su vida privada, pero es también pública, y en cambio cuando usted se la menea en la ducha, eso es su vida privada, y además íntima. ¿Lo ha comprendido?

—Es usted un cerdo. Eso es chantaje.

—No. Justicia pública lo llamo yo. El pueblo exigirá la sangre de los políticos corruptos, de los que tengan raras aficiones sexuales...

—No todos los políticos son corruptos —lo cortó inesperadamente el sargento.

—Solo es cuestión de elegir el momento y en cualquier culo encontrará mierda —dijo elevando la voz el profesor Breton—. Y, aun así, pecadillos como una masturbación en primera plana de un jefe de estado harían descender su popularidad

en menos tiempo que de la erección se pasa a la flacidez.

—La justicia se opondrá con todas sus fuerzas —insistió el teniente.

—Sacaremos a los jueces del Tribunal Supremo fumándose un canuto cuando eran jóvenes. Mire, gracias a la limboesfera tenemos más de doscientas mil biografías, y créame si le digo que cualquiera de esas personas pagará entre uno y diez millones de dólares porque no se hagan públicas las imágenes más sórdidas de su vida, o si lo prefiere las más secretas.

—Es un negocio fantástico —dijo Holme—. Y no es posible haberlo hecho legalmente, ¿verdad?

—Efectivamente, señor Holme —intervino Havel—. La imperiosa necesidad de los niños lo ha impedido. Pero esté seguro que el negocio será legal.

—No veo cómo —objetó Holme—. Siempre se podrá investigar el origen del negocio.

—No, señor Holme —habló ufano Havel—. La limboesfera registra todo lo que es barrido por su digamos rayo, pero una vez esto es registrado, desaparece del limboespacio y ya nunca jamás puede volver a ser examinado. Usaremos la limboesfera como la cola del zorro, borrando nuestras huellas. Quizás le interese saber al señor Vasco que en nuestras primeras pruebas borramos definitivamente la limbovida de Aristóteles. Estoy seguro de que, de disponer de dinero, pagaría una buena cantidad por ella. Pero no se preocupe, tenemos la de Arquímedes, la de Alejandro, la de Homero y la de muchos más. ¿Quiere verlas?, ¡pues pague por ello! ¿Quiere saber si fue la mano de Dios la que escribió Mené, Tequel y Parsin durante el festín de Baltasar? ¡Pues pague por ello! ¿Quiere tener en sus manos la vida de Jesús, Mahoma, Moisés o Buda? Cada una de ellas vale más de veinte mil millones de dólares. Probablemente muchísimo más. Ello dependerá de lo que paguen los dueños del petróleo por la vida de su profeta. Y no le digo las crisis mundiales que podría provocar el conocimiento público de estas vidas. Ya se cuidarán los gobiernos de pagar caso de no poder hacerlo los interesados directamente.

—Veo que no han dejado nada al azar —dijo Vasco.

—¡Nada! —repitió Havel—. Todos los registros gráficos y auditivos recogidos por la limboesfera pueden ser analizados como una realidad plena. ¿Usted es español, verdad, Vasco? Pues si quiere medir la fuerza del viento que empujó a las carabelas de Colón, tendrá que comprar un limboanemómetro. Dominaremos todo el universo de las comunicaciones y todo el mundo auxiliar de las mismas, desde la producción a la venta. El mundo cambiará radicalmente. Las personas podrán disponer, mediante pago, de su limbovida, e incluso suscribirse para recibir puntualmente capítulos de la misma. Surgirán profesiones nuevas, como psicólogos que habrán de ayudar a las personas a entender sus limbovidas. ¿Cómo se llamarán? Y esto no es más que una mínima gota de un vasto océano de posibilidades. Piense en la pornografía. Se imagina lo que pagaría la gente por ver las orgías de los emperadores romanos, por no hablar de las de Hollywood. Y piense en todos los tesoros ocultos que guarda el

limboespacio.

—Me deja anonadado —dijo Vasco.

—Espero que sean de la misma opinión los accionistas —comentó Havel con una sardónica sonrisa—. Ustedes nos sirven de preparación para la reunión con ellos dentro de unos días.

—Creo que los prisioneros deben volver a su celda —intervino secamente el mayor Axe—. Ya está bien de cháchara.

—El señor Axe siempre preocupado por la seguridad —declaró irónicamente Havel dirigiéndose a los prisioneros—. Llévase a esos tres —le dijo luego señalando al sargento, al teniente y a Oscar—. Los demás síganme; quiero mostrarles algo.

Si en esos momentos en las mandíbulas de Axe hubiese habido un hueso de vaca, lo hubiese quebrado. Indicó a tres de sus hombres que devolviesen a los prisioneros a la celda y él con el resto de la guardia acompañó a Havel y a los demás prisioneros a través de varios pasillos y siempre en descenso en dirección hacia la limboesfera.

Circularon durante varios minutos hasta que llegaron a una gran sala coronada por una cúpula y en donde, semejando una mina antisubmarina de la segunda guerra mundial, se hallaba un conjunto de máquinas. En torno a ellas, varios chiquillos manejaban palancas con el pomo en forma de bola y con cinco botones, uno para cada dedo infantil. El frenesí era total. Parecía un reñido campeonato de Game Boy. Los niños llevaban un casco con monitor incorporado y trabajaban sentados de cualquier manera sobre unas sillas ergonómicas mientras con las manos aferraban las bolas de las palancas y sus deditos se movían a velocidad de vértigo.

—No se preocupen. No les molestamos —dijo Havel—. Son nuestros cursores del limboespacio. Ahora están registrando... —Se volvió indeciso hacia el profesor Breton.

—La limbovida completa de Shakespeare —afirmó este sin dudar—. Veamos por dónde van.

Se acercó a una pantalla, puso su yema pulgar sobre ella y apareció con una nitidez escalofriante una imagen en la que se veía a Shakespeare junto con dos amigos, y los tres estaban borrachos perdidos. Luego, Breton se volvió hacia Havel y los prisioneros, que miraban alucinados la escena.

—No sé cuánto queda —dijo—; no sitúo bien la escena.

—Es su última borrachera con sus amigos Drayton y Ben Jonson —señaló Vasco—. Poco después moriría.

—Está usted emocionado —observó Havel—, y eso viendo un solo fotograma. Imagine cómo estaría si viera su vida entera. Por cierto, ¿cuántos años vivió?

Vasco no respondió. Seguía mirando hipnóticamente la imagen de la pantalla. Holme intuyó el peligro. Su compañero, así de ausente, le recordó al coronel Nicholson en *El puente sobre el río Kwai*, así que le dio un leve empujón para sacarlo de su ensimismamiento y a continuación le señaló los niños con la cabeza. Vasco comprendió entonces de golpe el perturbador proceso que le había dominado.

—¿Le interesa algún filósofo en particular, señor Vasco? —preguntó Havel, que se estaba realmente divirtiendo con sus reacciones.

—¿Qué les están haciendo a los niños? —intervino entonces abruptamente Catherine Monroe.

—¡Nada! —contestó el doctor Breton—. No les estamos haciendo nada. Ellos enfocan el haz de barrido de la limboesfera y registran el limboespacio. Si usted encuentra un adulto que pueda hacerlo mejor que ellos, el señor Havel la dejará en libertad ahora mismo. Sin embargo, sepa que no existen seres humanos capaces de manejar los joysticks del haz de la limboesfera con la perfección de estos niños que están entrenados para ello desde muy pequeños. Recuerde que cada segundo vale veinte mil dólares. Ellos son capaces con sus deditos de controlar el haz. Están entrenados para maximizar los registros. Es complicadísimo. Ustedes no lo ven, pero sus caras están recubiertas de emisores. Los llevan en las cejas, en los párpados, en los labios, en las mejillas, en todo lo que puede moverse muscularmente. Entre todos ellos están manejando una ingente cantidad de variables. ¿Saben lo difícil que es registrar una biografía? El más mínimo temblor del haz y, ¡plas!, saltamos de coordenadas en el limboespacio. En la biografía de Colón se nos coló la imagen de un platillo volante. ¿Qué cño hacía un platillo volante sobrevolando las carabelas? Arreglar esa pifia nos hace perder once millones de dólares. Así que igual dejamos esa rareza en la limbovida del almirante...

—¡Son niños! —gritó Catherine—. ¿¡Es que no lo entiende!? ¡Niños!

—¡Claro que son niños! —exclamó Havel—. Pero, ¿y qué? No se haga usted la mojigata. El veinte por ciento de los infantes de su país sufren abusos dentro de sus casas, pero ustedes y sus organizaciones humanitarias se preocupan solamente por aquellos que no tienen hogar. Además, ni siquiera se puede decir esto de nuestros niños. Estos niños —repitió señalándolos vigorosamente— tienen aquí su hogar. Nadie abusa de ellos y se divierten enormemente. Si usted puede ofrecerles algo mejor, hágalo, pero que le quede claro que si los que estamos aquí somos monstruos por activa, ustedes lo son por pasiva.

La agente Snell, que había estado callada hasta entonces, intervino con ímpetu arrollador.

—Puede ponernos la etiqueta que quiera o ponérsela usted, que eso no cambia las cosas. Le aseguro que, mientras la humanidad sea digna de llamarse así, siempre habrá alguien que se les opondrá.

—Usted es de la NSA —le respondió Havel—. ¿Cuántos crímenes han cometido en la NSA en nombre de la humanidad? No me venga con monsergas. Si ustedes pudieran, desarrollarían este proyecto, en el que por cierto hay mucho capital americano. Averigüe si son los mismos que le pagan el sueldo. —Luego, mirando a todos, añadió—: Y si no me interrumpen más, les voy a explicar, como apoteosis final antes de que vuelvan a sus celdas a esperar su muerte, que están contemplando el inicio del imperio más grande que jamás haya existido, más grande que el imperio

español, en el que dicen que nunca se ponía el sol. Pero este imperio tiene una particularidad, y es que por primera vez en la historia una élite, no utilizará un estado para dominar el mundo; lo hará una empresa privada con sus propios medios, con las armas solas del poder proporcionado por la limboesfera. Hemos llamado a este nuevo poder que dominará el mundo los próximos mil años el Noveno Poder. El doctor Breton les detallará las cualidades de este nuevo imperio.

—Lo primero que habrán de saber —comenzó su espiche Breton— es que el dominio será transparente. Nadie se apercibirá de ello, al menos no la opinión pública. Los accionistas establecerán las pautas y las directrices, y no se escapará nada, pues se construirán otras limboesferas para disponer de más limbocámaras. Se conocerán al dedillo los cambios de opinión y se manejarán con total exactitud las pulsiones de la masa.

En ese instante entró un guardia visiblemente alterado que se dirigió hacia el mayor Axe, comunicándole algo al oído.

—Señor Havel —dijo este rápidamente—, me temo que hemos de interrumpir la cháchara. Tenemos problemas. —Su seriedad dejó al doctor Breton con un rictus de inquietud y angustia indefinibles en el rostro—. Varios guardias han aparecido muertos —siguió explicando el mayor—. Alguien anda por ahí jodiéndonos. Creí que el indígena había muerto, pero no debe de ser así. Y eso no es todo. También se han concentrado una multitud de indios alrededor de la base. Les sugiero a todos que se armen.

Los ojos de los prisioneros centellearon de la emoción al saber que Xirú rondaba cerca y dispuesto a salvarles la vida. Aprovechando el alboroto y la confusión del momento, Dede se escabulló del abrazo de la doctora Chen Zu al propinarle un fuerte mordisco que la hizo gritar de dolor. Luego fue directa a Catherine y se abrazó fuertemente a ella.

—Encierre a todos, incluido a la niña —vociferó Havel, preso de gran excitación.

Su mirada, llena de odio, reproche y asco, dejó al mayor Axe sin voz. ¿Cómo era posible que ordenase encerrar a la niña con los prisioneros? ¿Él había perdido a los chavantes e incluso había matado al último por la niña y ahora la niña ya no servía? Al darse cuenta de que Axe no podía articular palabra, Havel se dio la vuelta.

—Cumpla lo que se le ha ordenado, capullo —dijo ya de espaldas a él.

Por su parte, Axe también masculló unas palabras que solo llegaron a oídos de su subordinado, al que por poco le da una lipotimia por el miedo a que las hubiera escuchado Havel y por imaginar el patín que se podía formar entonces.

El mayor Axe estaba harto de la dirección del proyecto por parte de Havel. Desde que estaba él, la seguridad había sido reducida continuamente, todo en aras del «presupuesto sin inflación», es decir, el mismo importe año tras año. Aún recordaba los tiempos en que manejaba un pequeño ejército de más de cinco mil hombres bien pertrechados. Solamente él era capaz de organizar la intendencia y la logística del mismo, pero poco a poco los «presupuestos sin inflación» fueron mermando sus

fuerzas. Trescientos millones de euros del presupuesto de seguridad habían pasado ahora directamente a engrosar el sueldo de Havel. Axe lo sabía, aunque Havel ignoraba que lo supiese. Después del último combate, al mayor le quedaban ya menos de un centenar de hombres, y lo peor: no tenía a los chavantes, con los que —porque tenían un olfato perruno— dormía a pierna suelta aun a sabiendas que los centinelas estuviesen dormidos. Así, un grupo de comandos o incluso un solitario enemigo ahora representaba un problema. Además, los helicópteros no funcionaban por falta de pilotos. Pedían demasiado sueldo. Axe solo disponía de tres para una emergencia, y eran tres porque, en caso de evacuar la base, se necesitaban tres helicópteros. A los demás, que los zurzaran. Así estaba montado. Sabía que el ejército original era adecuado para la importancia del proyecto, pero ahora tenía cincuenta veces menos hombres y el proyecto estaba en su punto culminante. Ni un idiota lo habría hecho peor que Havel, que se embolsaba el presupuesto de seguridad y estaba seguro que algunas otras cosas más. También sabía que no era de fiar, que seguro que escondía un as en la manga y que no contaba con él para el futuro. Ya encontraría a alguien más barato y más dócil. Sin embargo, lo que no sabía Havel es que Axe también guardaba su propio as en la manga, si es que podía decirse así a una ristra de explosivos colocados estratégicamente para hacer volar todo por los aires caso de que él dejase de apretar un botoncito cada doce horas. Incluso en Nueva York lo apretaba a sabiendas de que había dejado desconectado el iniciador de las explosiones.

Llevó a los prisioneros y a la niña al habitáculo que hacía las veces de celda. No les quitó las abrazaderas de plástico.

Xirú se hallaba ya en el interior de la base. Había desnucado a un centinela y cortado el cuello a otros dos. Renqueaba por un corte en la cadera y en su espalda tenía heridas de muerte. Iba a liberar a Vasco. Alzó su cara respirando tan fuertemente que las aletas de la nariz se le dilataron. Venteaba el aire, buscando el olor de su amo.

Quince minutos más tarde, y después de sortear varias patrullas, se hallaba pegado al pabellón donde estaban encerrados Vasco y los demás. Imitó el sonido del Tucumán y entonces oyó un susurro que le decía «aquí, Xirú». Se asomó rápidamente a un ventanuco y allí mismo vio a los prisioneros. Vasco estaba al pie de la tronera, y por entre las rejas cogió con los dientes el cuchillo que el indígena le ofreció. Al poco rato, todos se habían liberado de las ataduras. Forzaron la puerta. Al lado de la misma un guardia se desangraba herido de muerte. Xirú estaba apoyado contra la pared del pabellón. Se acercaron a él e inmediatamente se oyó un griterío acompañado del tableteo de numerosas armas y disparos, gritos de dolor y alaridos de muerte. Los indígenas entraban en tropel en la base desperdigándose por la misma, y aunque las fuerzas de defensa causaban numerosas bajas en los atacantes, por cada uno que mataban, dos nuevos ocupaban su lugar. La superioridad numérica comenzaba a dejarse notar mientras los guardias perdían terreno y se retiraban hacia el centro. Nic recogió armas y municiones y las repartió. Luego se acercó a Vasco, que sujetaba a Xirú. De pronto, y estando todavía en sus brazos, el indígena se desplomó. Vasco se arrodilló junto a él y le pasó la mano por la espalda, pero la retiró espantado al ver que le había quedado completamente ensangrentada. Después volvió a pasársela otra vez, alzándolo levemente del suelo. Xirú le miraba a los ojos mientras un finísimo pincel parecía ir pintando veladuras en los suyos. Vasco empezó a sentir un nudo en la garganta. Dos gruesos lagrimones resbalaron por su cara y dieron sobre la piel de su leal amigo.

—Lluvia... —murmuró débilmente Xirú. Un segundo después, cerró los ojos y expiró.

Vasco se abrazó a él llorando entre fuertes convulsiones. Nic tenía la mano apoyada sobre su hombro, mientras se mantenía vigilante. Apareció de pronto un indígena doblando la esquina y esgrimiendo una azagaya con la punta roja de sangre, pero el detective fue rápido y lo tumbó de un tiro en la frente. Vasco, que hipaba convulsivamente abrazado al cuerpo de Xirú, ni siquiera se percató de ello. Catherine y la niña estaban detrás de él. El sargento recogió la azagaya del suelo y en ese momento llegaron el teniente y Oscar con algunas armas que repartieron entre todos.

—No hay más que muertos por todas partes —dijo el teniente.

Nic se apresuró a señalarle con la cabeza a Vasco y al cuerpo inerte de Xirú, y enseguida el teniente comprendió que era mejor que guardara silencio.

—Vasco, hemos de movernos —lo avisó Nic acercándose a él.

No hubo respuesta. En ese momento, Catherine dio un grito. Por el tejado del

barracón, un indígena con medio cuerpo asomado la tenía asida por el cabello y trataba de alzarla. Sin siquiera pensarlo, el sargento le clavó con enorme fuerza la azagaya en el cuello y el indígena cayó al suelo. Unos extraños silbidos empezaron a oírse al entrar y salir el aire por su tráquea. El hombre se llevaba las manos al cuello y sus ojos miraban desorbitadamente hacia el sargento, que no sabía qué hacer. Entonces aparecieron dos guardias, que venían de espaldas, disparando y haciendo frente a media docena de indígenas. No hubo acuerdo, pero tácitamente todos repelieron a los indígenas. Oscar habló con ellos y se estableció un armisticio táctico. Los guardias indicaron que debían ir hacia el embudo. Aquella zona estaba acorazada y allí no podrían entrar los indígenas.

—Hemos de movernos, Vasco —lo advirtió Nic, zarandeándolo. Sin embargo, solo obtuvo una negativa con los hombros.

—Movámonos o moriremos, detective —dijo entonces la agente Snell, que se había acercado a ambos. Luego, acercándose más, dejó en el suelo, junto a Vasco, un par de armas y dos o tres cargadores. En ese momento, Vasco pareció reaccionar. Se levantó, miró hacia el suelo, se agachó de nuevo y recogió las armas y los cargadores.

—Vamos —dijo finalmente mirando a Holme.

—¿Se encuentra bien, Vasco? —le preguntó entonces el detective.

Vasco asintió, e inmediatamente todos se pusieron en marcha.

En la base, la situación estaba lejos de ser tranquilizadora. Una de las puertas acorazadas movidas por sistemas hidráulicos se había atascado al apresar a una veintena de guardias e indígenas. Los había ido aplastando lentamente hasta que el sistema se había frenado del todo. Por el resquicio que dejaba la puerta entreabierta, un amasijo de cuerpos, algunos con las cabezas hacia fuera y otros con los pies, y varios de ellos aún moviéndose todavía, rellenaban el hueco hasta la mitad de la puerta. Por encima, la hendidura que quedaba era suficiente como para que entrase un ser humano. Y por allí estaban intentando entrar los indígenas, aunque la tronera era una trampa mortal para ellos, e iban apelotonándose sus cuerpos exánimes junto al manojo de pies y cabezas atrapados por la puerta.

El camino hacia el embudo era un toparse continuamente con indígenas. Parecían un pelotón de hormigas en el centro de un hormiguero enemigo. Los guardias decidieron separarse del grupo. No se fiaban de que se fuese a respetar el armisticio y menos de lo que podría pasar en caso de encontrarse de sopetón con sus propios compañeros. Dede los llevó hasta un pasadizo para entrar en el embudo, el mismo por el que había escapado el padre de Catherine. El pasadizo llevaba directamente hasta uno de los cuartos de las calderas de calefacción. Una vez allí, hicieron un repaso de la situación. Estaban siete adultos y una niña y, salvo la pequeña, todos iban armados.

—Dede —dijo Nic—. ¿Sabrás guiarnos?

—Por aquí —dijo la niña agarrando de la mano a Nic y abriendo una de las puertas.

Accedieron a un corredor tubular con el suelo enrejado y las paredes de roca

viva e iluminado cada pocos pasos por lámparas leed.

—¿A dónde nos llevas, Dede? —preguntó Catherine.

—A las habitaciones de los niños. Todavía falta bastante y hay que meterse por un agujero.

De pronto, unos metros antes de doblar un recodo, se escucharon voces y pasos que venían de frente. Inmediatamente, todos se pegaron a la pared, la niña detrás de Nic, y el resto, unos de pie y otros de rodillas, abriendo líneas de tiro. Luego enseguida aparecieron varios hombres y mujeres que se detuvieron en seco al verse encañonados por el grupo.

—¡No disparen! —gritó uno de los hombres.

Oscar tradujo para los que no lo habían entendido y a continuación les preguntó a esa gente a dónde iban con tanta prisa. El hombre dijo que estaban huyendo, que todo el mundo se largaba.

—¿Y los niños? —preguntó Catherine.

—El mayor Axe los ha llevado a la Sala Grande —explicó entonces una de las mujeres.

—¿Cómo se llega hasta allí? —intervino Nic.

—Yo sé cómo se llega —dijo Dede sin siquiera darle tiempo a responder a la mujer.

—¡Vamos entonces! —exclamó el detective, decidido.

Ambos grupos se cruzaron sin mostrar ninguna hostilidad. Los tapirapés habían creado un armisticio tácito entre ellos como lo hace un incendio en el bosque entre predadores y presas.

En el corazón de la base, el mayor Axe distribuía a sus hombres. A su lado, nervioso, Havel se frotaba los nudillos.

—¿Cree que hay peligro real, mayor Axe? —preguntó.

—Si entran estaremos perdidos. Dispondrá solo de quince minutos para llegar al helicóptero.

—¿Cree que debería coger la copia de seguridad y esperar en los helicópteros?

—Quizás. ¿Lo dice por usted o por mí? —Axe miró fijamente a sus ojos.

—¡Por mí, claro! —dijo Havel, y añadió—: ¿Me lo recomienda, entonces? La seguridad es asunto suyo, Axe.

Se trataba de un reproche, y como tal lo entendió Axe.

—Quedan a lo sumo veinte hombres vivos, sin contar con los cabezas de huevo. No aguantaremos más de una hora de lucha —aseguró el mayor—. Coja lo que tenga que coger y nos veremos en el helicóptero.

—¿No va a ponerme una escolta?

—El camino hacia la esfera está despejado de momento, Havel.

—Es que no es por ahí donde está guardada la copia.

—¿Ah, no?

—Está en el otro extremo.

—¿Y a qué idiota se le ocurre guardarla allí, lejos de los helicópteros?

Havel se puso rojo como la grana, pero no dijo nada.

—Yo mismo le acompañaré —dijo Axe.

—No es necesario que venga usted. Déjeme un par de guardias.

—¿No se fía de mí?

En ese momento apareció uno de los guardias.

—Han entrado —informó.

—No hay tiempo que perder. Acompañe al señor Havel —ordenó Axe al centinela—. Yo reuniré al resto de los hombres. Nos veremos en los helicópteros.

—¿Cuánto tiempo hemos de esperar? —preguntó Havel.

—El necesario, señor. Y una cosa más: ¿qué pasa con los niños?

—¿Cree que cabremos todos en los helicópteros?

—Las mujeres y los niños siempre van primero, señor Havel —se limitó a decir secamente Axe.

—No creo que esos salvajes..., quiero decir esos aborígenes... les hagan daño.

—¡Indígenas! ¡Y ahora lárgrese! —gritó Axe.

En cuanto se quedó solo, el mayor llamó a sus hombres usando el intercomunicador. Se metió la mano en el bolsillo y acarició el detonador. Al fondo, las figuras del guardia y de Havel se perdieron. Solo uno de sus hombres contestó para avisarle que los tapirapés entraban como un torrente en la base y se hallaban ya por todas partes. Se dirigió hacia la Sala Grande, donde había reunido a los niños. El hombre de guardia que había dejado ya no estaba. Abrió de par en par la gran puerta doble e hizo formar a los niños en hileras de tres en tres cogidos de la mano. Los más pequeños los puso delante. Los sacó al corredor y los formó de nuevo y les indicó poniendo el dedo en la boca que se mantuvieran en silencio. El griterío de los niños cesó instantáneamente. Axe comprobó que su katana salía limpiamente de la vaina y desenfundó la pistola. Se encaminó seguido de los niños hacia una de las salidas.

Mientras, Havel y el guardia que le acompañaba llegaron a la sala de encriptación, donde les esperaba Li Po.

—¿Y los demás? —le preguntó Havel.

—Han ido a los helicópteros —explicó Li Po.

—¡Cobardes! ¿Tiene todo preparado?

—Sí.

Abrió un maletín en cuyo interior había, en seis compartimentos del tamaño de un envase de cartón para la leche, seis estuches herméticamente cerrados.

—Aquí está todo. —Señaló con el dedo una de las cajas—. En esta caja se hallan las claves encriptadas para acceder a toda la información que tenemos almacenada en los servidores mundiales. ¿Sabe que el noventa por ciento de toda la información almacenada actualmente en el mundo es nuestra? Tres zettabytes. —Luego señaló la caja contigua—. Esta otra es el salvoconducto. Tiene registrados los fragmentos comprometedores de limbovidas de los miembros del Tribunal Supremo, del

Presidente, de la Primera Dama, de la oposición, de los magnates, la prensa, los artistas y un largo etcétera, aunque en el caso de estos últimos baste con rastrear sus tonterías en Internet. —Miró a Havel para ver el efecto que producía su chiste. Este comprendió que Li Po y el maletín debían ser salvados juntos—. Limbovidas para hacer caja —dijo, señalando otra vez—; la arquitectura integral del proyecto, los datos y los algoritmos de búsqueda. Está todo. No falta nada.

—¿Y los niños? —preguntó entonces Havel.

—Ya le dije que, según avanza el programa, los niños se van haciendo mayores y pierden facultades. Se puede prescindir de ellos temporalmente, si de ello, depende que lleguemos a tiempo a los helicópteros. Habrá que formar nuevos niños, y niños hay en todas partes.

—Vámonos —ordenó Havel.

Al llegar a una intersección en forma de T, Nic se paró, indicando a los demás que hicieran lo mismo. Se pegó a una de las paredes y Snell lo imitó en la otra pared. Creía haber oído algo, pero no estaba seguro de cuál de los pasillos que confluían provenía el sonido. Se asomó a la vez que Snell hacía lo propio en la otra pared y se quedó estupefacto. El mayor Axe, con todos los niños detrás de él, le apuntaba con un arma indicándole que saliese al centro del corredor. Podía haberse escabullido, pero no lo hizo. Con la mano ordenó a los demás que no avanzasen y luego salió al centro del pasillo. En ese momento, uno de los niños, al que otro, sin querer, le había dado un pisotón, exclamó un ay aquejado. Al oírlo, Dede salió como una centella y, al verla, todos los pequeños prorrumpieron en gritos y corrieron hacia ella. El detective y el mayor se quedaron mirando como todos intentaban abrazarla. Axe enfundó su pistola. Catherine y los demás salieron al pasillo.

—Si quieren salvarlos, tendrán que darse prisa en salir —dijo Axe.

—Gracias, mayor —le respondió Nic.

Mientras hablaban, uno de los niños más pequeños se colgó del cuello de Dede y le dijo algo al oído.

—¿Bola? ¡Vamos! —se escuchó decir a Dede. Acto seguido, ambos niños se precipitaron hacia allá de donde habían venido llevados por Axe.

—¡Ahora volvemos! —dijo Dede, volviéndose un momento hacia los adultos mientras corría—. ¡Vamos a por Bola!

—¡Dede, volved aquí! —ordenaron a la vez Catherine y Nic.

—¡Es aquí cerca! —se limitó a decir la niña, sin dejar de correr con su pequeño compañero.

—¡Esta chiquilla! —Nic salió tras ella.

Cuando los alcanzó, abrían una puerta y su corazón dio un vuelco al no saber qué podía haber al otro lado. Antes de que él alcanzara el dintel de la misma, y como una exhalación, los niños ya habían entrado en el interior de la habitación. Era uno de sus dormitorios. Los dos pequeños se dirigieron hacia una litera a cuyo pie estaba amarrado un cachorrito. Dede lo desató y el niño lo cogió en brazos. Su cara resplandecía.

—¡Vamos! ¡Vamos! —dijo Nic. Luego, cuando Dede pasó por su lado, el detective le dio un suave coscorrón.

El mayor Axe apoyaba su espalda contra la pared mientras el resto de adultos agrupaba a los niños justo cuando llegaron Nic con Dede y el pequeño.

—¡Vámonos! He oído gritos al fondo del pasillo —dijo Nic.

Todos se pusieron en marcha, y aún no habían avanzado treinta metros cuando por el recodo del fondo aparecieron en tropel los indígenas.

—¡Llévense a los niños! —ordenó Axe arrodillándose y comenzando a disparar.

Nic se agachó a su lado y dejó un fusil y dos cargadores en el suelo.

—Tienen treinta minutos para salir antes de que todo estalle —le dijo mirándolo el mayor.

—¡Vamos entonces! —exclamó el detective.

—Yo me quedo —intervino Vasco—. Marchaos. Nos veremos en la eternidad.

—Adiós, Vasco. —Nic sabía que no podía impedir aquella decisión—. No le olvidaremos.

—Hemos de procurar que no se acerquen demasiado para que no puedan lanzar las jabalinas y las flechas —le dijo Axe, añadiéndose a él.

La puntería certera de ambos había detenido a los indígenas. Un puñado de ellos yacían muertos o heridos en el suelo. Sin embargo, ahora los demás los estaban utilizando como parapeto: empujando los cadáveres, iban acercándose cada vez más a la posición que ocupaban Axe y Vasco.

—Algo están tramando —comentó el mayor.

En ese momento surgieron, por encima de la pila de cadáveres, las cabezas de varios indígenas embocando cerbatanas, y un chorro de dardos salió en dirección a Axe y Vasco, que respondieron con fuego graneado. Después, ambos esperaron unos minutos con cautela para asegurarse de que la pila de cadáveres no se movía ni un milímetro.

—Parece que no queda ninguno vivo —dijo el mayor.

Los dos hombres se pusieron entonces en pie y fueron acercándose al muro de cadáveres. Los cuerpos de varias decenas de indígenas alfombraban el suelo del corredor.

—¡Vámonos! —exclamó Vasco.

Se dieron la vuelta, justo lo que estaba esperando uno de los indígenas, que estaba ahí tumbado haciéndose el muerto. Aprovechó ese momento para alzar la cerbatana y disparar un dardo que dio en la espalda al mayor Axe, que lanzó un grito de dolor. De inmediato, Vasco reaccionó volviéndose y descargando sobre él toda la munición que le quedaba en el arma.

—Mayor, ¿le ha dado el dardo? —preguntó luego, preocupado.

—Me ha alcanzado, sí —se quejó Axe.

—Se lo voy a sacar.

—No. Solo empeoraría las cosas. Me queda una media hora de vida, y si mueve el dardo serán cinco minutos. A la punta del dardo está sujeta una quijada de piraña. Si lo extrae, el desgarro hará que el veneno se expanda rápidamente. Los monos se lo extraen instintivamente. La mayor inteligencia del ser humano nos da veinticinco minutos más de vida —explicó Axe echándose a reír.

Vasco también se rio.

—Mayor, ¿podría llevarme hasta la esfera? —le preguntó luego.

—Ayúdeme a caminar, que empiezo a notar que se me están durmiendo los miembros, y lo llevaré hasta la esfera. ¿Quiere conocer algún secreto antes de morir?

Vasco cogió uno de los brazos del mayor y se lo pasó por el cuello cargando su

peso sobre él. El mayor Axe le indicó que avanzasen hasta el recodo y que allí mismo había un ascensor que les bajaría directamente hasta la esfera. Al llegar allí puso su mano en el control de acceso, que se hacía por huella dactilar, y la puerta del ascensor se abrió para ambos.

—Pulse el cero —indicó Axe.

Unos minutos después, se encontraban ya en la esfera. Vasco dejó al mayor en uno de los butacones en que horas antes habían estado los niños viajando por el tiempo y empezó a rebuscar alguna cosa moviéndose entre las consolas.

—¿Sabe cómo funcionan estos cachivaches? —le preguntó el mayor.

Vasco, atareado en su búsqueda, no contestó.

—Aquí están —dijo al fin.

—¿Ha encontrado lo que buscaba?

—Sí. La guía de coordenadas.

En la enorme pantalla frente a la que se encontraba se desplegó, en un lateral, un sistema de coordenadas espacio-tiempo. Vasco movió entonces una palanca que tenía forma de cruz y que podía deslizarse como la del cambio automático en un automóvil y de repente la pantalla se llenó de imágenes y de colores. Durante unos instantes se quedó mareado. Era como ir en un tren de alta velocidad por un túnel estrecho y cuyas paredes estaban pintadas con escenas de todo tipo: unas luminosas, otras oscuras, otras grises..., y todas pasando tan rápidamente ante sus ojos que solo veía jirones de ellas. Soltó la palanca y la imagen se estabilizó. Miró las indicaciones escritas en el panel de coordenadas: *Latitud: 2° 32' 22,80" S; Longitud: 34° 46' 21,63" E.; Fecha: 10-04-1950; Hora: 12:05:43 UTC; Temperatura: 27°C; Llanura del Serengeti.* La pantalla mostraba la imagen de un ternero de ñu con la cabeza metida entre las patas de su madre y mamando de la ubre. Dio un toque a uno de los botones del pomo en forma de cruz y la imagen hizo un zoom out vertiginoso, viéndose a miles de ñus agolpados en la llanura. Luego tocó otro de los botones laterales y la imagen se desplazó al sureste a gran velocidad. Vasco vio acercarse un terreno, hacerse de pronto la oscuridad total y, un instante después, ocupar toda la pantalla un color amarronado como el de aguas turbias. Soltó la palanca y miró el panel de coordenadas. Ahora indicaba: *Latitud: 2° 58' 53,61" S; Longitud: 35° 22' 45,78" E.; Fecha: 10-04-1950; Hora: 12:05:46 UTC; Temperatura: 25°C; Cráter del Ngorongoro.* «Ya veo. Esa oscuridad se debe haber visto porque hemos atravesado la pared del cráter. Y esta especie de color aguas turbias...», pensó. Luego, tocó levisísimamente la palanca de modo que el visor retrocedió y, de inmediato, el hombre dio un brinco hacia atrás al ver las fauces de un león llenando de pronto toda la pantalla. «Y esta especie de color... eran los ojos de un león», terminó mentalmente su frase todavía alterado por el espanto.

—Amigo, no siento ya ni los brazos ni las piernas —lo interrumpió de repente el mayor—. Dentro de poco se me paralizará la cara y después me asfixiaré. ¿Ha visto o encontrado algo que pueda consolar a un moribundo? ¿Ha visto a Dios?

—No, señor Axe, y aunque dispusiese de todo el tiempo del mundo no buscaría las huellas de Dios en el pasado. Los dioses solo existen en la cabeza de los hombres.

—Es un alivio para alguien como yo, que soy un asesino.

—El dios que los hombres tienen en la cabeza le condenaría, pero el auténtico Dios, caso de existir, juzgaría sus actos de forma distinta a como lo hace ese otro que solo existe en la mente de los hombres.

De repente, Axe sufrió un espasmo violento y se desplomó del sillón. Vasco dejó rápidamente la pantalla para acercarse a él y le levantó la cabeza del suelo. Sus ojos se estaban velando. De repente, pronunció dos palabras, «Mehr Licht!», y expiró. Vasco reconoció que era alemán y que significaba «¡Más Luz!».

Volvió a la pantalla. Pensó que debían de faltar un par de minutos para que estallasen las cargas explosivas que el mayor había dispuesto para destruir la base. Tocó el mando para ir hacia el presente y pasó por varias capas de tiempo, llenas de socavones y de túneles blanquecinos, como si estuviera dentro de un queso de gruyère; el desplazamiento del visor dejaba una estela blanca sobre los residuos del tiempo; actuaba como una goma de borrar sobre un dibujo a lápiz. Iba a máxima velocidad sobre un océano cuya identidad ignoraba. Tiró del pomo y el visor ascendió, y entonces divisó la superficie del planeta: se hallaba sobre Gran Bretaña. Bajó y se dirigió hacia el norte de España. Atravesó Bilbao por la Gran Vía y tiró hacia el sur. Después de atravesar varias poblaciones y aldeas, llegó a Ubidea, vio el chalet Arechaga y se dirigió hacia el caserío de su madre. El corazón le palpitaba con desenfreno, pues hacía quince años que no la había visto, desde aquel día que decidió dejar su cátedra, abandonar su pueblo e irse a la selva a vivir y a morir en ella. El visor atravesó la puerta de madera produciendo un leve parpadeo de oscuridad, ascendió luego por las escaleras de madera y, finalmente, fue hacia el cuarto de su madre, de nuevo produciendo otro leve parpadeo al atravesar la pared. En la habitación, en una cama con el cabecero de hierro forjado, una joven atendía a una anciana y, al verlo, Vasco sintió un cosquilleo por detrás de las orejas. Recordó el momento en que, siendo muy pequeño, se le quedó la cabeza entre los barrotes y estuvo aterrado y llorando hasta que su madre lo liberó y lo consoló entre sus brazos. La nostalgia trajo las lágrimas a sus ojos mientras con el visor se acercaba al rostro de su madre y veía el azul pálido del amanecer en su mirada.

—Adiós, madre —pudo balbucear. Luego se oyó una explosión y todo el recinto colapsó de golpe.

Unos minutos antes, cien metros más arriba, el grupo de adultos y niños continuaba su marcha buscando la salida por uno de los corredores.

—Se oyen disparos al frente —observó la agente Snell.

—Teniente, sargento —dijo Nic—: acudan al frente con el resto de los adultos.

Avanzaron así unos cien metros, llevando a los niños pegados a la pared. Al final del corredor había una pasarela protegida con una barandilla de malla metálica y desembocaba en un hangar enorme con una cubierta terminada en pico y de unos cien metros de luz que daba directamente a la selva. Se tumbaron en el suelo y reptaron hasta la barandilla y desde allí contemplaron el terrible espectáculo. Varios helicópteros ardían en llamas y guardias e indígenas yacían muertos por todas partes. En el centro del hangar, en medio de tres helicópteros de transporte que formaban un triángulo, se congregaban los guardias y el personal de la corporación que había sobrevivido a los ataques. Nic divisó, entre los que se hallaban en el interior del triángulo, al agente del FBI.

—¡Memphis! —gritó con fuerza.

Este se volvió y su dentadura se realzó sobre su tez oscura.

—¡Me alegro de que estén vivos —dijo—, pero no podemos salir de aquí! ¡Estamos atrapados!

—¡Unamos nuestros fuegos y quizá lo consigamos! —exclamó Nic con ánimo.

—Hay un problema —siguió explicando desde lejos—. Los únicos pilotos que quedan están en aquel Súper Puma que humea. Han muerto ya cinco hombres intentando traerlos aquí.

—¡Memphis! —lo interrumpió el detective—. Hay otro problema aún peor. ¡En diez minutos todo esto saltará por los aires!

El detective, el teniente, el sargento y Oscar bajaron por una de las escalerillas y se reunieron con Memphis.

—Tenemos a todos los niños ahí arriba —le explicó Nic señalando la boca del corredor—. Hay que sacarlos de aquí antes de que esto estalle.

Luego llamó a Catherine y a la agente Snell, que estaban al cuidado de los niños, y les dijo que bajasen hasta donde se encontraban ellos. Catherine formó un corro con los pequeños cogidos de las manos y colocó en el centro del mismo al perrito.

—Que no salga del corro —les dijo.

De repente, mientras el detective y Memphis discutían alguna forma de rescatar a los pilotos, se acercó a ellos un hombre con pinta de mecánico que estaba hasta ahora agazapado al lado de los guardias. Oscar tradujo lo que proponía:

—Dice que aquello es un carro de traslación de helicópteros —explicó Oscar mientras el hombre señalaba un bastidor de color amarillo con ruedas—, y que si traemos a los pilotos dentro del helicóptero, estarán a salvo de las flechas.

Al hacerse con la idea que podía salvarles la vida, todos miraron a aquel hombre

desconocido con inmensa gratitud.

Había contra la pared varios bidones de acero vacíos, y a Nic se le ocurrió usarlos como escudos. Los fueron empujando por el pavimento pulido y cumplían la función de un pozo de tirador, con el tirador fuera del pozo. Para proteger al mecánico que llevaba el carro colocaron a modo de parapeto dos bidones sobre el carro.

Según avanzaban hacia el helicóptero disparaban también por encima de los bidones y se oía a la vez el sonido de los disparos y de las flechas y azagayas contra el metal.

Llegaron al pie del helicóptero y el mecánico acopló el carro y empezó a tirar de él. Luego, retrocedieron rápidamente y, una vez llegados a donde estaban los tres Súper Puma, los tripulantes descendieron sanos y salvos y se escuchó un grito de júbilo de los guardias y el personal de la base.

Sin embargo, no se había apagado todavía del todo el grito de alegría que se abrió de repente la puerta corredera de uno de los helicópteros y en el vano apareció Havel empuñando una pistola con dos guardias armados de fusiles.

—Los pilotos son para este helicóptero —dijo apuntándolos a todos—. Arrojen las armas al suelo.

—Sabe que no podrá matarnos a todos. Usted también morirá —lo advirtió Nic.

—Que suban los pilotos o disparo sobre los niños —insistió dirigiendo la línea de tiro del arma hacia el carro.

Rápidamente, Nic extendió los brazos hacia los lados indicando que todo el mundo mantuviera la calma.

—De un momento a otro va a haber una explosión —dijo entonces—, y si no arreglamos esto rápido moriremos todos.

—¿Piensa que soy idiota? ¿Cree que me voy a tragar algo así?

En ese momento, Memphis, que se hallaba al lado de los dos tripulantes del helicóptero, apuntó a uno de ellos en la cabeza.

—Tranquilo —le dijo por lo bajo. Luego, dirigiéndose a Havel, gritó—: ¡O todos o ninguno!

—¡Traidor! —exclamó Havel.

Justo entonces aparecieron por las salidas de los corredores que daban al hangar varias hordas de indígenas y, segundos después, se produjo la explosión. Las mismas salidas fueron recubiertas por una gran cantidad de polvo procedente del interior y las pasarelas se vinieron abajo con los indígenas gritando impotentes al verse incapaces de hacer nada para salvar sus vidas. El techo del hangar se resquebrajó y parte de la cubierta se derrumbó haciendo temblar todo el recinto. Nic y Memphis aprovecharon la confusión para disparar sobre Havel, aunque solo uno de los dos tiros dio en el blanco. Havel se tambaleó. Un ojo oscuro brotó en su entrecejo y cayó muerto sobre el suelo de hormigón del hangar.

Los indígenas que habían sobrevivido a la caída de la pasarela se acercaban ahora a los helicópteros. Parte de las paredes seguían derrumbándose y el saliente en forma

de pico de la cubierta del hangar se desgajaba y quedaba colgando sujeto solo por parte de la armadura metálica. Si la cubierta llegara a caer, sería como si se cerrase la tapa de un ataúd y ninguno de los que estaban en el hangar sobreviviría.

Luego los indígenas llegaron al pie del helicóptero del que había caído Havel y se agazaparon junto al tren de aterrizaje. Para entonces, Nic y el resto de los adultos estaban subiendo a los niños a otro de los helicópteros y que tenía ya los rotores en movimiento. Acto seguido, el mismo Nic junto con Memphis, la agente Snell y el sargento y el teniente formaron una fila defensiva para proteger la evacuación de los pequeños. Por su lado, los guardias que acompañaban a Havel y que aún seguían en el helicóptero saltaron al suelo y se unieron a ellos. Por el hueco de la puerta asomaron también Li Po, con el maletín, y la doctora Chen Tzu y el profesor Breton.

—¡No nos dejen aquí! —suplicaron.

—¡Suban al helicóptero! —gritó Nic haciendo un gesto con la cabeza en dirección al Súper Puma en el que ya habían subido todos.

Los tres, Li Po, Chen Tzu y Breton, saltaron entonces, y nada más tocaron el suelo surgieron por debajo del vientre del helicóptero varios indígenas que se abalanzaron sobre ellos y los derribaron golpeándolos con mazas de sierra. Los tres cayeron al suelo con los cráneos fracturados, y aunque los indígenas trataron de rematarlos, estos fueron abatidos por Nic y los demás, que les dispararon.

Nic se acercó a los cuerpos caídos. Chen Tzu y Breton estaban ya muertos, y Li Po agonizaba. El detective se quitó la camisa y la dobló varias veces. Luego dio la vuelta a Li Po, que estaba boca abajo, y se la puso debajo de la nuca.

—¡El maletín! —empezó a balbucear el hombre—. En él están los secretos del mundo... Es *el noveno poder*... Yo le puse el nombre...

—¡Li Po! —exclamó Nic, sabiendo que ya no le escuchaba.

Memphis se acercó, soltó la mano de Li Po del asa del maletín y lo cogió.

—¡Vamos! —le dijo a Nic.

Con todos dentro, el helicóptero empezó a despegar lentamente hasta quedarse estacionario a unos diez metros de altura. Allí dio una guiñada hacia la izquierda y enfiló la salida del hangar. Pasó rozando el trozo de cubierta colgante y alcanzó el exterior. Para entonces todo el edificio, y como si hubiera esperado expresamente a que saliesen, se derrumbaba inexorablemente en medio de un gran estrépito. Desde el aire apenas se apreciaban las ruinas del hangar, pues la cubierta vegetal con la que se camuflaba el techo se mimetizaba con la floresta de la selva.

—¿Qué rumbo tomamos? —preguntó uno de los pilotos.

—A Santa Isabel —dijo Oscar.

En la cabina de pasajeros del helicóptero, Memphis se hallaba al lado de la puerta junto a Nic, Catherine, Dede, Oscar y la agente Snell. Nic indicó al teniente y al sargento que se acercasen. Cuando todos estuvieron juntos, Catherine los miró a todos.

—¿Qué pasará con los niños? —les preguntó.

—Yo los cuidaré —dijo Oscar—. Fundaré un orfanato.

—Nosotros —dijo la agente Snell mirando a los ojos a Smith y al teniente—, y si a todos parece bien, haremos un mismo informe dejando fuera de foco a los niños.

Todos asintieron, y entonces Dede empezó a llorar.

—¿Qué te ocurre, Dede? —le preguntó Catherine.

La niña no respondió y aumentó la intensidad de su sollozo.

—No te preocupes, pequeña —le dijo Nic, y luego, dirigiéndose a la doctora Monroe, le dijo—: Vendremos a visitar a los niños de vez en cuando, ¿no es así, Catherine?

A la niña le cambió entonces la cara y se abalanzó sobre los dos abrazándose a ellos con toda la fuerza del mundo.

—¿Pensabas que te íbamos a dejar? —le preguntó Catherine, acariciándola.

La niña asintió escondiendo su cabeza en el pecho de Cat a la vez que un torrente de felicidad en forma de lagrimones corría por sus mejillas.

—¡Vaya! Creía que se lo habías dicho, Catherine —le dijo a esta el detective.

Catherine sonrió y, por detrás de la cabeza de Dede, que seguía abrazada a ambos, acercó su cara a Nic, que la besó en los labios. Como el beso fue largo, la niña, muy despacio, se fue moviendo hacia atrás hasta que este terminó. Luego, con los ojos brillantes, les dijo:

—¡Somos una familia!

—¡Sí, Dede! —exclamó Catherine.

—¡Los tres! —se sumó Nic.

—¡No! —Dede movió de un lado a otro su cabecita.

—¿Cómo que no?!

—¡Los cuatro! —especificó luego la pequeña.

—¿Cómo que los cuatro?

—Tú, yo, Cat y Laika —dijo toda inocente.

Todos se echaron a reír. Instantes después, Nic se dirigió a Memphis.

—Bueno, Memphis —le dijo—, creo que en este helicóptero va un pasajero de más.

—¡Nic! —exclamó Catherine.

—Me refiero al maletín —dijo el detective con una sonrisa.

—¿De veras no me lo puedo llevar? —preguntó Memphis.

—No —se limitó a decir—. Y ahora sepárese de la puerta. La voy a abrir.

—Es una pena —dijo Memphis.

—No hay dinero en él. Si fuese así, podría quedárselo.

—¿Qué hay entonces en él? —preguntó el sargento.

—*El noveno poder* —declaró el detective abriendo la puerta.

El viento entró con fuerza en el habitáculo, renovando la atmósfera tensa que se había formado.

—¿Lo tira usted Memphis, o lo tiro yo? —preguntó Nic.

Memphis depositó el maletín en el suelo del helicóptero y, en cuanto lo soltó, la niña le dio una patada empujándolo al vacío. El maletín cayó desde el helicóptero y pasó por en medio de una bandada de tucanes que, asustados por el ruido de los motores del helicóptero, sobrevolaban la floresta. Finalmente, se incrustó en la copa con forma de corona de un castaño de Pará. Un minuto después, y a cincuenta metros de altura, el maletín estaba siendo examinado con enorme curiosidad por un mono capuchino crestado.

Un mes después de aquello, Nic, Catherine y Dede se hallaban frente a la Trinity School, en la 139 West 91st Street, del Upper West Side, en Manhattan. La niña sujetaba con una mano una correa a la que su perrita samoyedo trataba de mordisquear insistentemente.

—¡Laika! ¡Deja ya la correa! —le gritó la pequeña.

—Trae. Ya la sujeto yo —se ofreció Nic.

Catherine, detrás de la niña, le puso bien la coleta.

—Átala fuerte, mamá —le dijo Dede.

—Está bien. —Catherine terminó de arreglar su pelo y luego, colocándose frente a ella otra vez y agachándose hasta su altura, le dijo—: Hoy es tu primer día de escuela, Dede. Tienes que causar una buena impresión a tus profesores y a tus compañeros.

—No te preocupes, que lo haré bien —dijo la niña.

Nic le tocó con la mano la mochila y vio que esta se desinflaba como una pelota pinchada.

—¿Qué llevas en la mochila? —le preguntó entonces.

—¡Nada!

—¿Y los libros? —preguntó Nic.

—¡Aquí dentro! —dijo la pequeña señalando su propia frente con un dedo.

—¡Dede! ¡¿En que habíamos quedado?!

—Está bien... —accedió entonces—. Mañana los traeré, papá.

La niña les dio un beso de despedida y se dispuso a subir los escalones de la entrada, pero de repente se volvió otra vez para darle también un beso en el morro a la perrita.

—¡Pórtate bien, Laika! —le dijo.

Otra vez subió los escalones. Estaba ya abriendo la puerta cuando su padre le gritó:

—¡Dede! ¡Recuerda! ¡En clase de historia no abras la boca! ¡No digas ni pío!

—¡Pero papá! ¡En los libros no pone la verdad...!

—¡Dede! ¡Ni pío! No digas nada.

—¡Pero papá!

—¡Ni pío!

La niña hizo un mohín y entró a la escuela.